

Esteban Moneo



una mañana cualquiera

Cuando la vida te sacude hay dos formas de reaccionar, dejar que te destruya o usarlo para ser más fuerte.

UNA MAÑANA CUALQUIERA

Esteban Moneo

UNA MAÑANA CUALQUIERA

Copyright © Esteban Moneo.

Diseño y maquetación: David Generoso.

Diseño de cubierta: Juanra Alfaro.

Foto de Eduard Militaru en Unsplash.

Todos los derechos reservados.

A Marta. Mi alma, mi guía, mi todo.
Sin ella nada de esto sería posible.

A los niños que han vivido estoicamente esta historia.

A mi hermana Ana, vaya horas en el box. ¡Buf!

A Nuria, Javier y Palmi por estar ahí.

A mis amigos de la ofi, de Pamplona,
de la Mocha y Andrea.

Gracias a todos por vuestra ayuda.

PRIMERA PARTE HOSPITAL

1. Una mañana cualquiera

—¡Esteban! ¡Señor! ¿Me oye? ¡Esteban! ¡Esteban! —Una señora bajita y regordeta, enfundada en un chaleco naranja fosforescente y rodeada de media docena de personas del servicio de asistencia y de la policía municipal, vociferaba con cara de pocos amigos.

La condenada chillaba como las pescaderas en esos antiguos mercados de abastos de los puertos: «¡Vamos, señores, jureles frescos!».

Jureles no, pedazo de atún inmóvil, que no reaccionaba ante semejante griterío. Y Marta, su mujer, con un ataque de pánico al verlo convertido en un guiñapo.

Todos en torno a la cama, contemplando un tesoro, algo divino, digno de contar por la noche en sus casas. Nada que ver. Un cuarentón, con los pelos revueltos después de una noche de sudor y fiebre, no despertaba. Quizás, tantos decibelios por parte de la dichosa señora provocaron el chispazo. El cable rojo y el cable azul se rozaron, encendiendo una bombilla dentro de él. La alarma del despertador le hizo incorporarse y miró la habitación. Su pequeño espacio privado invadido por gente con uniforme que vociferaba y escudriñaba. ¿Qué sucedía?, ¿qué...?

«¡Vamos, señores, jureles frescos! ¡Recién pescados!».

No, perdón, jureles no; eso es lo que a él le resonaba en la cabeza, a punto de explotar por ese grito ininteligible:

—¡Señor! ¿Me oye? ¡Estebaaaaan!

Del mismo modo que despertó, atónito ante las voces de la médica a medio metro de su rostro, se desplomó sin decir palabra. No pudo. Sus fuerzas se consumieron en una simple mirada desencajada. Esos ojos de atún y su cuerpo, un saco de patatas recién descargado, cayeron hacia atrás, sumergidos de nuevo en otra dimensión. Señal suficiente para que la señora del chaleco determinara la gravedad de su estado y cambiara los chillidos por órdenes a sus compañeros:

—¡Protocolo ictus! ¡UVI móvil! ¡Vamos, señores, traslado urgente al hospital!

Mientras, su mujer solo pensaba en disimular para que sus hijos no se asustaran por la situación. Tarea complicada a la hora del desayuno en una casa con cuatro niños, ante tal despliegue de personal uniformado que efectuaba su trabajo sin miramientos: entraban y salían, subían y bajaban escaleras. Y había dos ambulancias y un coche de policía en la puerta.

Una vecina, muy amiga de la familia, corría en camión en busca de la llave de la salida de emergencias de la urbanización. Al marido, más para allá que para acá, dos fornidos facultativos del Sámur lo bajaron en una silla de ruedas por las escaleras. Un espectáculo. Varios vecinitos, en vez de seguir rumbo al colegio, se detenían en la puerta del domicilio para verlo. Lo de pasar de largo, pura quimera.

Otro chispazo. Otra mirada fugaz. El traqueteo del descenso conectó de nuevo los dos cables mal pelados de su cerebro y volvió a enchufarse a la realidad. Lo metieron en una ambulancia. No pronunció palabra, ni balbuceó. Se iba rodeado de luces y personal sanitario, ante la cara de susto de su mujer y el niño cotilla de turno, que se había quedado paralizado en la puerta. De milagro, en esa breve conexión fue consciente de que no era él, ni su cuerpo. Diez segundos dentro de un saco, mirando con los ojos de un extraño.

Con el mismo impulso que vino, se fue, como aquellas bombillas de filamento de toda la vida, no estas modernas repletas de puntitos, que se agitaban a contraluz para comprobar si estaban fundidas o dando sus últimos coletazos. Se apagaron su mirada, sus recuerdos y su escasa, por no decir nula, capacidad de reacción.

El personal sanitario lo aseguró con bridas a la silla. El viaje hasta el hospital de la zona, uno

de los más modernos de la ciudad, era corto. Cuántas veces habían hablado de lo conveniente que era tener semejante mole cerca de casa, por si algún día ocurría aquello que piensas que nunca te va a pasar a ti. Ni en el peor de sus sueños ni en sus quejas continuas sobre su estado de salud, había imaginado que su primera visita al complejo hospitalario sería por la puerta grande, como los primeros espadas de la tauromaquia, pero al revés: ellos triunfan y salen, no entran.

Los cuatro niños apuraban sus desayunos, ajenos a lo sucedido y al trago difícil por el que pasaba su madre. Calma absoluta. Su padre estaba con gripe en la cama, los médicos habían venido a verlo. Nimiedades, una enfermedad común no impedía que continuaran con la misma rutina de cada mañana: risas, colacaos, cereales, y zumbando a clase. Sin saber qué le ocurría a su marido, inconsciente de camino al hospital, aderezaba su incertidumbre con la idea de que el vecinito cotilla, que iba a clase con uno de sus hijos y había contemplado la función matutina desde primera fila, le contara, con la habitual inocencia infantil, que su padre se estaba muriendo.

Estas preguntas, muchas más y toda la tensión contenida salieron disparadas, como si se abriera la espita de una olla exprés, cuando los niños brincaron del coche, rumbo al patio. Con el cierre de las puertas, la madre rompió a llorar.

La noche anterior, se había planteado si una simple gripe era motivo suficiente para hacer que el médico se desplazara a su casa. Los telediarios ya habían avisado de que las urgencias estaban colapsadas por los casos de gripe. ¿Qué les iba a decir? «Mi marido tiene fiebre y está hecho polvo». Vamos, igual que el resto de los contagiados por el virus en ese frío mes de enero. Ellos mismos lo habían comentado en más de una ocasión:

—Si estás enfermo, caldito, y a la cama. Sin exageraciones, que el sistema sanitario bastante tiene con lo suyo.

Pero esa mañana, al despertar, fue consciente de que algo anormal sucedía. Ni gripe ni catarro. Temió que fuese a mayores. Si otras veces procuraba hacer el mínimo ruido posible para dejarlo descansar, ese día no. Por fortuna, su sexto sentido femenino le advirtió que no debía salir sin más.

—Esteban, Esteban, ¿estás bien? ¿Cómo te encuentras?

No obtuvo respuesta. Su marido no despertaba. No estaba.

—Esteban, Esteban, ¿qué te pasa? —insistía Marta—, ¿sabes quién soy?

Igual que sucedería una hora más tarde con los gritos de la sanitaria, los ojos de su marido dieron un repaso al cuarto traspasando el cuerpo de ella; esa forma de mirar de quien no está viendo. Y no pronunció palabra. Eso activó las alarmas de Marta.

Las llamadas de sus vecinas la hicieron volver al crudo presente. Los niños estarían en el colegio hasta media tarde; llegados a ese punto, ya vería cómo se las arreglaba para contarles lo sucedido. Lo primero era lo primero: ir al hospital para informarse del estado de Esteban. Solo sabía que a esa persona con la que llevaba más de media vida la habían metido en la ambulancia como un fardo, inconsciente. Pero había visto su mirada dura, distante; la misma que un familiar suyo años atrás, ese que no tuvo un final feliz.

La llegada al hospital fue un nuevo mazazo. A diferencia de esas series hospitalarias que tanto gustaban a los televidentes, donde cirujanos, interinos, enfermeras y celadores vivían aventuras dignas de un culebrón a la par que la sangre surgía a borbotones (eso sí, sus batas blancas se mantenían impolutas), la realidad que se encontró Marta fue una sala de gran tamaño a rebosar de ancianos en camillas agolpadas en las esquinas y pasillos, a la espera de su turno o a mitad del tratamiento que calmase sus síntomas gripales. Sofocada y con el susto en el cuerpo, la llevaron hasta los boxes de urgencias. Las paredes de cristal, con un enorme punto rojo en el centro para que las personas no se dieran de bruces, y las cortinas a medio descorrer apenas preservaban la

intimidad de los enfermos: un abuelito, que pocas horas más tarde pasaría a mejor vida, y un par de accidentados. La enfermera le señaló con amabilidad la esquina, justo donde empezaba el pasillo: ese era el de su marido.

Un box mínimo. A la derecha, en un mostrador que iba de lado a lado de la pared, una exposición de los utensilios necesarios para practicar cualquier tipo de urgencia: jeringuillas, vendas, aparatos diversos y un dispensador con filas de cajas y cajitas; en un rincón, un pequeño lavabo y un rollo gigante de papel para secar las manos. La cama, en el centro, con tubos de oxígeno y vías colgando. Al otro lado, una simple silla en la que soportar la preocupación e incertidumbre mientras se vigilaba al inquilino de tan desoladora estancia. La pared de cristal que la cerraba tenía unas espléndidas vistas a los baños de los usuarios.

Allí estaba él. Grogui y nervioso. Incapaz de vocalizar, pero sin parar de moverse. Deliraba en sueños, vagando por el más allá. El personal le hacía las pruebas con celeridad. Las vías para sueros y analíticas ya estaban colocadas en su brazo. El médico que los dirigía solicitó a Marta que por favor abandonase la habitación. Iban a realizarle una prueba adicional para confirmar los indicios que apuntaban a problema neurológico, radicado en la cabeza. Quizás ictus o meningitis. Un joven tembloroso se puso detrás del enfermo para practicarle una punción lumbar con una aguja de un tamaño que provocaba desmayos.

El pinchazo lo despertó. Se sacudió con un grito gutural y se giró como un resorte. Observó una silueta blanca difusa que trasteaba en su espalda y susurraba de forma ininteligible. Era incapaz de estarse quieto con semejante dolor, parecía más la niña del exorcista que un paciente comatoso. Le dedicó una mirada que hubiese desmontado a cualquiera y otra al cristal del punto rojo, aunque no llegó a ver el otro lado. En menos de cinco segundos, una eternidad para él, retornó a su estado inicial, desplomándose en la cama. KO técnico.

Pasaron horas hasta el siguiente de sus chispazos. No asimilaba la luz; estaba a plena potencia, sin embargo, él percibía el lugar frío, oscuro, como un fotograma de película antigua. Había sombras que deambulaban por el pasillo. No entendía por qué se asomaban, por qué entraban, dónde iban. Los cuchicheos le taladraban los oídos. Conversaciones lejanas, sonidos familiares que no lograba adivinar. ¿Qué hacía él allí? Lucidez a ráfagas inconexas, que bien podían durar segundos, minutos o, quizás, horas. El tiempo había dejado de ser medible, transcurría con mayor o menor celeridad sin motivo.

Un hombre entró en la habitación. Hablaba bajo a dos personas. No acertaba a reconocerlas. Aguzo los sentidos. Llevaba bata blanca y explicaba pausadamente que estaba grave, muy grave. Esa palabra sí la entendió. Decía que no sabían el porqué. Por ciertos movimientos y el análisis del líquido de la punción lumbar, descartaban una meningitis, no obstante, tenían la certeza de que el problema residía en el cerebro, por ahí algo no funcionaba de modo correcto.

Una cosa sí le quedó clara: estaba jodido, y bien jodido. Perdonen la expresión, pero estaba mal. El señor de blanco repetía «grave, grave, grave». Las dos personas que cuchicheaban eran su mujer y su hermana, que residía en Barcelona. Si había viajado hasta allí, nada bueno sucedía.

Intentó hablar, gritar, mover un brazo, tocarlas, pero no consiguió coordinar ni músculos ni voz. Como en sus peores pesadillas, en las que una fuerza lo atraía hacia ese cuarto oscuro en el que no debía entrar y trataba de chillar, pegar, salir, pero no podía y despertaba asustado. En esta ocasión, no discernía si estaba soñando o no. La cabeza realizaba algo parecido a pensar, aunque el cuerpo no reaccionaba. Nadie se daba cuenta de esos ligeros fognazos de consciencia en los que sentía. Se esfumaban con demasiada facilidad.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? La penumbra, el incesante trasiego de médicos y enfermeros y las sombras del pasillo se entrelazaban en sus sueños y en su extraña percepción del entorno. ¿Qué

era real y qué no? Ese continuo delirio le causaba un miedo y una inquietud terribles. Sus músculos se estiraban y contraían en sacudidas sin criterio.

Lo que a él le parecían minutos, a sus acompañantes, días enteros. La repetitiva respuesta de los médicos aumentaba su incertidumbre:

—La situación es grave, aún no sabemos en qué punto estamos.

Proseguían las pruebas para descartar hipótesis. El estado físico no mejoraba, el cansancio invadía la habitación y, en el exterior, la noche avanzaba inexorable. Esteban no ayudaba mucho, la verdad. Quizás, gracias a los antibióticos y antiinflamatorios suministrados a discreción, intercalaba balbuceos y gruñidos entre sueños.

La rigidez de su cuerpo persistía, pero cada vez estaba más nervioso. La medicación que le inyectaban la asimilaba a la puya de ese picador que espera en lo alto de su caballo. Y reaccionaba como el toro bravo, revolviéndose, confuso, para sacudirse el dardo.

La situación empeoraba por momentos. Mascullaba palabras incoherentes e intentaba arrancarse la vía. Su pobre mujer le aferraba el brazo, de forma tierna pero firme, para que no desenganchase los sueros.

Entre delirio y delirio, la habitación desaparecía. La cama se balanceaba. El borde era el mismísimo Gran Cañón del Colorado. Se agarraba a las sábanas, a su mujer y a todo lo que tuviera a mano para no despeñarse al mayor de los vacíos. Una fuerza del más allá lo empujaba a asomarse. Rezumaba pánico, sentía que la muerte estaba cerca, muy cerca. Llegaría más pronto de lo que a él le hubiese gustado. Cientos de metros a sus pies.

Sabedor de ser dos, no se enfrentaba solo al precipicio. Advertía a Marta, o eso pretendía con sus balbuceos, que se agarrase, que subiera a la cama, un lugar seguro. Quería salvarla del peligro. En su realidad, él caía una y otra vez, moría, y lo peor: era consciente de ello. No se despedía de su mujer, solo pensaba que se iba al fondo del abismo. Y regresaba para caer de nuevo en la profundidad de sus delirios.

Su subconsciente lo manejaba su demonio interior. No era como esos de las películas que se posaban en el hombro, farfullando qué hacer en cada momento, sino un bicho que sabía que aquel líquido le haría abandonar los delirios y volver a ser quien era. Tal era su obsesión por arrancarse las vías que el personal sanitario le ató los brazos a la cama.

Él seguía asomado al precipicio. Lo vislumbraba desde la almohada. Para eso están los delirios, para sufrir. El demonio era demonio, pero un tipo enrollado, y permitía que pasaran por un puente tendido desde el pasillo. Las enfermeras entraban y salían, chequeaban su estado, ponían y quitaban medicación sin cesar. Goteros y goteros de antibiótico.

Para mayor regocijo, conforme avanzaban las horas, su visión viajaba más allá. Antes chocaba con el punto rojo, ahora lo traspasaba. Las sombras del pasillo se convirtieron en una especie de indios que paseaban de un lado a otro; algunos, los más atrevidos, entraban en la habitación y se desvanecían como polvo negro conforme se acercaban a la cama. Sin caras, solo bultos que deambulaban a su alrededor. Otros escapaban por un pasadizo. Los aseos, para él eran el mayor de los misterios, un drama, una obsesión. Un agujero negro que los engullía y, tiempo después, los escupía. Un escondite desde el que lo vigilaban. Daba igual quiénes fuesen. Entre sueños, delirios y momentos de lucidez, los percibía como seres malignos que lo atormentaban.

2. El agujero en la pared

Los antibióticos por fin surtían efecto. No mascullaba ni emitía sonidos guturales. Ya no susurraba «me muero». La sensación de vivir al borde del abismo se desvanecía por momentos y el resto de los delirios también parecían disminuir; sin embargo, su nivel de consciencia continuaba bajo mínimos. Porque lo que era entender, entendía poco. El pequeño demonio que lo corroía por dentro jugaba sin descanso.

Entre desmayos, escuchaba trozos inconexos de las instrucciones y cuchicheos de la gente ataviada de blanco, y trataba de interpretar su estado. Los enfermeros acudían puntuales a su cita para inyectarle veneno y los médicos analizaban la evolución, sin ver una perspectiva clara.

La penumbra le hacía vislumbrar la habitación en blanco y negro. El chirrido de la puerta, una voz o un sonido lo amedrentaban. Cualquier movimiento le provocaba inquietud y otra sacudida. Vivía en una calma tensa insoportable. En aquel box con cristalera no importaba si era de día o de noche. Las sombras continuaban su procesión hacia el agujero negro de la pared. Como en la pesadilla recurrente de cuando era niño, en la que no entendía por qué una fuerza lo arrastraba por el largo pasillo de la casa de su abuela, y él, aterrado, se asomaba con lentitud en cada habitación. Al fondo, estaba el enorme espejo que ejercía el influjo. El agujero donde se adentraban aquellas figuras le recordaba a aquel espejo. Realidad y sueño, delirio e imaginación se entremezclaban de forma confusa.

Susurros agitados y frases que insistían en la gravedad del asunto se sucedían dentro del box, dando por hecho que el enfermo no era consciente de lo que pasaba. Solo se giraban, como si los sonidos no pudieran franquear el muro de sus cuerpos. El único impedimento real era su propio ciclo. Sus chispazos le hacían estar o desconectar, entender o flotar en el limbo.

Descartada la meningitis, continuaron con las pruebas: reconocimiento de objetos y exámenes de coordinación y habla, un mundo dadas las condiciones en las que se encontraba.

Seguía sin controlar las sacudidas que su maltrecha cabeza enviaba a sus miembros. Debía de ser lo más similar a esos trajes de electroestimulación que utilizaban las personas que pretendían tomar un atajo para ponerse en forma. Una sobredosis de contracciones musculares que les hacía salir de los centros de musculación cual cruasanes recién sacados del horno. Ridículo a todas luces. El esfuerzo físico no era uno de sus puntos fuertes y se estaba ejercitando inconscientemente como no lo había hecho en dos décadas. Semejante tensión, lo extenuaba.

Llevaba más de día y medio entre aquellas tres paredes y la cristalera con vistas al pasillo que le ocasionaba tantas batallas mentales. Para él, el tiempo no tenía el mismo significado que para el resto de los mortales, sin embargo, era crucial de cara a su evolución y a las posibles secuelas si salía de ese trance. En los escasos momentos de consciencia, le mortificaba pensar si su estado sería pasajero o permanente.

Trabajaba en una multinacional no muy diferente de las americanas, y se imaginó como el típico repartidor con problemas físicos: sin habla ni control de sí mismo, empujaría un carrito por las salas de un gran edificio, distribuyendo de mesa en mesa el correo diario y la valija interna de la compañía, ante la mirada compasiva de sus excompañeros.

De hecho, meses antes, había mantenido una peculiar conversación con uno de sus hijos sobre las consecuencias de tener un padre con las capacidades limitadas, a raíz de que un conocido, después de un accidente de tráfico, se había quedado con la edad mental de sus hijos pequeños. Como un niño más de la familia, pero feliz, al fin y al cabo. Su hijo le había dejado bien claro que aquello sería una vergüenza terrible. Un «padre tontico» no entraba en la definición de un «buen padre» para un adolescente. Sin cortarse un pelo, llegó a reconocer que, para estar así, mejor

que...

Durante los momentos de escasa lucidez, no había comido ni había sentido hambre. Un mal menor, bastante tenía con lo suyo como para plantearse algo tan sencillo como masticar. Su único alimento procedía de esos goteros que colgaban junto a la cama, el veneno que le inyectaban por las vías pinchadas en su brazo. Con aquello era suficiente, siempre y cuando no consiguiera arrancárselos.

Paralizada la progresiva agresión de aquel demonio a su cerebro, por lo menos en apariencia, una de las enfermeras alertó de un nuevo problema:

—¿Ha ido al baño? Tiene que eliminar los residuos de los antibióticos que le hemos suministrado —dijo sin dar mayor importancia a que aquella piltrafa, que llevaba día y pico en cama, fuera incapaz de ponerse en pie.

—No, no se ha levantado en ningún momento —respondieron al unísono mujer y hermana.

—Si en unas horas no orina, avísenme, porque le tendremos que introducir una sonda. Es de suma importancia que los elimine.

Las palabras de la enfermera hicieron que el cable rojo y azul volvieran a conectarse y provocaran una reacción en cadena. «¿Sonda? ¿Dónde? ¿Ahí abajo?». Intentaba gritar que no, que a él no le metían eso por ahí. Era una nimiedad en comparación con lo que estaba padeciendo, sin embargo, se estremecía solo de imaginar la sonda. Un chute de adrenalina no lo habría despejado tanto. Miraba a sus acompañantes con ojos de loco, buscando ayuda. Un grito sin sonido y sin respuesta posible. Su nerviosismo incrementó de tal modo que volvieron a atar sus brazos a las protecciones de la cama para que no se lastimara.

En el trajín, encontró una mano tranquilizadora. Apretaba, soltaba, se movía y giraba como nueva forma de comunicación. En ocasiones, reconocer su incapacidad para expresarse provocaba que lágrimas de impotencia e ira corrieran por sus mejillas hasta la almohada. Su pequeña vía de escape. Esa misma escena se había producido la noche anterior, cuando quedó semiinconsciente. A pesar de su precario estado, recordaba con nitidez cómo desfalleció en la cama de su casa.

En realidad, comenzó días atrás, con el enésimo catarro de los últimos dos años. Una deriva que lo llevaba a padecer una bronquitis cada mes y medio. Le recetaban medicación para diez días, se estabilizaba un par de semanas, y recaía. Fiebre moderada, dolores articulares y un estrechamiento de las vías respiratorias. El inhalador lo acompañaba a todas partes, su íntimo amigo desde niño. Una situación insostenible a la que ni su neumólogo ni su médico de cabecera encontraban explicación y la resolvían inyectándole corticoides mensualmente. La mínima bajada de temperatura, un aire acondicionado intenso o salir sin jersey lo hacían volver al punto de partida en la montaña rusa de su sistema inmunológico. Pasó el fin de semana bajo las mantas, acurrucado en su esquina predilecta del sofá, para combatir los temblores y el frío que le provocaba la fiebre.

Los dolores se le amontonaban y era incapaz de moverse. Los analgésicos cada vez lo aliviaban durante menos tiempo. No se tenía en pie y no hacía más que consumir horas de televisión, donde no cesaban de anunciar el partido del miércoles: el Atlético y el Barcelona jugarían la vuelta de una eliminatoria de Copa. En la ida, habían ganado los azulgranas por un gol a cero, y la vuelta se avecinaba apasionante, como todas las que habían disputado ambos clubes en las dos últimas décadas. Los niños estaban ilusionados, más aún desde que el Niño Torres había vuelto a casa, a ver si esta vez podían con Messi y Neymar, y le insistían en que mejorase rápido para no perderselo. Noche de fútbol, eliminatoria, emoción, bocadillos, niños; los mejores partidos para ir al estadio. Sin embargo, él no tenía ganas.

Cuando era pequeño, sus padres se separaron, y, cada quince días, iba con su padre al fútbol.

Compartir aquella afición y esperar a esas tardes para verlo, le marcó la infancia. Por eso, en cuanto su hijo cumplió siete años, decidió disfrutar con él de la experiencia. Avanzada la primavera, a final de la temporada, acudieron a ver el partido contra el Deportivo de la Coruña. Les encantó. Pasadas dos semanas, repitieron con el último de liga. La visita del Villarreal los fascinó. Fue entonces cuando convenció a Chemita, amigo, compañero de oficina y seguidor colchonero, para sacarse el abono. Cada fin de semana, cada partido de Europa League, de Copa o de lo que fuese era una peregrinación en familia para disfrutar del fútbol junto con sus hijos.

La mañana del martes, una de las últimas acciones que realizó con mediana lucidez fue enviar un wasap a Clara, una compañera de oficina, para que recogiera las entradas en su casa y se las diese a Chemita. De este modo, podría ir con algún amigo y no se perderían las localidades; la expectación por el partido era máxima y seguro que no le iban a faltar pretendientes. Clara le aseguró que pasaría a por ellas al salir del trabajo, pero él no pudo aguantar tanto. El subconsciente le decía que, antes de que llegasen sus hijos del colegio, debía descansar, tumbarse un rato. Dejó los abonos en la mesita del recibidor, y agarrado a la barandilla de la escalera, aquella que tanto lo horripilaba y que tantas veces pensó en desmontar, consiguió subir al primer piso.

En multitud de películas, el personaje de turno, borracho como una cuba, se dejaba caer en la cama con los brazos en cruz y sin desvestirse, a dormir después de una noche de desenfreno. En esta ocasión, ni película, ni alcohol, ni mucho menos el final de una juerga.

Oyó el timbre, la voz de su amiga y el ruido al cerrar la puerta tras coger los abonos. Una media hora después, llegaron los niños del colegio. Su cuerpo no reaccionó; la cabeza, menos. Ya era tarde. El proceso había comenzado.

A la hora de la cena, su mujer se lo encontró en la misma posición en la que se había dejado caer. Logró contestar a un par de preguntas mascullando monosílabos. Apoyado en ella, se levantó. A duras penas, lo desvistió y le puso el pijama. Antes de volver a acostarse, ella le recordó que debía tomar la medicina. Dando tumbos, regresó a la cama. Una acción que costaba pocos minutos, les llevó una eternidad.

Ella insistió en que, si empeoraba durante la noche, la avisase. Él se tumbó en posición fetal, sin fuerzas siquiera para asentir a su asustada esposa. Consciente de la gravedad de su estado e incapaz de balbucir palabra, se le escapó una lágrima. Agotado y hundido. Un goteo lento recorrió su cara. Fruto del apagón de su cerebro, se sumió en un sueño profundo.

La mañana del partido, lo trasladaron en ambulancia al hospital. Como dicen las madres cuando riñen a sus hijos: «Ni fútbol ni *fútbol*». La eliminatoria se encontraba al fondo a la derecha de sus prioridades más recónditas. Esa noche no acudiría al estadio. Y lo que era mucho peor: tampoco sabía si saldría del hospital o en qué estado físico lo haría. En la soledad de aquel box de urgencias, se disputaba una eliminatoria mucho más importante que unos cuartos de final de la Copa del Rey.

Sin movilidad y sin palabras, un ligero apretón de manos suponía el mayor de los pulsos que había echado en su vida. Cuando lo lograba, se le humedecían los ojos, y un par de lagrimones volvían a caer por su rostro. Aquella forma tan primitiva de comunicación lo aferraba a la realidad. Buscaba la mirada compasiva de su hermana, sentada a su lado en una banqueta. Sin embargo, el cerebro lo engañaba mostrándole una escena terrorífica: el blanco de sus córneas convertido en negro brillante; las pupilas, de un verde intenso, rasgadas como si de un ofidio se tratase, se abrían de forma lenta, supurando sangre. Aterrado, apartaba la vista hacia el punto rojo de la cristalera. Pero algo en su interior —el miedo, la sorpresa, quizás la curiosidad, o todo a la vez— lo obligaba de nuevo a fijar su mirada en su hermana, y la alucinación se repetía. Él solo

era capaz de apretar y apretar.

Transcurrían los minutos, las horas. Los intervalos de desconexión eran cada vez más cortos. Por lo menos, eso quería creer, que lo que demonios le estuviera pasando mostraba clara línea decreciente. La inconsciencia jugaba con su forma de interpretar su estado: mejoría poca, gravedad mucha, como se encargaba de recordar el equipo médico en sus visitas de cada hora.

En un intento de evitar la sonda, solo acertaba a decir: «Pis, pis». Su nueva obsesión. La lucha con la vía del antibiótico pasó a un segundo plano. En un alarde comunicativo, consiguió asentir para que metieran una cuña en el interior de la cama. Otro enemigo contra el que batallar, además de sus delirios. Nervios, posturas incómodas, dolores. Subía, bajaba, la cogía, la quitaba, dormía sobre ella. Imposible de afrontar con éxito uno de los retos más surrealistas de su vida. Ni mucho ni poco, no salía nada.

La idea feliz, el último recurso, fue ponerle una especie de pañal. «Especie» porque, debido a su tamaño, parecía más un traje espacial. Allí estaba, envuelto en plástico, algodón y celofán ruidoso. La ansiedad alcanzaba su máximo esplendor. Un pez recién aterrizado en la cubierta de un pesquero hubiera sido más fácil de controlar que él dentro de la cama del hospital. Boca arriba, izquierda, derecha, vuelta de nuevo. No contaba diez y cambiaba de posición, un torbellino. Hubiese resultado hilarante de no ser por su grave estado de salud. Y su vocabulario aumentó a cinco palabras:

—¿Y si me quedo así? —repetía sin cesar, entre apretones de manos y lagrimeos.

En esos ratos de lucidez, lograba asentir y medio entender el contexto, como en una conversación en un idioma extranjero: no comprendía todas las palabras, sí la idea general.

Entre tanta preocupación, una de las enfermeras, o tal vez un médico, quién sabe —para él, una persona más vestida con bata blanca brillante que no paraba de hacer ruidos estridentes—, se le acercó para incordiarlo con preguntas tan complejas como el nombre de los objetos: un bolígrafo, una carpeta, un adorno. Aquella tarea sencilla, transformada en un mundo para él, dictaminó que su capacidad de entendimiento comenzaba a aparecer, aunque con lentitud.

En un acto instintivo similar a cuando la señora enfundada en el chaleco le daba voces en su habitación, se incorporó y, abalanzándose sobre el médico, le quitó de la cara las gafas negras de pasta, de la misma marca y modelo que las que él usaba a diario. Se las puso como si fuesen las suyas y escudriñó todos los rincones de su lúgubre box.

La sorpresa de los acompañantes fue mayúscula. Le siguieron unas risas entre forzadas y nerviosas, un desahogo ante el primer síntoma de mejora desde que ingresó allí medio muerto.

—Guaaaau —soltó él, en un alarido de incredulidad y alegría, al comprobar que con aquellas gafas mejoraba su visión en blanco y negro.

Debido al esfuerzo físico de pelearse con la bacinilla y el pañal para eludir a su particular dragón, la sonda, cayó exhausto. Y vuelta al sufrimiento, al balbuceo en sueños, a la amenaza de entubar sus partes nobles.

Una hora más tarde, la enésima siesta del día fue interrumpida por la llegada de dos celadores que, con la mejor de sus intenciones, pretendían dejarlo en una buena postura para que la enfermera actuase. O eso creyó él en su enajenación. Colaboró. Costó varios minutos que se mantuviera erguido en el borde de la cama, agarrado, a modo de bastón, al atril para sueros y antiinflamatorios.

Esa lucha por dominar el pañal y la necesidad imperiosa de miccionar sacaron del letargo a sus trastornadas neuronas. Quizás en algún momento había escuchado o imaginado que el agujero negro de la pared, donde se escondían las sombras que deambulaban delante de él, podía servirle para una urgencia, nunca mejor dicho.

La cabezonería colisionó con el estupor. Ganó la primera. Ataviado con uno de esos camiones que dejaban las posaderas al aire —si no son con objeto de escarnio popular, no se sabe para qué son—, se dirigió hacia la puerta entreabierta. «Esta es la mía», pensó. Los cables chispearon de nuevo, nadie impediría que alcanzase su meta. No importaba ir descalzo, con mirada confusa, pelos revueltos y el dorso a la vista. Haciendo caso omiso a las preguntas de los celadores, que no lo detuvieron por no engancharse en unos brazos llenos de tubos, se tambaleó con paso de procesión de Semana Santa hacia el agujero negro, que pasó de ser tenebroso al mismísimo cielo. No estaba san Pedro ni sombras vagabundeando. A paseo el dichoso pañal.

Su hermana respiró aliviada. Llevaban horas de martirio con el asunto de orinar. Nunca algo tan sencillo fue tan maravilloso. En realidad, no evacuó gran cosa, salvo el miedo a la sonda. Un enemigo menos al que combatir, o eso creía, pues ni mucho menos estaba liquidado.

En su cabeza, el dragón seguiría acechándolo.

3. Un hombre en blanco y negro

No era lo mismo pasar de cero a treinta que de ochenta a noventa. Cuando se llegaba en unas condiciones lamentables, sin entender ni hablar, cualquier avance se consideraba un éxito. Los antiinflamatorios empezaban a surtir efectos: los delirios, cada vez más discontinuos; los episodios de somnolencia, más escasos, y ya transmitía sensaciones mediante un apretón de manos, aunque sus palabras se hicieran esperar. Así que el equipo de especialistas decidió averiguar qué sucedía en esa azotea. Una vez confirmaran el origen de las goteras, deberían actuar cuanto antes para que no se inundara el edificio.

Apareció por el box el responsable del área de Neurología, de unos cuarenta años y complexión normal: ni grueso ni enjuto, ni alto ni bajo, ni una cosa ni la otra. Solo destacaba por su flequillo, como Felipe de *Mafalda*. Bueno, y por su velocidad. Siempre con prisas, o eso le parecía. Entraba derrapando, reformulaba la pregunta mientras le respondían y marchaba escuchando la última contestación, como si no le importara. Eso cuando él podía responder, el resto de las veces balbucía y gesticulaba. Muchas preguntas, pocas explicaciones.

Siempre iba escoltado por dos jóvenes doctoras, situadas a ambos lados y un paso por detrás para seguir su estela sin colisionar con él en alguno de sus quiebros. No abrían la boca, solo atendían a los comentarios de su jefe, asentían a las pruebas de reflejos y contemplaban la escena con cara de condescendencia. No les consultaba. No consensuaban opiniones. Gesto firme, serio, de preocupación. Figurantes de una obra de teatro.

—Todavía no disponemos de datos concluyentes, su estado es muy grave, debemos esperar — era la frase estrella del director de neurología cuando asomaba por el box.

Mientras, Esteban cavilaba sobre su mejoría evidente. Si era capaz de ver y entender, por algo sería; pero no, aquel individuo se empeñaba en enterrar sus ilusiones. En todo momento se reservaba su opinión, esquivando cuestiones sobre cómo evolucionaba y las posibles secuelas en su cerebro después de navegar por esos mundos de Dios donde estaba inmerso. En definitiva, carecía de certezas y no pensaba aventurarse con suposiciones de las que desdecirse más adelante. Por lo que el resultado de cualquier prueba, análisis o sintomatología era una absoluta incógnita para la familia, que llevaba encerrada en aquellas cuatro paredes varios días.

En uno de los interrogatorios del hombre del flequillo, algo alteró a Esteban. Desde la cama, agitaba los brazos cual cola de vaca espantando las moscas. Imposible apreciar si señalaba objetos, si quería quitar algo como sucedió el día anterior, si estaba incómodo o en una de las idas y venidas de sus delirios. Por una vez, el doctor perdió la compostura y se acercó a él, perplejo. La curiosidad lo humanizó y le preguntó qué le preocupaba.

Como un resorte, se incorporó y extendió el brazo, intentando agarrarle la corbata: una de la marca Lester, rosa con topes, que, el fin de semana previo a su hospitalización, él mismo compró en un centro comercial de la carretera de La Coruña. ¿Cómo ese señor, que no conocía y lo sometía a tantas perrerías, le había quitado su corbata nueva, si no había llegado a estrenarla? Aún estaba en un paquete sin abrir en su vestidor, dado que no había ido a la oficina por estar enfermo. Esos fueron sus pensamientos, pero el resto creyó que quería coger del cuello a aquel señor tan desagradable que le pedía sin cesar que tocara sus extremidades para medir su coordinación. Qué le importaba a él tocarse el codo si semejante elemento le había robado su corbata. Un drama. Intentó explicárselo a los presentes agitando los brazos y balbuciendo palabras ininteligibles, lo que ellos consideraron otro gesto de agresividad fruto de su nerviosismo. Su mujer y su hermana lo contemplaban ojipláticas. Y él que creía que su comunicación empezaba a fluir. Tres gruñidos y varios aspavientos fueron suficientes para caer fulminado como en anteriores ocasiones.

Horas más tarde, una simpática celadora sería la elegida para llevarlo a la planta de radiodiagnóstico. Tocaba un tac cerebral para comprobar la posible existencia de daños, marcas o inflamación. Intentó amenizar el recorrido contándole dónde iban, qué le harían y el tiempo que duraría la prueba, pero él estaba en uno de esos ratos de desconexión y daba bandazos en la silla de ruedas, recostado como un saco de patatas.

El estruendo de la maquinaria y los gritos del técnico al acomodarlo lo despertaron de su enésimo letargo.

—¿Ha estado alguna vez en una máquina de este tipo? No se asuste por el ruido del tubo.

—Mmmfffi, mmmfffi —masculló, moviendo la cabeza para decir que sí.

El técnico recitó una retahíla de instrucciones que él no comprendió. Era un hombre negro, con el pelo corto y canoso, fornido, de gran altura y ritmo cansino. Parecía caribeño: cubano o dominicano, según su distorsionada percepción.

—Solo es ruido, solo es ruido —repetía. Y continuó con su trabajo, otra jornada más en el hospital, ajeno a la enajenación de su paciente, a quien sus explicaciones le rebotaban en el cerebro como una bola en un pinball.

Esteban, con los ojos desenchajados, divisaba el infinito, atravesando cualquier elemento que se pusiera en su camino. Miraba sin ver. Sentado en la silla de ruedas con una manta por encima, a duras penas se mantenía erguido. Como los bebés de pocos meses, levantaba la cabeza y, al instante, se le vencía a los lados. Aun así, lo llamativo para él era la ausencia de colores en la sala. Y al ver al señor de bata blanca, su demonio volvió a jugarle una mala pasada. «¿Qué quiere hacerme este tipo, que no para de agarrarme?».

Ante sí, apareció una camilla estrecha y larga de aluminio brillante. Una bandeja para meter el asado en el horno. El técnico proseguía con sus explicaciones tediosas mientras le sujetaba los brazos al tubo para tumbarlo boca arriba.

El casco protector, un artilugio de plástico con bandas de velcro, cubrió su cabeza, intensificando su sensación de inmovilidad. El cable por el que pedir socorro si la claustrofobia lo superaba fue la guinda que remató su locura.

El hombre seguía y seguía: que si solo era ruido, que estuviera relajado y no se moviese. Si encerrarse en un tubo de escaso diámetro asustaba hasta a una persona en buenas condiciones mentales, a él todavía más. La labor del técnico fue inútil. Ni lo escuchaba ni lo entendía. Nada de calma, y mucho menos estarse quieto.

La sala, las pantallas, los cristales, el hombre, las máquinas... Negritud total. Como en las habitaciones de revelado de fotografías, no existían ni luz ni colores. Aterrado, cerró los ojos, lo de pensar era otro cantar, y hacerlo de manera racional, una utopía. Un entierro en vivo aderezado de paranoias no era la mejor manera de afrontar aquellos treinta minutos, y menos con el ruido que emitía el artefacto. Apretaba los ojos, los puños. Intentaba respirar de forma pausada, pero lo hacía acelerado, le faltaba el oxígeno, se ahogaba.

Tenía la sensación de llevar horas soportando el estruendo, pero, en realidad, no habían pasado más que un puñado de minutos. El equipo de médicos confirmaría después que no se habían obtenido datos suficientes para analizar. El informe solo mostraba un pequeño trozo del cerebro, no había dado tiempo para más.

Desde que estaba en el hospital, sus sentidos se habían intensificado. Su oído se aguzó como si llevara audífonos. El ruido le producía un desasosiego terrible. Apretaba con tal fuerza la pera de alarma colocada en su mano que la iba a explotar. En el angosto tubo, se revolvía frenético, pateando las paredes. El hombre en blanco y negro le hablaba para calmarlo. Imposible. Aunque no conseguía gritar, su agitación aconsejaba concluir la prueba cuanto antes, dado que los

resultados serían inservibles con tanto movimiento y él acabaría lastimado.

Sacaron la camilla a toda prisa de aquel tubo infernal, despegaron los velcros, lo liberaron del casco y, como pudo, se incorporó, empujando al técnico. La adrenalina le proporcionó energía suficiente para levantar la bandeja. Dio tumbos por la sala, apoyándose en lo que encontraba a su paso. Como un molino de viento, manoteó al camillero, desplazó la silla y lanzó la manta que la cubría. Chocó con un carro, volcando todo el material. A base de golpetazos, alcanzó la sala contigua, con sendas puertas dobles a los lados, por las que se accedía a las zonas de cada máquina, y cristaleras desde donde los técnicos monitorizaban las pruebas.

Su demonio reapareció. Las obsesiones y paranoias convertidas en realidad. Su objetivo prioritario era la búsqueda de un aseo en el que refugiarse. Dicen que el pánico genera una fuerza insólita, debió de ser esa la causa de que las dos personas allí presentes fueran incapaces de sujetar a un enfermo descalzo y semidesnudo. Consiguió entrar en un despacho que consideró el agujero negro. Apoyó la cabeza en la pared para sostenerse, se remangó el camión hasta la cintura y apuntó a lo que él creyó un retrete, el lugar idóneo para calmar sus necesidades, aunque no era más que una papelera. Ni tiempo ni ganas. El cerebro ordenaba, el cuerpo no cumplía. No percibió si había gente a su alrededor, daba igual; la penumbra continuaba de un intenso blanco y negro. El pobre personal sanitario presenciaba la escena, consciente de que debía reducirlo, pero sin saber cómo hacerlo para no dañarlo. Estaba claro que no olvidarían aquella mañana.

Al fin, entre los dos celadores lo sujetaron por los brazos y lograron inmovilizarlo en la silla de ruedas para mandarlo de vuelta a su habitación. El fornido caribeño trataba de sosegarlo mientras la misma celadora que lo había subido a aquella planta lo observaba con estupor: el saco de patatas convertido en un manojo de nervios. El extraordinario esfuerzo realizado en la huida jugó a favor de la celadora. Exhausto, se sumió en uno de sus letargos, sin necesidad de suministrarle calmantes intravenosos. Pero aquello no tranquilizaba a la mujer, que, espantada, no quería cargar con ese guñapo. En cualquier momento, por los interminables pasillos del hospital, volvería a enloquecer en la silla, y ella se encontraría sola para contener a la fiera.

Cuando llegó a la habitación, nadie comprendía sus balbuceos nerviosos:

—Un negro canoso, como un negativo; un tubo, una pera, un casco; ruido, mucho ruido; una sala, otra sala; golpes, pelea, pis en el baño.

No sabían si se trataba de otro delirio. Una nueva película en su cabeza. No estaba contando batallitas en una cena de amigos en su casa, pero le seguían la corriente, le daban la razón como a los locos. Si todavía no lo estaba, ese momento fue el más cercano a perder la cordura.

Cada vez que entraba en su bucle, los grosores, las texturas y las densidades cambiaban, pero los colores se mantenían, solo dos. El cerebro lo llevaba a la estancia bicolor. De forma instintiva, agarraba la mano de su mujer para salir de allí. Marta, su alma gemela, su guía durante toda la vida, seguía siendo su tabla de salvación, la única que lo mantenía conectado al mundo real. Las paranoias se sucedían. La imposibilidad de comunicarse, también.

Solo le quedaba aquella mano: su escudo frente al agujero negro.

4. En ocasiones nuevo objetos

Una vez descartado el ictus, los médicos apuntaban a una infección del cerebro debido a un virus, aunque no descartaban que el origen fuese otro. Las escasas imágenes obtenidas en la prueba de radiodiagnóstico mostraban que el líquido cefalorraquídeo, que rodea la masa cerebral, estaba comprimido. Eso provocaba la pérdida de consciencia, la visión doble, las alucinaciones, la desaparición de colores, su desproporcionado nerviosismo y los problemas con el habla. En definitiva, el foco estaba más que claro.

Las muestras de la punción lumbar del primer día se enviaron a un laboratorio externo para identificar los agentes infecciosos. Podía ser un virus transmitido por insectos durante algún viaje por el extranjero, pero los resultados tardarían tiempo. Mientras tanto, le suministraban dos potentes antivirales: aciclovir y ganciclovir. Se consideraban los más efectivos contra los herpes, una de las familias de virus más comunes, según la charla sobre la materia que le dio el médico del flequillo. Para evitar complicaciones importantes, secuelas de por vida e, incluso, en casos aislados, la muerte, debían actuar con la mayor celeridad.

Una vez infectada la sangre, los virus viajan al cerebro, donde se reproducen. El sistema inmune, al detectarlos, genera la respuesta adecuada: inflamar el cerebro. De ahí la necesidad de antiinflamatorios. Los efectos secundarios de los antivirales podían ser náuseas y dolores articulares y musculares. En raras ocasiones, provocaban problemas en la función renal.

Si bien los médicos actuaron de forma precisa y rápida, sus síntomas de afasia (incapacidad de comunicarse con corrección) y ataxia (pérdida o descoordinación de movimientos) les hacía desconfiar.

—La situación es muy grave.

Siempre la misma frase.

Exhausto y postrado en su cama, ya no dormitaba como en días anteriores. Desconectaba cada vez menos y pasaba largos periodos con los ojos abiertos. Pálido, con el pelo alborotado, barba de varios días y mirada perdida; menuda estampa.

Si cerraba los ojos, el cerebro le mostraba miles de imágenes a velocidad descomunal, como el famoso Cinexin, aquel juguete de la España de los setenta en el que se giraba una manivela para proyectar una película. Si los abría, su realidad era difícil de soportar: enchufes sonrientes, cables haciendo de comba o pintura chorreando desde el techo. No era pintura, sino un líquido denso y viscoso. Con una simple mirada a la intersección entre el techo y las paredes, conseguía el milagro de desnudar la estancia de color. Si un chispazo le advertía que el delirio estaba trastocando la realidad, movía la cabeza, la vista, y le decía a la pintura que no, que no era cierto, que no estaba pasando. De este modo, el color naranja se recomponía dando marcha atrás, pared hacia arriba. Todo en orden. Sin embargo, cuando le pillaba en un trance, navegando por el más allá, el líquido manaba del techo a cámara lenta, hasta media altura; nunca alcanzaba el suelo. Alucinante. Exasperante.

Jugaba durante horas. En ocasiones, padecía al ser consciente de esa travesura de pintar, desnudar y enredar con las paredes. Para él era normal, estaba sucediendo, lo veía, pero la situación se volvía incómoda cuando se lo contaba a sus acompañantes y sus caras mostraban falsa comprensión, una mezcla de susto y lástima. Miraba. Remiraba. La locura del juego suponía mayor tranquilidad que cerrar los ojos y enfrentarse de nuevo a ese carrusel de imágenes. Por eso los mantenía abiertos: la falta de control lo asustaba; al menos, los movimientos de la pintura los dominaba él.

Otro delirio recurrente era mirar el punto rojo del cristal y ordenarle mentalmente que explotara

en miles de bolitas. Flotaban por el aire como el mercurio de los antiguos termómetros, pegándose y separándose. Cuando se cansaba, nueva orden, y se reagrupaban en el mismo punto central.

Se lo confesó a la enfermera durante su traslado a planta:

—Esteban, ¿qué tal está? ¿Cómo se encuentra?

—La verdad que regular, veo formas raras.

—Tranquilo, aquí todo el mundo ve cosas extrañas.

—Ya, ya, pero es que en ocasiones muevo objetos...

En su nueva habitación, su entretenimiento aumentó gracias a la típica televisión de hospital, apoyada en un estante situado a media altura frente a la cama y con un cable que colgaba hasta el enchufe más próximo, a un metro de distancia, hacia la puerta. Él la miraba, ella respondía. No se quitaban ojo uno al otro. La ranura de tarjetas se transformaba en una boca enorme, sonriente y habladora. El botón blanco de devolución de las monedas en caso de atasco se metía en la pantalla, que bailaba, alegre. Una locura que, esta vez, le insuflaba buen rollo. Qué más podía pedir. Los ruidos y el volumen alto lo sacaban de quicio; la pizpireta televisión lo divertía más apagada que en funcionamiento. Por si fuera poco, cuando se hartaba de bailoteo y tanta sonrisa, se colocaba de costado en la cama y el cable se convertía en una pierna de futbolista con la que chutar al transformador, libre directo a la portería. Entonces, se volvía hacia la televisión, como un niño cuando marca gol y busca el aplauso de sus padres, sentados en la grada. Se miraban, entendían, sonreían y jugaban.

El pasatiempo duraba lo mismo que la lucidez en regresar. Hacía un gesto reprobatorio a su amiga la televisión, y la ranura dejaba de ser una boca, los ojos desaparecían y de la pantalla desertaban las muecas. Ya no bailaba, ni el cable se movía. Todo en orden en la habitación.

Como el resto se negaba a reconocer que también veían a la tele bailar y jugar al fútbol, empezó a cuestionarse su entretenimiento más placentero. ¿Qué era normal? ¿Lo corriente? Alguna ventaja debía de tener su estado. Además, en comparación con el negro de pelo blanco, aquello era un juego de niños, ya nadie hablaba del tubo infernal.

Mientras tanto, los antivirales hacían de las suyas, para lo bueno y lo malo. Había hecho pleno con los posibles efectos secundarios, por si no tenía bastantes preocupaciones con su cabeza.

La visita del médico del flequillo, seguido de sus dos jóvenes asistentes, perdón, doctoras, alertó de que algo no iba bien. Lo rodearon y ametrallaron con preguntas sin darse cuenta, o sí, de que no estaba para muchos trotes. Incapaz de conversar, se sorprendió por la reacción del equipo. Lo destaparon con urgencia: sábanas, mantas, camisón antilujuria y hasta el brazo con la vía por la que entraba el veneno precipitados por el borde de la cama.

En un alarde de nula coordinación, intentó tapar sus partes nobles ante la mirada de las adjuntas y una enfermera. Al médico no le importaba, seguía a lo suyo, golpeando con un pequeño martillo de plástico blanco cada articulación del paciente. Buscaba reflejos, y lo único que obtenía era un revoltijo de gestos para no descubrirse, en pleno ataque de pudor.

Desastre total. Con la mano derecha no atinaba a tocar el codo izquierdo, y viceversa, ni a transmitir sus maltrechos sentimientos. Las caras de susto demolían su ánimo. En único avance era que se habían reducido las horas de somnolencia. El equipo sanitario insistía en su gravedad, sin percatarse de que el enfermo coordinar no coordinaba, pero enterarse se enteraba. A diferencia de la mayoría de los pacientes con esos procesos víricos, conservaba la consciencia y, lo peor de todo, veía el pánico a su alrededor. El médico les informó de que le iban a realizar más pruebas para chequear el efecto real del virus en su cerebro. La noticia de los nuevos ensayos aterrorizó a Esteban.

El veneno que le inculaban provocó otro problema más: dos minutos con el brazo inmóvil le

generaba quemazón en las manos. Volvió a obsesionarse con lo que entraba por la vía, sulfumán desatascando tuberías. Los delirios martilleaban su cerebro: el líquido lo estaba matando, lo lanzaba al vacío. Cada día, una enfermera con cara de niña y coleta rubia hacía prácticas con él, cambiando la vía de lado para no cauterizar las venas. La potencia de los antivirales trastocaba su circulación. Sus muñecas, amoratadas en una gama de colores diversos. De hecho, si sus fuerzas hubieran sido otras, la enfermera se habría llevado un bufido de los suyos, además del que le dio una de sus compañeras, asustada al ver una de sus múltiples intenciones por atinar el pinchazo.

En la siguiente visita médica, ya no eran tres, sino cinco: el del flequillo, las dos jóvenes de mirada inquisitoria y dos señoras de bata blanca muy simpáticas, que llevaban en un iPad los resultados de los análisis que le hacían dos veces al día. Arregladas y con un corte de pelo moderno, parecían de otra especialidad, de otro hospital. Sin preámbulos, pero con dulzura, le informaron de que sus riñones no funcionaban. Eran incapaces de eliminar los restos de tanta medicina, y él no ingería suficiente líquido como para que se regulasen. Cambiarían del veneno uno al veneno dos, y si no surtía efecto, tomarían otras medidas.

Aquello hubiera sido un duro revés para un enfermo cuya cabeza rigiera. Su lógica lo llevó a relacionarlo con una historia que venía de antiguo: la sonda. Como sus riñones no trabajaban, no iba al baño con suficiente frecuencia y acabarían metiéndole el dichoso tubito. No se planteaba consecuencias mayores.

Consultas cada dos horas. Seguimiento ininterrumpido. Análisis recurrentes. Un nuevo problema ante sí, más preocupante aún.

Mientras, la televisión continuaba bailando y dando patadas al cable del transformador; la pintura de las paredes se derretía como aquellos polos de naranja que tomaba de niño en el pueblo, que chorreaban gotas pegajosas entre los dedos, y él echaba de menos el punto rojo de la cristalera del box de urgencias, que explotaba en miles de bolas que movía a su antojo. «Eso sí que molaba», pensaba, enredándose con sus nuevos juegos e historietas.

5. La prueba del nueve

Sus hijos desconocían el alcance del problema. Creían que su padre había acudido al hospital para recibir un nuevo tratamiento contra la gripe y que su madre lo acompañaba para que no estuviera solo. A ellos les preocupaba el partido de Copa de su Atleti, una de sus grandes pasiones, lo otro ya pasaría; total, su padre enfermaba a menudo y no sufría mayores complicaciones. Bendita inocencia.

Bueno, al hijo mayor, de casi trece años, sí le rondaba la mosca detrás de la oreja. El amiguito cotilla, que presencié en primera fila la escena de la ambulancia, hizo de las suyas. Eso, sumado al ajeteo y a la cara de pánico de su madre durante el trayecto al colegio, le hacían sospechar que lo sucedido no era normal, ni mucho menos.

Esa primera noche, mientras veían el encuentro por televisión, no dejaba de hacerse preguntas. En el primer minuto, el Niño Torres abrió el marcador, alimentando las esperanzas colchoneras. Los goles se sucedieron, hasta llegar al 2-3 final, resultado que eliminaba a los atléticos. El partido, como se preveía, fue emocionante, pero al hijo solo le interesaba comprobar que su padre lo estaba viendo. Le enviaba wasaps comentando las jugadas, pero, como no le respondía, atacó a la madre. La mujer transmitía los mensajes a su marido, entre conexión y desconexión, e intentaba contestar sin que saltasen las alarmas del niño. «¿Quiénes han marcado los goles?». Con internet, solucionado. Sin embargo, él le hacía cada vez preguntas más inquisitorias para que solo su padre fuera capaz de responder: «¿Quién ha jugado de nueve en el Atleti?».

La prueba del nueve fue clave para que, al día siguiente, la madre le tuviera que dar explicaciones. En efecto, su padre no se encontraba bien. Estaba adormilado por los medicamentos y en la habitación no había canales de pago para ver el fútbol. Cabezón como solo un niño consigue serlo, siguió interrogándola: «¿Por qué han venido los abuelos y la tía a cuidarnos?». Más excusas: «Para que no estéis solos mientras nosotros dormimos en el hospital». ¿Todos a la vez, aunque vivían fuera de la ciudad? Extraño, demasiada gente en casa.

Días después, obcecado por valorar la gravedad de su padre, insistía en que viera el dichoso encuentro. En uno de sus momentos de lucidez, abrió el portátil y buscó en YouTube un resumen de las jugadas más interesantes, para enviar a su hijo algunos mensajes sobre el partido. Vio las imágenes una y otra vez: el primer gol, de Torres, el nueve; luego, una contra de Messi, un regate, y gol de Neymar; bronca; más goles; expulsión, y listo. Pero ¿por qué, cuando llegaba al final, tenía que volver al principio? No lograba sumar los goles ni saber el resultado. No recordaba quiénes remataron. Carecía de memoria a corto plazo, como Dory en *Buscando a Nemo*. Unos de rojo y blanco contra otros de amarillo fosforescente. Sumaba, intentaba recordar, contaba con los dedos y, por quinta vez, terminaba sin saber el resultado. Sus miedos regresaban. Estaba tonto perdido. Cada vez que pensaba que su recuperación era un hecho, recibía otro mazazo.

Cerró el portátil, se acurrucó en su cama y se tapó hasta la cabeza con las sábanas, queriendo protegerse de sus nuevas limitaciones. Lo peor era ser consciente de ellas: no recordaba lo que había visto y tampoco lo entendía mientras lo veía.

Le vino a la cabeza *Borgen*, una serie danesa de política a la que se había enganchado la semana anterior al ingreso en el hospital. Iba de una mujer de un partido bisagra que llegaba a ser primera ministra por sorpresa, gracias a sus negociaciones con el resto de los políticos. Borgen era el palacio donde se ubicaba la oficina de la presidencia. En la trama, explicaban cómo los medios de comunicación y los poderes políticos influían en la toma de decisiones; además, detallaban las vidas privadas de los protagonistas: la de la primera ministra, la de su familia y la de la periodista rubia, que mantenía una relación con el jefe de prensa y hostigaba al gobierno.

Confundía ficción y realidad. Palacio y hospital. Veía escenas en blanco y negro, el palacio y su escalera, los coches llegando a los porches de la plaza, los despachos, la sala de reuniones, a los políticos... Incluso sentía el frío. La intro de la serie le matraqueaba los oídos. La periodista deambulaba alrededor de su cama, le preguntaba sobre el gobierno, las injerencias de unos y otros. El jefe de prensa, el barbas, no solo la perseguía a ella, también lo acosaba a él.

Despertaba, volvía a la realidad, y se acordaba de la rubia. Ni fea ni guapa, no se debía a su atractivo. Era una obsesión. Lo perseguía a él, formaba parte de la serie, de la política danesa. El resto de los personajes también aparecían como hologramas desquiciantes en su habitación. Recuperaba la cordura. Había sido un sueño, nada de lo que preocuparse. Pero enseguida volvía la periodista, con su nariz chata y melena rubia. Micrófono en mano, gritaba su idealismo y aquellos nombres raros, imposibles de recordar, como los de los muebles de Ikea. Si no se acordaba del resultado del partido, ¿por qué rememoraba los capítulos de la serie sin descanso? ¿Por qué formaban parte de su realidad?

El fútbol y el Atleti; su hijo y el WhatsApp; los nombres daneses, la rubia y el barbas. El frío, lo sentía en su interior, muy dentro. Todo lo que pensaba era un maremágnum.

Añoraba a sus hijos. ¿Qué sabrían? ¿Cómo estarían? ¿Cuándo los vería? ¿Qué sucedería en su vuelta a casa? Si volvía, claro. ¿Y si se quedaba así, con aquellas visiones, con sus idas y venidas, sin comprender, sin memoria? Sonreía al pensar en cómo aquel enano había sido tan puñetero para hacer la prueba del nueve, infantil y eficaz al mismo tiempo. Imaginó su casa, su familia, sus niños. Luego, se giró hacia la izquierda y miró la pared del baño; una sin colores para que no hubiera posibilidad de derretir la pintura. Acabó dormitando. La periodista, la dichosa musiquita, las imágenes en blanco y negro, una vez más en su habitación. La penumbra acechaba. Su consciencia se escurría. De nuevo, el letargo. El virus domaba su cerebro.

El veneno vencía su lucidez. No había descanso.

6. Luces de colores

Las señoras del iPad proseguían con sus visitas y el estudio de los resultados. Mientras, el trío médico intentaba descubrir las secuelas que había en su azotea, aunque a él le preocupaba más resolver el atasco que padecía en la entreplanta.

La siguiente prueba era el electroencefalograma. Lo había visto multitud de veces en la pantalla del cine, pero nunca se había imaginado llegando a ese punto en la vida real. Consistía en colocar unos pequeños discos metálicos, llamados electrodos, en el cuero cabelludo, mediante una pasta adhesiva, y aplicarle una serie de estímulos al cerebro, como la hiperventilación y la fotoestimulación. Los electrodos enviaban la actividad eléctrica del cerebro a un ordenador que analizaba cualquier anomalía en el patrón de ondas. De este modo, se detectaban alteraciones o lesiones cerebrales de diferentes tipos. Solía realizarse en personas que habían sufrido un ictus o que presentaban somnolencia, pérdida de funciones cognitivas o alteraciones del comportamiento. Si bien la necesidad de la prueba era clara, tras el éxito del radiodiagnóstico, esperaron unos días para evitar posibles altercados con los cables y las luces de colores.

A media mañana apareció un celador empujando una silla de ruedas para trasladarlo a la planta de neurología. Lo esperaban un par de facultativos en una sala blanca y luminosa, con un gran ventanal. Uno de ellos, que tecleaba ante un monitor enorme, ni se inmutó cuando él entró. La otra lo ayudó a colocarse en la camilla, franqueada por una mesa auxiliar, de las que se utilizaban para comer en el hospital, con un casco de corcho encima. Detrás, otra mesita repleta de cables, pegatinas y electrodos.

—Quédese boca arriba. Nosotros ahora lo incorporaremos para que esté a la altura de los aparatos. Tranquilo, no sentirá molestias —explicó la técnica con una sonrisa tranquilizadora.

—Mmpffss —asintió él.

—Es necesario que usted permanezca inmóvil. Mire hacia esa luz brillante. Verá ráfagas de colores: blancas, verdes y rojas. Solo tiene que mirarlas, el sistema nos dará la información. Quizás quede un poco cegado, pero no sufrirá ningún tipo de dolor. Respire profundamente. La prueba durará unos veinte minutos.

«Luces de colores», pensaba mientras le ponían el casco de corcho sobre una malla blanca que cubría esa amalgama de parches, gel espeso y cables colocados en su cuero cabelludo. Con suma amabilidad, le solicitaron que se apoyase con cuidado en el cabecero, que ya habían reclinado para que se quedara en posición sedente. Desconocía si aquellas luces y colores producían ruido, sin embargo, en su interior la fiesta había comenzado. Le hablaban y aconsejaban. Él solo atendía a los fuegos artificiales.

Deslumbrado y aturdido, empujaba y empujaba con su espalda, pero no lograba echarse hacia atrás. La camilla estaba diseñada para evitar que cayera o se recostara. Lo aterraba el peso pringoso sobre su cabeza que lo mantuvo inmovilizado hasta que esas voces tan dulces dejaron de darle indicaciones y lo ayudaron a salir. Poco a poco, un mundo para él, le quitaron la malla, el casco y los cables, y limpiaron el pringue de su cuero cabelludo. Entre la fiebre, los sudores, la tensión sufrida y los restos de la última prueba, la suciedad acumulada en su pelo era máxima. Su aspecto empeoraba por momentos.

Para rematar, un intenso olor se apoderó de su nariz, como a salsa quemada en el fondo de una cazuela. Pero esta vez no montó ningún circo, a pesar del picor en ojos, nariz y cabeza. La peste a requemado se sumó a su lista de fantasías.

Los resultados de la prueba fueron negativos. La inflamación del cerebro y la infección generada por el virus no habían dejado zonas muertas ni dañadas; sin embargo, sus problemas

continuaban: delirios, nula coordinación e incapacidad de comunicarse.

Los antivirales daban pasos de gigante. Conforme avanzaban los días, permanecía más horas con los ojos abiertos y, en ocasiones, respondía, aunque fuera con errores. Otras veces, ni podía comprender ni jugar con la pared y la televisión, y volvía a ser un saco de patatas.

Pasaba ratos medio sentado en su cama, observando el techo, las paredes y las esquinas de su amplia habitación, persiguiendo sombras. Incluso lograba tumbarse de lado y mirar otras zonas. No lograba llegar hasta una silla o mantenerse erguido, pero los avances eran significativos. El apetito hizo acto de presencia e iniciaron la dieta blanda. Una tortura de puesta a punto. Le costaba beber y, sobre todo, masticar. Como a las personas mayores con demencia, la comida se le hacía bola. Tampoco atinaba con la cuchara en su boca. Un niño de cuarenta y tantos, consciente de sus limitaciones, aprendiendo a comer pastillas.

La pareja de nefrólogas que iban siempre con sus iPad estaban más tranquilas: sus riñones depuraban. Tampoco hacía falta un informe técnico para eso, viendo que ya visitaba el baño de vez en cuando. Con la extracción matutina, disponían de datos suficientes y ya no venían dos veces diarias. El problema renal revertía. Por el contrario, los neurólogos, vistos los escasos resultados del tac y el electroencefalograma, sumados a que las desconexiones, los delirios y la falta de coordinación persistían, no se mostraban tan optimistas:

—La situación es muy grave, debemos esperar una semana para valorar su evolución.

Esteban estaba convencido de que, si algún día conseguía salir de allí, las paredes de su casa repetirían la frase estrella, aunque llevara ya una vida tranquila. Vaya tío el del flequillo, como *coach* no tendría precio. En el fondo, le estaba agradecido: su actuación y los antivirales le habían salvado de lo peor.

En la enésima prueba de reflejos, intentó tocarle la cara. Lo veía rojo, con los poros abiertos y rosáceos. ¿Cómo se había quemado de esa manera? El médico, al recordar el episodio de la corbata, retrocedió asustado. De nuevo, el paciente no vocalizaba ni atendía a sus instrucciones. Miraba fijamente su rostro, los puntos de la barba afeitada como cráteres de un volcán.

Finalizó la visita dándole ánimos, y debajo de la televisión, le explicó a Marta que esperarían unos días para que se estabilizara y volverían a hacerle un tac. Seguían sin ser conscientes de que, incluso durante sus visiones extrañas, el paciente entendía los comentarios y gestos del equipo médico.

Marta, abatida, acercó el sillón reclinable de cuero a su cama y le cogió de la mano, la única forma de transmitirle cariño y tranquilidad. Él, como minutos antes con el doctor, se quedó absorto mirándola. ¿Por qué tenía esos coloretos? ¿Por qué su pelo estaba tan grueso y rígido? Se lo acarició, maravillado: era la primera vez que tocaba algo así.

—¿Qué has hecho? —balbució—. ¿Está helado?

Su mujer no entendió a qué se refería, qué intentaba.

Esteban tardó días en comprender que sus ojos se habían convertido en un microscopio de realidad aumentada. Los poros del médico, transformados en cráteres; el sonrojo de las mejillas como la piel quemada de un inglés después de una semana en Benidorm. Disponía de superpoderes, incomprensidos, pero superpoderes. Como su capacidad auditiva amplificada.

—Ya vienen los carros, ya vienen los carros —dijo aquella tarde al oír el trasiego de las bandejas de la merienda por los pasillos.

Marta le contestó que no era la hora, que aún no venía nadie.

—Qué pereza, no quiero merendar, no quiero —repetía él como un disco rayado.

Harta de escucharlo, salió para demostrarle que ella tenía razón. Unas veinte habitaciones más allá, las enfermeras entraban con los cafés con leche y la bolsita de galletas. Muchos, muchísimos

metros de distancia. Desde su posición, veía los carros, sin embargo, no los oía. Por fin comprendió que el cerebro inflamado había hecho que su marido alcanzara planos superiores de percepción. Ni mejores ni peores, diferentes. Por eso, desde el primer día se había enterado de las conversaciones de los médicos y de cada cuchicheo entre ella y su cuñada, por mucho que se apartasen. Quizás, a eso se debía su nerviosismo de entonces. Si sus historias sobre mover objetos con la mirada, destruir el punto rojo en miles de bolitas o charlar con la televisión la impresionaron, sus supersentidos le parecieron alucinantes. Y desesperantes.

7. Bajando de hándicap

Una semana. Siete días. Ciento sesenta y ocho horas. Esa era la eternidad que llevaba en ese hospital.

Una mañana cualquiera había cambiado su vida. Las experiencias sufridas en ese tiempo, con seguridad, marcarían su futuro. La hipersensibilidad al ruido y la afasia subsistían. Pronunciaba palabras sueltas y desorganizadas, verbos aislados y repetitivos. La pintura de la pared y la televisión aún importunaban su paz mental.

Desde su visita a la planta de neurología para la prueba de las luces de colores, el olor a quemado lo perseguía. Ubicaba su procedencia en el aseo. Con ayuda de sus acompañantes, se refrescaba y duchaba, pero le asqueaba entrar allí. No sabía si era uno de sus delirios o el problema existía. Cambió varias veces de jabón, de esponja, de ambientador, de toallas, peroapestaba igual.

La rutina de la planta continuaba. El veneno quemaba las venas de las manos con la inestimable ayuda de la joven enfermera. La chica rubia con coleta, recién salida de la facultad, pinchaba incesantemente sus brazos. Un auténtico desastre. Un hematoma más entre los moratones amarillentos era lo de menos. La pócima magistral estaba acelerando su mejoría.

Sobre las diez y cuarto de la mañana, el médico del flequillo entraba derrapando en la habitación. Contaba hasta cinco, y aparecían sus dos compañeras. Se quedaban a un metro de él, eso sí, como parte del procedimiento que seguían a rajatabla. Destapaba a Esteban y preguntaba tarareando:

—Duele aquí y aquí. —Palpaba sus pies y subía por las piernas, hasta las rodillas—. Esto le molesta; si aprieto aquí, ¿le duele? —decía mientras le apretaba manos, muñecas y antebrazos—. ¿Algún síntoma diferente? ¿Aquí no duele? ¿Y aquí? —Tocaba la zona abdominal.

Como cada visita era idéntica, tenía la lección aprendida y, sin querer, a veces contestaba sus preguntas antes de que las terminara. Tampoco el del flequillo se paraba a escucharlo.

Después, sacaba su martillo de plástico del bolsillo de la bata y le golpeaba con insistencia en piernas y manos, comprobando sus reflejos. Seguía con el aparato de aluminio en forma de pincho de barbacoa, con el que chequeaba su audición. En la última prueba, le tocaba un poco de baile, «mitad *La Macarena* y mitad *Aserejé*».

—Extienda un brazo, ahora el otro; vuelva una palma, la otra; doble un codo, ahora el otro...

Su mujer se giraba para no hacerlo reír. En el fondo, unas sonrisas de complicidad eran mano de santo en su recuperación. Unos minutos de carcajadas los reconfortaban del sufrimiento de la semana.

En cada visita, decía y hacía lo mismo. Menos aquella mañana en la que le informó que iban a hacerle un nuevo tac, y desapareció por la puerta a la misma velocidad que había aparecido. Lo dejó con la palabra en la boca. ¿Otra vez el ruido, el casco, el señor en blanco y negro? Un escalofrío lo recorrió, no soportaría volver a vivir aquella experiencia.

—¿Al tubo? La madre que lo par...

Su mujer lo interrumpió, aportando sentido común a la situación:

—Sí, al tubo. ¿Qué va a pasar? La primera vez que te metieron no eras tú: no estabas, ni hablabas ni... Deja de quejarte. Cuanto antes comprueben cómo estás, mucho mejor. Así podrán ponerle remedio.

Marta siempre veía el lado positivo. Era inteligente y serena, no existía un problema por el que preocuparse si tenía solución. Esteban confiaba en lo que ella dijera. De hecho, en las conversaciones trascendentes con sus hijos, vitales para él y «un coñazo» para ellos, sentenciaba:

—Si algún día tenéis dudas de cómo actuar, haced lo que haría vuestra madre, y acertaréis.

Rumió el drama del tubo. ¿Cómo se evadiría de los ruidos y la claustrofobia? Cerraría los ojos, dejaría la mente en blanco, contaría... Antes de que diera con la solución, una celadora entró con la silla de ruedas para subirlo a la sala de radiodiagnóstico. Le tapó las piernas con una manta azul celeste para protegerlo del aire del pasillo, dijo, y se dirigieron al ascensor. Esteban conversaba como podía con ella, parlotear le generaba control y confianza.

Para su vergüenza, la señora le recordó que ella lo había llevado la otra vez. Le explicó con detalle la escena dantesca que había protagonizado durante el tac. Reconoció que no había sido testigo directo de los empujones ni de cómo se tambaleó hasta la papelera del despacho para hacer sus necesidades; se lo habían contado los técnicos cuando ella fue a recogerlo y se lo encontró histérico.

Esteban suspiró, aliviado: por allá no asomaba el hombre en blanco y negro. Un técnico diferente le dio las instrucciones de rigor: no preocuparse por el ruido o el casco, apretar la pera en caso de agobio, no moverse, respirar hondo. Y un consejo adicional:

—El truco es cerrar los ojos en cuanto te tumbes; no los abras, y no sentirás claustrofobia. Si miras, estás perdido. Piensa en algo agradable que te relaje: tu familia, un viaje, una playa...

Dicho y hecho. Sin echarse del todo en la camilla, cerró los ojos. Cerrados no, sellados. Apretaba tanto que podían estallar las órbitas oculares. El técnico insistía en que se tranquilizara, respirase hondo y pensara en algo que le gustase. Conforme la camilla se deslizaba al interior, un sudor frío le recorría el cuerpo. Sonidos estridentes, a temblar. Ya estaba dentro.

«A ver, a ver... Viaje, placer, familia... Tranquilo, relajado, respira... ¡Pals!», pensó, ansioso.

La playa de Pals, en Gerona, era uno de sus lugares favoritos, donde había veraneado los últimos diez años. Viajaron allí, junto con sus cuñados, gracias a la recomendación de unos amigos de Pamplona que fueron a jugar al golf. Un destino original, atípico. En plena Costa Brava, la playa era tan inmensa que podía enclavarse en el mismo Cádiz. Una fila de tres urbanizaciones en forma de u, con grandes piscinas en los jardines, presidían el paseo marítimo. En una de las esquinas, un camping repleto de franceses y holandeses. En la otra punta, el único hotel de la zona. Pequeño, discreto y acogedor, cerraba su parte de atrás con un campo de golf con solera y mucho encanto. Alrededor, una playa salvaje, sin casas y sin paseo, solo los pinares de la zona. En uno de ellos, plantadas como si fueran unos árboles más, una instalación de antenas dignas de Encuentros en la tercera fase. Sería impensable construir un hotel así ahora.

Al parecer, durante la Guerra Fría, los americanos eligieron aquel paraje idílico para difundir las bondades del capitalismo y de las formas de vida de Occidente. Mediante una emisora de radio, transmitían mensajes a los países satélites de la URSS, y las antenas, rojas y blancas, tenían unas dimensiones descomunales, como un edificio de cuatro o cinco plantas, y ocupaban miles de metros cuadrados.

En el interior del tubo, rememoraba la inmensa orilla y las olas que rompían con fuerza. Sentado en la playa, contemplaba las islas Medas, mar adentro. Un paraíso donde habitualmente fondeaban los barcos y los buceadores disfrutaban de sus aguas cristalinas y de la variedad de peces de colores. Poco a poco, entraba en el paisaje. Relajado, Esteban contaba las olas, dejaba caer la arena entre sus dedos, se emocionaba al recordar los momentos vividos con su mujer y sus hijos.

No duró mucho la alegría. Entre el estruendo de la máquina y que aquel pensamiento no daba más de sí, se rompió el hechizo.

«Piensa, piensa, piensa. Vamos, vamos».

Entonces se acordó del golf. Llevaba años jugando a algo parecido, entre críquet y golf, porque

no levantaba la bola ni medio palmo, pero unos meses atrás se habían hecho socios de un club cercano a su casa. Conforme practicaba, mejoraba y más se enganchaba. Esa era la ecuación. Aún no era ducho en aquel deporte, sin embargo, pasear junto con su mujer por el campo lo apasionaba. El césped recién cortado, el olor a humedad, la brisa, el silencio. Había encontrado la mejor manera de desconectar.

Imaginarse en un partido de golf, seguro que lo ayudaría. Concentrado como si no hubiese un mañana, llegó a la salida del hoyo 1. Sin gente, el campo era suyo. Percibía la frescura, el olor a césped. Hizo los típicos estiramientos para calentar y unos swings de práctica. Colocó su bola en el *tee*, el soporte clavado en el suelo. Extrajo una madera de calle de la bolsa de palos y, zas, formó una parábola en el aire de alrededor de ciento cincuenta metros. La bola aterrizó en la mitad de la calle, un sitio privilegiado desde donde efectuar su segundo golpe, camino del *green* del primer hoyo.

Satisfecho con su golpe, guardó el palo en su bolsa y se dirigió hacia donde se encontraba su bola, una Titleist de blanco intenso con briznas de hierba pegadas. Calculó la distancia hasta la bandera, por encima de los árboles, evitando el barranco frontal, y escogió un nuevo palo para no quedarse corto. Ensayó, y volvió a golpear. Perfecto: otro vuelo de más de cien metros, y al centro del *green*. Cruzó el puente del barranco para alcanzar el área de bandera. Con un *putt* sobre el milimétrico césped, acercó la bola lo suficiente. Otro *putt* embocando al agujero. Par en el primer hoyo.

Repitió los pasos: medir distancia, elegir palo, ensayar un par de veces y golpear en dirección a su objetivo. Un *drive* con la madera grande, cogiendo la cuesta de la calle para que corriese más la bola. Fue hasta ella, eligió palo y, de nuevo, ensayo, golpe, caminata. Así completó el hoyo 2 y el hoyo 3. Disfrutaba de la brisa, del olor. Marchaba a paso ligero, nadie se interponía en su paseo. No tenía que esperar a que otros jugadores le diesen a la bola. Solo en aquel campo que tan bien conocía. Ubicaba con exactitud dónde estaban los obstáculos, las encinas, los peligros. Vislumbraba el recorrido perfecto y los golpes adecuados para no caer en zonas complicadas. La bola volaba al sitio indicado. Nunca había jugado a ese nivel, lo bordaba. Un auténtico profesional. Y ni siquiera se fatigaba. «Si siempre jugase así, mi hándicap sería muy bajo», pensó.

Estaba allí, en el campo de golf, lejos del ruido, la vibración y señores en blanco y negro. Sin los miedos y obsesiones de la última semana. La realidad virtual o el teletransporte, unas chapuzas comparadas a lo que él sentía en aquellos momentos.

Su grado de concentración era tal que soñaba despierto. Y tenía sus ventajas. Acabó el recorrido y cambió de campo. Volvió a su playa de Pals y empezó a jugar. Conocía bien sus hoyos. La salida, junto a la caseta de madera. El *marshall* inglés, tras recoger los *green fees*, establecía el orden de las salidas. Hierro 5 de primer palo, ciento cincuenta metros con ligera desviación a la derecha para conseguir un buen segundo golpe. La dejó a unos ciento veinte metros. Un hierro 9 para que la bola volara alto y cayese en picado en el centro del *green*. Disfrutaba del paisaje de pinos centenarios. Aquello no era divertido, sino deleite. Llegó al hoyo 8, una calle enorme con un lago precioso al fondo. Le gustaba tanto que lo tenía como salvapantallas en su ordenador. El hoyo 9, uno de sus favoritos, atravesaba el lago y llegaba hasta la cuesta de la casa club, pero no consiguió alcanzarlo porque la camilla se deslizó.

Notó como aflojaban el casco y las bridas de sujeción. Un señor, hablándole de esto y de lo otro, acababa de estropearle uno de los mejores sueños de su vida. Quería recuperar esa sensación indescriptible, seguir dentro.

Pronto fue consciente de lo sucedido: gracias a aquel nivel de concentración, había superado la prueba sin sufrir. Es más: había disfrutado de ese viaje en el espacio y en el tiempo, intenso, real.

Incluso bajó su hándicap, un logro impensable hasta entonces.

8. *No news, good news*

«No nos damos cuenta de lo bien que estamos hasta que nos duele algo». «No sabemos cuánta falta nos hace alguien hasta que no está». Esteban odiaba este tipo de frases manidas. Y, en esta ocasión, a él le sucedía lo contrario: aun estando mal, aplaudía mientras no empeorase. Su evolución era positiva, pese a que se mantenía en unos niveles de dolencia que, en cualquier otro periodo, lo habrían hecho languidecer.

Para él, la prueba había sido un éxito, no tanto por los resultados, sino por introducirse en el tubo sin montar un espectáculo. Contaba las horas, a la espera de que aquel señor tan simpático entrase derrapando y le confirmara que la infección remitía y el líquido cefalorraquídeo regaba ya todas las zonas de la cabeza, una vez disminuida la presión. Una calma tensa.

No news, good news. En esos momentos, la máxima se cumplía. Dos días sin novedades era la mejor noticia. Ni visitas de las del iPad ni nuevas pruebas. Unos golpes de martillo en las piernas y un baile para cumplir con el procedimiento de cada mañana, y nada de jugar con la televisión y la pintura.

Marta, que llevaba más de la mitad de su vida junto a él, sabía cómo levantarle el ánimo entre aquellas cuatro paredes que seguían oliendo a chamusquina. Uno de sus grandes placeres era la gastronomía, aunque, eso sí, ambos preferían la calidad a la cantidad. Como Esteban ya ingería dieta blanda, pensó en llevarle algún capricho de la tienda que había en el vestíbulo del hospital. Unos bollos de pan recién hechos y un sobre de jamón ibérico envasado al vacío surtirían el efecto deseado.

Las personas somos más básicas de lo que parecemos. Lo que en cualquier otro momento habría sido una buena cena una noche de viernes en casa, se convirtió en el mayor de los manjares. Su dolencia y el lugar quedaron relegados. A pesar del camisón con el que enseñaba el trasero y de llevar barba de semana y pico, desaliñada y canosa, se levantó para comer en la mesita con una sonrisa de oreja a oreja. Su primera satisfacción en muchos días.

Tal era la alegría de la escena que Marta tomó una instantánea para enseñársela a los niños al llegar a casa. Pero la felicidad terminó antes de lo que les hubiera gustado. No aguantaba erguido, se vencía sobre la mesa, debía regresar a la cama. Había disfrutado como un niño en un parque de atracciones, pero a su cuerpo le sentó como una tarde entera en la montaña rusa. La emoción consiguió sacar fuerzas de donde no había. La realidad, más tozuda si cabe, lo devolvió a su sitio.

La fotografía tuvo daños colaterales. Si bien su semblante había mejorado años luz respecto a días anteriores, distaba mucho de la imagen que los hijos guardaban de su padre. Parecía un loco internado en un psiquiátrico. Despertó la mosca, mejor dicho, el mosquerío que rondaba detrás de la oreja de su hijo mayor. Si ya estaba alerta por el trasiego de familiares en su casa y por no haber hablado con él en tantos días, aquello lo convenció para ir a visitarlo. Sí o sí. Aunque le diera pánico.

El padre estaba encantado con la idea, sin embargo, sus nervios superaban con creces a los del niño. ¿Podría hablar?, ¿se atascaría?, ¿qué pensaría de su aspecto desaliñado?, ¿le impresionarían las vías y los sueros? La ilusión ganaba al miedo. Por una vez, tantas preguntas no lo harían dudar. Necesitaba ver a sus niños.

Le contó a su mujer que, cuando era pequeño, a su padre lo operaron del corazón en la Clínica Universitaria de Pamplona. Esperó en la habitación, junto con su hermana y su tía, a que volviese del quirófano. Una mañana entera dándole vueltas a lo que sucedería y las caras de incertidumbre de su familia hicieron el resto. Lo remató ver a su padre inmóvil en la camilla, amarillento y lleno de tubos. Casi tienen que entubarlo a él del susto. Aquella imagen todavía perduraba en su cabeza.

No quería semejante recuerdo para su hijo.

Prepararon la habitación. El encuentro debía ser sencillo, natural. Se sentaría en el sofá, apoyado en la esquina por si se mareaba. Cubriría el camisón con una bata. No estaba bien eso de enseñar el culo, su hijo no lo entendería, él tampoco. Los brazos también cubiertos, sin mostrar las vías. Le pediría a la enfermera que por favor le desconectase los antivirales por un rato para dar mayor normalidad a la escena.

Los abuelos acercaron al niño al hospital. Con una llamada de teléfono alertaron de que llegaban. El resto de sus hijos, ajenos a lo que sucedía, quizás lo visitarían más adelante. De momento, preferían mantenerlos al margen.

El mayor se asomó por la puerta, a la expectativa, como si temiese ver algo tan malo que lo hiciera retroceder. Desconocía qué se iba a encontrar. Entró dando pasitos. Miró la puerta del baño, se apoyó en la pared, y desde allí escudriñó que no hubiese nadie postrado en la cama.

Localizó a su padre en una esquina del sofá del fondo, bajo la ventana, pero siguió con su reconocimiento visual, como quien se metía en la casa del terror del parque de atracciones y sabía que, de un momento a otro, un zombi saldría gritando del rincón menos esperado. Tubos, sueros, vías y un montón de utensilios sobre la mesita. Alcanzó el sofá, de forma pausada, no fuera a ser que un exceso de efusividad perjudicase a su padre. Lo besó y se sentó a su derecha. La locuacidad, una de sus virtudes, la dejó en casa. Los nervios y el susto de verlo en bata en el hospital lo superaban.

Tocaba romper el hielo. Entablar una conversación con la que distraer a la criatura y que la inquietud abandonara su semblante: colegio, equipo, fútbol, su Atleti o la famosa eliminatoria de Copa. Se fue relajando. Entremedias, como quien no quiere la cosa, las preguntas inquisitorias para palpar la realidad de lo sucedido. Más comentarios sobre su responsabilidad como hermano mayor, darle la jerarquía de hombre de la casa mientras él estuviera ausente. Esos cargos de dominio ficticio encantaban a los niños. El hijo le miraba de soslayo las manos hinchadas, el esparadrapo gigante que tapaba la vía y los moratones amarillentos que asomaban por debajo de las mangas. Para reírse un poco, le contó su aventura con el mulato de pelo blanco, al que empujó en la sala de radiodiagnóstico, omitiendo los detalles más escabrosos para que no le diese un pasmo al pobre chaval. Con una batallita de tonterías y golpes, seguro que le amenizaba la visita. Charlaron alrededor de media hora, hasta que su madre decretó el toque de queda. Estaban en semana de colegio y debía madrugar al día siguiente.

Si el niño se fue más animado, el padre no cabía en sí de gozo. La visita supuso un impulso tremendo para afrontar los días que quedaban de hospitalización. Los familiares presentes también respiraron aliviados, satisfechos con la tranquilidad con la que había transcurrido el reencuentro. El nerviosismo vivido en las horas previas había merecido la pena.

Su agotamiento era mayúsculo. Cuando cerraron la puerta, se desplomó. La tensión y el esfuerzo hicieron mella. Estaba desfallecido. Con ayuda, llegó hasta el servicio. Llamó a las enfermeras para que conectasen los goteros y le suministraran unos calmantes. Necesitaba restablecerse, descansar.

Se acurrucó en la cama y se tapó hasta las orejas. Pensaba en el trance sufrido y en lo que pudo ser y no fue. En esos momentos de lucidez, se asustaba al recapacitar sobre la ansiedad del desconocimiento y la pesadumbre de su familia, en las horas que habían pasado soportando sus locuras. La estabilidad reinaba por primera vez, faltaban los resultados de la última prueba y que desapareciese la sobreestimulación de sus sentidos. Las visiones habían cesado, todos estaban satisfechos con ese cambio; sin embargo, él sabía que su cerebro no funcionaba igual que antes. Las imágenes y pensamientos extraños aparecían en cuanto cerraba los ojos. Las noches de

pesadillas continuaban, por no hablar del olor: aún apestaba a quemado.

Por primera vez desde que estaba allí, durmió del tirón, extenuado por las emociones del día, hasta que la jovencita de coleta rubia entró a tomarle la temperatura de buena mañana. No entendía por qué lo despertaban siempre en el mejor de sus sueños. Con lo largos que se hacían los días, ¿no podían esperar al desayuno para trastornarlo con el termómetro, los sueros y los pinchazos? ¡Si no se iba a escapar a ningún lado!

El trío de batas blancas apareció por la puerta poco después. Como de costumbre, uno por delante, las dos por detrás. Cada vez tenía más claro que no era una cuestión de protocolo, sino de velocidad. Ese hombre iba quemando suelas por la vida, y seguir su estela sin ser atropelladas era una labor de lo más compleja. Ese día, por primera vez sonreía, y sus compañeras también se mostraban tranquilas. Al fin, los resultados del tac. Por allá arriba no había manchas ni rastro o evidencia de secuelas tras el paso del virus. Grandes noticias.

Con una sonrisa de oreja a oreja, pero con poco tiempo para reaccionar debido a la premura del equipo médico, iniciaron las pruebas de coordinación de cada mañana. Adelantándose al del flequillo, se destapó él mismo, preparado para que le palpase cada articulación de brazos y piernas. Las habituales preguntas:

—¿Te duele esto?, ¿y esto otro? Aquí no te duele, aquí tampoco. ¿Algún síntoma diferente?

Y el martillo de plástico a pasear, comprobando los reflejos de las extremidades. Con la felicidad de los resultados, en cuanto le pidió que extendiera los brazos para el bailecito mañanero, no pudo más que echarse a reír, contagiando a su mujer.

El neurólogo no entendía por qué tantas risitas en una prueba de coordinación, pero sí su séquito. Una se tapaba la boca como si fuera a toser, la otra miraba hacia el pasillo para disimular. Parecía la escena de *La vida de Brian* en la que Pijus Magnificus seseaba al enunciar los nombres de los reos y el público era incapaz de contener la risa.

Unos y otros recobraron la compostura y la visita médica finalizó. Solo había que esperar su estabilización y le darían el alta para volver a casa, junto a su familia.

Marta seguía llevándole caprichos. Además de su montado de jamón ibérico para almorzar, unos yogures con frutas de la tienda del vestíbulo hacían las delicias del enfermo. Todas las comidas del día las remataba con una de aquellas delicatessen. Con uno con fondo de chocolate, se le saltaban las lágrimas.

—Tengo que recomponer fuerzas, que me he quedado muy flojo al estar tanto tiempo aquí metido —insistía para que no le cortase los caprichos.

Por primera vez, las noticias eran buenas. *New news, good news.*

9. Bienvenido a la cruda realidad

Una de las teorías que barajaba el equipo médico sobre el origen de su problema era que el excesivo suministro de antibióticos e inyecciones mensuales de corticoides durante los dos años anteriores había destrozado su sistema inmunológico, dejando vía libre a que virus durmientes floreciesen en su organismo.

Sufría infecciones respiratorias desde los tres años. Atesoraba inhaladores en la mesilla de noche, en el neceser de los viajes, en el coche, en su mesa de la oficina y en cualquier sitio donde pasase unas horas cada día, por pocas que fuesen. Una especie de seguro mental. Le detectaron el asma en la unidad específica de la Residencia de la Virgen del Camino de Pamplona. El responsable de Neumología, el doctor Sánchez Nicolay, se convirtió en uno más de la familia, tanto que aún recordaba sus palabras:

—Puedes hacer una vida normal, incluso jugar en el Osasuna o presentarte a los Juegos Olímpicos, pero cuando los bronquios se cierran, no serás capaz ni de moverte.

Esa tesitura lo había acompañado siempre. En ocasiones, se planteaba si era un tema psicológico, de hipocondriaco, o si el inhalador suponía un efecto placebo. Durante más de cuarenta años consumió cantidades industriales de inhaladores para sus problemas respiratorios. La sensación de ahogo era desquiciante y le ocasionaba molestias en la espalda de tanto tensar los músculos para respirar. Ese agotamiento le debilitaba el resto del organismo. En sus revisiones anuales, el neumólogo le regulaba el tratamiento para que los síntomas y los procesos infecciosos respiratorios se minimizasen.

La vuelta a cierta normalidad en la habitación del hospital le recordó que, aunque las alucinaciones desaparecieran, los bronquios seguirían igual. Cuando su nivel de oxígeno disminuyera del noventa por ciento, necesitaría un inhalador a mano.

Su nuevo objetivo era que su mujer le trajera uno de casa y que el equipo médico echase un vistazo a su nivel de oxígeno en sangre. Lo más complicado iba a ser convencerlos de que le suministrasen un antibiótico para cortar la infección de sus bronquios.

El neurólogo, como de costumbre, no le hizo ni caso. No obstante, los años de experiencia como enfermo le habían proporcionado técnicas y explicaciones para demostrar que necesitaba un tratamiento específico para cortarlo de raíz. Parecía más una charla en la sala de médicos que una conversación entre doctor y paciente. El toma y daca concluyó que la medicación más adecuada era la azitromicina, conocida como «el antibiótico de los tres días» por su posología: una pastilla durante tres días consecutivos, a diferencia de otras medicaciones de grageas que duraban más de una semana.

Esteban no era partidario de un tratamiento tan rápido, consideraba que la amoxicilina durante diez días lograba un efecto mayor y más duradero; pero no estaba para muchas negociaciones con el médico, le había convencido de su necesidad y cuanto antes acabara con aquello, mejor.

La sensación de ahogo poco a poco desapareció y, por primera vez, deseó salir de sus queridas paredes de pintura naranja y abandonar por un rato a la televisión, que tanto juego le daba, para cotillear por los pasillos. Ropa, necesitaba ropa. No quería volver a pasearse con el culo al aire.

La suya era una de las primeras habitaciones del tramo de Neurología: meningitis, encefalitis y otras dolencias acabadas en itis. El resto de la planta pertenecía a la unidad de Ictus y patologías diversas. Apoyado en su mujer y agarrado al perchero de suero, comenzó su andadura renqueante por el exterior. Llevaban tal velocidad que les daba tiempo a ver cómo se encontraban sus vecinos sin parar ni asomarse. La comparativa de que «en el reino de los ciegos, el tuerto es el rey» era absurda, pero lo reconfortaba. Moverse mientras el resto no lo hacía rebajaba sus preocupaciones.

Quería andar, sentirse vivo, comprobar su mejoría.

No llegó al final del pasillo. Sus fuerzas se habían quedado en su habitación. Colgado del brazo de su mujer y abrazado al perchero, paraba cada poco y fingía curiosear en las puertas que encontraba abiertas. Simples excusas.

Antes de los cien pasos, tuvo que detenerse, mareado. No le salían las palabras ni veía mucho más allá de las enormes cristaleras que daban a los patios centrales. No era asma, sino desfallecimiento. El paseo solo le había dejado constancia de su deplorable estado físico. No daba más de sí. Bienvenido a la nueva cruda realidad.

Aquello fue el preludio de lo que pasaría más adelante. El agotamiento le generaba un dolor de cabeza intenso, pérdida de la voz, presión en el ojo derecho y un mareo similar al de bajar de la montaña rusa. Los primeros síntomas de que ese par de semanas de viajes virtuales no serían gratuitos. Las pruebas daban negativo en cuanto a daños, pero su estado general decía justo lo contrario. Tenía la impresión de que tardaría bastante tiempo en retornar a su modo original.

Desfilaban las horas, los médicos, los análisis. Todo correcto. Los paseos, no. Mañana y tarde se esforzaba en llegar al final del pasillo, giraba a la zona de despachos, y vuelta a la habitación. Cien, doscientos pasos, no más. Un mundo. Un drama. Intentaba no transmitir su desasosiego. El alta era inminente, pero si trasladaba sus sensaciones, de las cuales tampoco estaba muy seguro, probablemente permanecería encerrado una semana adicional. Ni de broma. Anhelaba volver a casa, con los niños, su mujer, su familia. El susto se lo llevaría puesto, nadie sería capaz de librarlo de ello.

Al menos, era una espera sin delirios. Afrontaba los días con mayor tranquilidad. Ya no hablaba con la pared, ahora respondía a la gente, con mayor o menor exactitud, pero lo hacía. Su mujer aprovechaba muchos de esos momentos de compañía y cuidados para despejar la bandeja de correo del trabajo. Le contaba la preocupación de sus compañeros, las muestras de cariño de los que la conocían de su día a día en la oficina. En una de aquellas mañanas en las que se encontraban los dos solos, le preguntó si no le importaba que ensayara la presentación de una charla a la que tenía que asistir horas más tarde. Sin ser experto en el tema, estaba acostumbrado a hacerle de público cada vez que se lo solicitaba.

Sentado en el sofá bajo la ventana, enfundado en una bata y con el mejor de sus ánimos, quería ayudarla en lo que pudiera después de la semana de sufrimiento. La exposición era en inglés. Atento, traducía cada una de las frases en su cabeza. Entendía el vocabulario, sencillo y didáctico.

El único problema era que se excediese en el tiempo, disponía de unos minutos limitados. Cuando le preguntó qué frases debía eliminar, un escalofrío estremeció a Esteban. No había entendido nada. Tradujo las palabras, las frases, sin embargo, no comprendió el contenido. ¿De qué iba la charla?

Ni idea. Su cerebro era incapaz de seguir la secuencia de la exposición. Otro mazazo. Cualquier esfuerzo mental, si a eso se le podía llamar esfuerzo, le provocaba de inmediato náuseas, mareo y una fuerte presión en la sien derecha, siempre en el mismo lado.

Durante esos días no había leído periódicos ni revistas, tampoco visto encendida a su amiga la televisión. El teléfono, guardado, para mantener a raya su adicción a las redes sociales. Dos veces al día lo sacaba, contestaba mensajes y leía los cariñosos recuerdos de muchos de sus amigos, como los del grupo de WhatsApp Raros del Atleti, a los que les extrañaba su ausencia y que no hubiera hecho ningún comentario sobre una eliminatoria de fútbol tan intensa. Incluso intentaron contactar a través de amigos comunes, dado que no respondía ni por el chat ni por Twitter. Los había conocido tuiteando y, tras unas quedadas para desvirtualizarse, como en el argot de las redes sociales se llama a lo de conocerse en persona, entablaron una buena amistad, en la que se

contaban por WhatsApp sus batallitas diarias y comían cada cierto tiempo en el bar del padre de uno de ellos. Las nuevas tecnologías, el fútbol y el Atlético de Madrid los había unido hasta tal punto que fueron los primeros en echarlo en falta.

Respondía siempre por escrito, aunque fuera de forma lenta, sin dar explicaciones o muestras de que no podía con ello. Como le costaba hablar, por su escasa fluidez a la hora de elegir las palabras, solo llamaba a su hermana, a sus suegros y a Nuria, su cuñada, que viajó para hacerle compañía durante el fin de semana. Dos días enteros aguantó sus incongruencias con una sonrisa de oreja a oreja. Un cielo. Con ellos tenía confianza, no le apuraba errar, y hablaba, aunque fuera pausado. En persona, comprobaba su capacidad de seguir el ritmo, le dejaban respirar. Por teléfono, no. O bien se trababa, o bien se emocionaba, y le costaba una eternidad pronunciar las palabras adecuadas.

Cada día tenía más claro que había recibido un revolcón digno de un camión de doble eje y no iba a ser fácil recobrase. Le decían que la fatiga, los mareos y el dolor de cabeza eran normales, el hospital dejaba molido a cualquiera, por no reconocer que estaba hecho una mierda. Pero la exposición en inglés le había confirmado que su cerebro seguía sin funcionar bien, aunque no se apreciaran daños colaterales del virus. Nada de colaterales: las consecuencias habían sido directas.

Su alta era cuestión de horas. Solo había que esperar el papelito. Se puso su ropa habitual: camisa Oxford azul, unos vaqueros y sus zapatillas Múnich. Las más cómodas de todas y, a la vez, las más feas. De cuero marrón, horribles, un pecado. Le encantaban. Se sentó con los pies sobre el brazo de la butaca y se sacó una foto para subirla a Instagram. Postureo del bueno como un adolescente. Recuperado y alegre. Por fin, le daban el alta. Por dentro, devorado por el miedo al largo trayecto que quedaba por delante.

Superó el último ritual de preguntas, golpecitos y martilleos. A ver si lo iban a pillar en la rampa de salida. Quería huir de allí, despedirse de la tele, de la pintura de las paredes («¿a quién carajo se le había ocurrido pintarlas de naranja?») y, cómo no, del señor del flequillo y su séquito. Trataba de convencerse de que, en la tranquilidad de su casa, todo estaría en orden.

SEGUNDA PARTE CASA

10. Vuelta a casa

Llegó el ansiado día. Dejaba atrás la habitación en la que había pasado las horas más extrañas de su vida. Acompañado de sus suegros, enfiló el pasillo para despedirse de sus amigas, las diabólicas enfermeras que lo despertaban temprano cada mañana para que viera pasar las horas, pero que le habían seguido la corriente sin dar importancia a sus idas y venidas ni a sus delirios. El olor a quemado no se desvaneció, a pesar de que se alejaba de aquel aseo. Las tuberías, el gel o su imaginación, nunca lo sabría. Había gato encerrado, y por el hedor, hacía tiempo que había pasado a mejor vida.

En el alta, figuraba un informe con las palabras técnicas que explicaban lo que le había sucedido y las pruebas realizadas, pero le extrañó que no le recetaran tratamiento alguno durante esos tres meses que debía esperar hasta su revisión. Justo el 25 de marzo, una fecha que lo removía porque era el cumpleaños de su hermano ya fallecido. Con lo cerca que había estado de reunirse con él. «Qué retorcido es el destino, ¿no había otro día?».

El pesimismo era uno de sus mayores defectos, pero salir indemne de un lance así había dado un giro de ciento ochenta grados a su punto de vista. Su nuevo propósito era ver la parte positiva. Noventa días suponían una eternidad para recuperarse. En esos tres meses fuera de la oficina, podría disfrutar de sus hijos, ir a andar cada mañana y volver a jugar al golf más adelante. No estaba en condiciones de planear a largo plazo, llevaría el momento a momento por bandera.

Después de repartir besos y recibir los buenos deseos, atravesó el umbral de la salida y echó una última ojeada hacia atrás. Más que pena, era una especie de síndrome de Estocolmo. Como estaban en la planta baja, no hicieron falta ascensores para salir al enorme pasillo que comunicaba con el resto de los pabellones.

El pabellón H ya era historia. Muchas personas quedaban allí. En el bombo de los problemas neuronales, otros habían sido agraciados con peores boletos, eso pensaba, o le convenía pensar. En el fondo, la fortuna le sonreía.

El complejo hospitalario parecía la T4 del aeropuerto de Barajas. Carteles, pasillos y escaleras en un lado y en otro. Marchaba tan despacio que, como en sus paseos por la zona de Neurología, le daba tiempo a leer los letreros y a curiosear las entradas. Minutos más tarde, el majestuoso vestíbulo se presentó ante ellos. Un espacio de cientos de metros cuadrados y blancura intensa. La luz del sol de media mañana cruzaba las cristaleras de dos plantas de altura. El reflejo en el suelo de marmolina blanca les deslumbró al entrar.

Encontró enseguida la tienda donde su mujer le compraba delicias cada mañana. Los mostradores lo obnubilaron: cruasanes, palmeras, bollería de chocolate, bollos rellenos de crema y de cabello de ángel, pastas, pasteles, panes de todas las formas posibles y los yogures de dos sabores que levantaban a un muerto. Estaba repleta de clientes. Cada persona que pasaba por el escaparate frenaba para deleitarse la vista.

Aparte de al efecto sanador de los antivirales, estaba convencido de que esos bocadillos de jamón ibérico y las palmeritas de chocolate que engullía cada mañana también habían ayudado a su mejoría.

—Esto sí me quita el sentido, y no el virus ese de las narices —había dicho más de una vez.

A pesar de esos caprichos, su ropa de calle le venía holgada, como si saliera de una clínica de adelgazamiento. La tensión, el esfuerzo muscular de los primeros días y la dieta blanda le habían hecho perder media docena de kilos en dos semanas.

Se entretuvo mirando el escaparate. Ni cien metros, y ya estaba fundido. Lo achacaba a los nervios que lo atenazaban. Sentía que no era el mismo. Le costaba coordinar, andar y pensar a la

vez sin fatigarse. La multitarea iba a ser su enemigo durante las próximas semanas.

En varias ocasiones le pidió a Javier, su suegro, que aflojase el paso, cuando solía ser al revés, dado que el hombre ya tenía una edad y caminaba despacio. La puerta no llegaba nunca. El más allá estaba más cerca que el coche de las narices. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que no podía más. Temía desmayarse. Veía borrosas las puertas, los carteles y las personas con las que se cruzaba. El edificio daba vueltas. Se agarró al mostrador y les rogó que fuesen a por el coche sin él.

En un par de minutos, recuperó las fuerzas justas y se le estabilizó la vista. Empezó la marcha. Lo asustaba la largura de los pasillos y lo poco que avanzaba. Otra parada. Las procesiones de Semana Santa desfilaban con más ritmo. Esta vez, en el mostrador de la unidad de Tratamiento del Dolor, o eso atisbó en un cartel. Las letras se amontonaban de nuevo. Ese paseo lo estaba desmontando. La ilusión por volver a casa luchaba contra la falta de energía. La vista no daba mucho de sí. Su cuerpo, menos.

—Mucho ánimo no inspira esta sala de espera, me voy rápido, antes de que me pillen por banda —bromeó con un hilillo de voz, para quitar hierro al penoso espectáculo que estaba dando.

Con la barbilla a la altura del pecho y la mirada en la punta de sus zapatillas de deporte, casi se da de bruces con la puerta corredera de cristal de la salida. Dos ambulancias estacionadas. Se apoyó en una de ellas. Un grupo de hombres y mujeres enfundados en uniformes amarillos y petos fluorescentes deambulaban con sendos abuelos en sillas de ruedas y con bombonas de oxígeno colgadas en la parte trasera. «¿Y si está la vendedora de jureles por aquí?». Sonrió para sus adentros. Como para reconocer a aquella señora. Evocó sus ojos desencajados, su enorme boca dando voces, su cuerpo de metro y medio por metro y medio; sin embargo, no le ponía cara. Aparecieron sus suegros. Javier aparcó en zona de carga y descarga, detrás de las ambulancias, para evitarle el paseo hasta el aparcamiento.

Luz, aire, calle. Respiró hondo varias veces y se sentó en la parte trasera del vehículo. Entre la rotonda del hospital y su domicilio, seis kilómetros. La misma distancia que entre su anterior casa, en un pueblo contiguo, y ese punto. Lo sabía porque, gracias a esa medida exacta, había convencido a su mujer para que se mudaran doce años atrás. Pero la carretera daba la sensación de ser más larga. Discurría por un secarral sin árboles.

Dos rotondas. La gasolinera, a su derecha; una subestación eléctrica, que cada dos por tres los dejaba sin luz, a su izquierda. Obras, grúas y parcelas preparadas para otro pelotazo inmobiliario adornaban el paisaje. Un par de rectas y descenso por una carretera en cuyo horizonte se contemplaban unas montañas nevadas. Producía el efecto de que abandonaban la gran ciudad para adentrarse en el más lejano de los pueblos.

De nuevo, otro mazazo. Las montañas estaban donde siempre, luciendo sus cumbres blancas. Lo normal en invierno. A su derecha, nada: la inmensidad. Las miraba a través de la ventanilla, pero no conseguía enfocarlas. ¿Qué sucedía? Se fijaba en el cuentakilómetros: cien por hora y gracias; en ocasiones, iban a ochenta o noventa. Pero si se giraba a su ventanilla, solo un gran borrón pasaba ante sus ojos a gran velocidad. Y otra vez vistazo al cuentakilómetros; no podía ser: noventa por hora.

La misma sensación que cuando cerraba los ojos en el hospital y las imágenes se sucedían con celeridad. En un avión o un tren, era normal no enfocar un punto en concreto. En el coche de su suegro, no. Conducía tranquilo, hablando de los niños, de la ilusión que les haría verlo en casa. «El susto ya ha pasado —decían—, ahora, a descansar en familia». Si llegaba, pensaba él. No parecía que fuera a vomitar. Era desasosiego, malestar, pánico. Un enorme nudo en su estómago. Descontrol.

—Por favor, apagad la radio, me estoy mareando.

Aquellas voces martilleaban su cabeza, pero no adivinaba de qué hablaban.

No fueron más de quince minutos, eso sí, eternos. Llevaba un par de semanas dejando pasar el tiempo sin hablar ni hacer nada. Volver a relacionarse, a estar bien, sería de lo más laborioso. Salió del coche, se apoyó en el marco de la puerta y respiró hondo para restablecer sus coordenadas. Hasta el alma estaba descolocada debido a aquel trayecto.

Le abrió la asistenta. La simpatía no estaba entre sus virtudes, ella era así: en ocasiones, enfadada; el resto del tiempo, en su mundo. Pero, ese día, hasta los ojos le sonreían:

—Señor, qué ilusión que esté de nuevo en casa. ¿Cómo está? ¿Se encuentra mejor? Qué susto nos ha dado.

Entre el malestar y la emoción, solo acertó a responder:

—Bien, mucho mejor; gracias, María.

Renqueó hacia el sofá y se dejó caer en la esquina más cercana. Encajó su cuerpo, necesitaba acomodarse bien. Los demás, expectantes detrás de él, sin saber qué hacer ni qué decir. Lo rodearon, querían ayudarlo, pero se sintió acosado, se ahogaba. Cerró los ojos para recobrar el aliento. Tras un par de minutos, se levantó, rumbo al jardín, en busca de oxígeno y silencio. Todavía no se había dado cuenta de que esas serían sus mayores necesidades en la vuelta al hogar.

Abrió de par en par la puerta que daba al porche con un sofá, un par de sillones y una zona de césped. Los cien metros cuadrados entre setos de arizónicas, que los separaban de los jardines adyacentes, le bastaban para respirar aire fresco, sentir el invierno en su cuerpo, despejarse.

Al atravesar las hojas del seto con la mirada, se percató de que su cabeza funcionaba diferente. Desconocía si para bien o para mal. Cada vez que su cerebro enviaba una orden, oía un clic, clac en su interior. Los coches de diésel de los años setenta, cuyos tubos de escape petardeaban por las mañanas, disponían de mayor reprís que su cabeza en aquellos momentos. Estuvo un rato apoyado en la columna, recobrando la normalidad; demasiadas emociones juntas en poco tiempo. «Y ahora, ¿qué?».

Sus hijos llegaron a la hora de comer. Los había visto por última vez unos días antes, cuando lo visitaron todos juntos. Los mayores se cortaron en las celebraciones, como en el hospital, los pequeños lo abrazaron fuerte, muy fuerte, no fueran a llevárselo de nuevo. Íñigo, al que apodaban Gafitas, le dio un abrazo pegatina, como él mismo lo llamaba y solo él sabía dar. No lo soltaba, apretando su cuerpecillo contra el suyo, con los ojos húmedos por la emoción. Una cosa era verlo en el hospital y otra en casa. Aunque los dos pequeños insistían en volver: habían descubierto la tienda de las delicatessen y querían zamparse otra bolsa de magdalenas con pepitas de chocolate.

Difícil contener sus gritos y preguntas. Hablaban a la vez, sin recibir respuestas de su padre, incapaz de atender varias conversaciones al mismo tiempo. El agobio experimentado en el coche asomaba de nuevo. Aguantó a duras penas en la mesa para acompañarlos durante la comida. No disponían de mucho tiempo. Pronto debían regresar al colegio. En el primer plato, los dejó un momento. Fue al aseo de la planta baja. Apoyado en la encimera del lavabo, se miró al espejo: un espectro tenía mejor color. No iba a vomitar. Era desasosiego, falta de control, como horas antes. Abrió el grifo, dejó correr el agua. La necesitaba fría, helada. Se restregó la cara con ella, y volvió a mirarse. Esa imagen la había visto en decenas de películas: personas sobrepasadas que se refugiaban en un cuarto de baño para mojarse el rostro y recobrar el ánimo. No era ficción, sino la realidad. Esa escena ilustraba cómo sería su futuro. Volvió a la mesa y pidió tranquilidad a los pequeños. Su ritmo era el mismo que el de un abuelo jugando en el suelo con sus nietos, pero ellos se aceleraban, perdían las formas. Lo normal, niños. Tras ponerlo al día de sus aventuras colegiales, de sus juegos y de su fútbol, se marcharon al colegio, y él regresó al sofá.

En esta ocasión, no buscó su esquina. Cayó a plomo. Tumbado boca arriba, se concentró en no pensar. Miró al techo, blanco, liso, sin luces, casi casi como su cerebro. Durante sus horas muertas en el hospital, había descubierto un método para cargar las pilas: vaciar sin prisas su mente.

Por la tarde, cada cierto tiempo salía al porche para caminar a lo ancho del jardín, veinte metros, o sentarse a contemplar el verdor del seto. Escapaba de las conversaciones, del ruido de fondo de la televisión o de cualquier otro que se produjera a su alrededor. Lo mortificaba pensar que el resto de su vida sería así. Viajar en coche y oír la radio le parecían una misión imposible. Las acciones cotidianas en las que nunca había perdido ni medio segundo en plantearse qué músculo debía mover se habían convertido en tareas complejas.

A la pesada mochila de sustos que arrastraba desde hacía dos semanas, se sumó la decepción. De la alegría de la vuelta a casa saltó a la impotencia. Se acostó después de cenar, a la misma hora que los niños, como si al día siguiente tuviera que madrugar y ponerse manos a la obra con todas esas labores que había dejado colgadas durante su ausencia.

Pobre iluso. No tenía ni idea de lo que se avecinaba.

11. ¿Dónde estoy?

Sin despertador, sin horarios, sin obligaciones. Amanecía en su primer día en casa. Tres meses de tranquilidad para organizar ideas y restablecerse. Un hito que conseguiría antes del 25 de marzo, fecha de su reconocimiento neurológico. Su habitación era un remanso de paz.

Hasta que su pequeñín, con el timbre de voz propio de una criatura de cinco años, entró dando gritos:

—¡Papi, papi, papi! ¡Papi, papi, papi!

Lo remató saltando a la cama, en busca de un abrazo que haría las delicias de cualquier padre. Nunca había soñado despertar así, o no lo recordaba, no obstante, la emoción del momento se empañó por el enésimo revoltijo que le produjo su vocecita aguda y constante. Porque, si algo caracterizaba al niño, es que era inasequible al desaliento, daba igual qué o a quién tuviera delante, él seguía con su jolgorio, sus chistes, no paraba de hablar.

La felicidad por la vuelta a casa de su padre lo dotó de una energía inagotable. Las ganas de quedarse con él y no ir al colegio, también. Si entre semana su preocupación por el paso del tiempo era nula, ese día con más razón. Lo obligó a que desayunaran juntos, a ver si así adelantaba, pero él seguía contando cientos de aventuras, para desesperación de sus hermanos, conscientes de los horarios escolares.

No conseguía refrenarlo. Como para meterle prisa, si no tenía. Voz de pito, toda la del mundo. Del tono elevado, para qué hablar. Y aquello tenía un efecto multiplicador en su montaña rusa estomacal. Se despidió de sus hijos en la puerta de la casa, y ellos se subieron al coche del abuelo, que los esperaba para llevarlos al colegio.

En cuanto se duchó y arregló, se acomodó en la mesa de la esquina del salón que hacía las veces de despacho. Instalar el ordenador en ese lugar había sido una excusa para que ni unos ni otros se encerrasen en sus habitaciones para navegar por la red. Desde allí, controlaba a sus hijos cuando veían la televisión o trabajaban en sus tareas escolares, mientras él escribía sus artículos para el blog de un periódico deportivo o entraba en sus redes sociales; también se conectaban juntos cuando les apetecía compartir algo.

Tomó un cuaderno y un rotulador rojo, y comenzó a apuntar las labores pendientes que finiquitaría en los próximos días, aprovechando su estancia en casa: «COLGADOR DUCHA», el del baño de los niños se había aflojado; «RUIDO BARRA CAMA», la del cuarto de los mayores hacía ruido, por lo que algún tornillo estaría suelto; «COMPRAR UN», ¿un qué? Le sobrevino uno de esos chispazos que lo sacudían durante su ingreso. Miró su mano, el rotulador de punta gruesa, el cuaderno abierto. ¿Qué hacía? ¿Dónde estaba? Estremecido, volvió a mirar su mano, el cuaderno, la mesa, el salón, su salón. Se repetía una y otra vez: «¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde estoy?». Un sudor frío humedeció sus palmas, se le encogió el estómago, tuvo náuseas. Repasó lo escrito. Escudriñó de nuevo el salón, metro a metro.

Se levantó con suma lentitud de la silla, sin moverla, sin hacer ruido, por si había alguien cerca, y se refugió en el sofá, huyendo de la lista. Ni inconsciente ni aturdido: aterrado. Había escrito dos líneas, estaba claro: era su letra. Pero ¿qué había hecho saltar el diferencial de su cerebro cual cuadro eléctrico? Observó cada mueble de la estancia: la librería con dos filas repletas de cedés, libros y fotos junto a la mesa; un sillón de lectura bajo la lámpara de pie y entre el despacho y un descomunal sofá con estampado de pata de gallo. Recordaba aquello, era su salón. La planta entre las dos ventanas, que rozaba con el techo; la cómoda con las fotografías de los niños, la mesa de cristal frente al sofá... Sí, claro, era su casa. ¿Cómo llegó hasta la mesa? ¿Cuándo empezó la lista? ¿Para qué? ¿Por qué no lo recordaba?

Pasó varios minutos cavilando. Al familiarizarse con el entorno, se tranquilizó, sin embargo, seguía inseguro por la ausencia de recuerdos.

Entraron sus suegros, por si necesitaba algo. Un «no, gracias» y su rostro lívido bastaron para que lo dejaran a su aire, sin ofrecerle conversación. Ella se sentó a su lado y ojeó una revista, él encendió la tableta para leer el periódico. Ambos lo observaban de reojo, conscientes de que algo extraño le había sucedido mientras ellos desayunaban un café en la cocina. Tenía la misma mirada que en el hospital. Permanecieron callados, esperando a que quisiera hacerles partícipes de su situación.

A media mañana, ya recuperado, les detalló el susto. Como había pasado, en cuestión de segundos, de ir lanzado a por un montón de actividades a refugiarse en su esquina del sofá, aterrado. Sus suegros no sabían qué hacer ni qué decir, aquello los superaba. Pensaron que lo mejor era dejarlo correr. Si se trataba de un hecho aislado, no supondría un problema; si se volvía a producir, lo llevarían al hospital para que chequearan su estado.

Horas sin hablar. La televisión apagada porque no soportaba el alboroto de voces. Silencio monacal. Oían las respiraciones, los crujidos de la madera de la estantería y el suelo. Había comprobado la causa-efecto entre el volumen alto y el malestar de su estómago. Al cabo de unos minutos, las náuseas, y si no se acallaba, surgía una presión en el lateral derecho de su cabeza que lo dejaba atontado. Si retornaba el silencio, su tripa se asentaba. La intensidad del proceso dependía del tipo de sonido. Hasta la música de los anuncios lo noqueaba, como la criptonita a Superman.

El salón constaba de dos zonas: una de cuarto de estar, frente a la televisión, y la otra de relax, con un sofá de diseño de enormes dimensiones, comprado años atrás en la tienda de un decorador. Repantigado en él, logró cierta tranquilidad. Desconectó solo con observar el techo blanco. Su cerebro se convirtió en una tableta electrónica que desechaba cada una de las ideas que le surgían, un ejercicio que repitió de manera cansina, agotadora: «Fuera, esto no, esto sí, no lo quiero, fuera». Para finalizar, echó una cabezada. Sonrió para sí: «Esto es un *mindfulness* autodidacta y casero». Como si su cuerpo fuese un *smartphone* enchufado en la mesa de la esquina, cargando la batería hasta el siguiente empujón de luces y sonidos.

A lo largo del día, numerosos vecinos se enteraron de su vuelta a casa y pasaron a darle un cariñoso abrazo. Antonio y su mujer cruzaron a hacer una visita de médico, como ellos decían, por no molestar. Se quedaron en el vestíbulo, sin querer entrar ni sentarse, comentando la gravedad de lo que le había ocurrido y su rápida recuperación. Esteban no lograba seguir la charla ni mirar a los ojos de su amigo. Tuvo que echar mano a la barandilla de la escalera para no caer redondo al suelo. Los mismos síntomas que por la mañana, ahora por conversar de pie. Una acción rutinaria y sencilla convertida en un problema.

Cada nuevo revés hacía que su inseguridad subiera y la autoestima rebotara por el suelo. Y solo era el primer día. ¿Qué le depararía el futuro?

Al menos, de momento sabía dónde estaba. Algo había conseguido.

12. A pasar la tarde

Las agujas del reloj marchaban a cámara lenta: tic, tac, tic, tac, tic, tac. Los días desfilaban cansinos. La rutina lo desolaba. De la cocina al baño, del baño al sofá, del sofá a la cama. Los paréntesis entre las idas y venidas de los niños estaban vacíos de contenido. Sin lectura, televisión o música; como mucho, una o dos veces al día caminaba al trantrán hasta la esquina de su calle, sin escaleras ni ascensor, abrir la puerta, doscientos metros y vuelta al sofá. A mirar al techo y, luego, cerrar los ojos y concentrarse en no pensar, no oír, nada. Dejar planos los sentidos. Flotar.

Si se asomaba al jardín, lo acompañaban. Si iba a la cocina, le preguntaban. Si se sentaba en la mesa del ordenador, se acercaban. Cómo actuar, cómo convivir, un galimatías para él, para ellos, para todos. La naturalidad de los niños ayudaba, pero solo un ratito. Enseguida se agotaba. Y tenía que recobrar fuerzas para el siguiente encuentro.

Los amigos enviaban mensajes, preguntaban si podían ir a verlo o era demasiado pronto. Una situación difícil de gestionar. Chemita, su compañero de oficina y amigo durante más de una década, y su grupo del Atleti del WhatsApp eran los que más pendientes estaban de su evolución. Bromeaban con que el virus lo había provocado el pimentón de unos callos que comieron en el bar del padre de Javi donde solían quedar a cotillear la actualidad futbolística junto con amigos periodistas.

Álvaro, su amigo pamplonica, fue el más osado. En cuanto llegó el primer fin de semana, avisó de que Elena, su mujer, y él cogerían el coche para visitarlo. Se le abrió el cielo. Le hacía especial ilusión que uno de sus mejores amigos viajase por estar con él, aunque solo fuera un rato.

Ni un rato ni medio. A comer y pasar la tarde. Como buena familia del norte, en casa de Esteban eran de mantel fácil: hablaban, compartían y celebraban alrededor de una mesa, con la mejor comida y bebida. La ocasión no era para menos, había estado a punto de morir.

Con ese empeño, llegó hasta el súper de enfrente. La primera vez que caminaba tanto: trescientos metros. Carne, pescado, verduras, ¿qué hacer? De todo un poco. Serían un montón, así que algo sencillo, para calentar en el momento y listo. «Un rosbif, buena elección. ¿De primero unos calamares encebollados? Mucha tela, que se trata de amigos, no de un banquete de boda».

Debía descansar antes de la celebración, no podía arriesgarse a estropear el encuentro. Mejor hacerlo de un día para el otro. Cebollas, zanahorias y demás verduritas sobre la tabla. Afiló el cuchillo, y a cortar en juliana como un descosido, para luego saltearlas en la sartén. En otra más grande, vertió un dedo de aceite para sellar a fuego alto el trozo de dos kilos y pico de carne salpimentado, antes de introducir las verduras, el caldo y el vino en la bandeja de asar. Sin patatas ni guarnición, solo carne y salsa para acompañarla.

Emocionado con la visita y con sentirse útil de nuevo, por fin corrían las agujas sin que él mirase el reloj. Una vez metida la pieza en el horno, limpiada la encimera, fregados los cuchillos y recogidos los utensilios, paró. El sofá lo llamaba con urgencia, lo echaba de menos. Había pasado más de una hora en la cocina. Y de vuelta a mirar al techo. Eso sí, con una sonrisa. Estaba agotado, muerto; pero por una buena razón. Solo le quedaba esperar cerca de una hora a que la carne se asara a fuego lento, chup, chup. Dejaría las verduras unos minutos adicionales, y después les daría una vuelta en la Thermomix para texturizarlas. Por la mañana, con la pieza recién sacada del frigorífico, cortaría los filetes suficientes para la comida.

Marta preparó la mesa de los días de fiesta, en el comedor de la chimenea, como si fuera Nochebuena: mantelería, vajilla, cubertería, copas. Sin niños, solo mayores: Álvaro, Elena, los abuelos y ellos. Aun así, estarían apretados en la mesa.

Al filo del mediodía, llegaron sus amigos en un Volkswagen gris que casi no utilizaban debido a las bondades de las ciudades pequeñas. Como era habitual, traían unos detalles: dos botellas de un excelente Rioja Imperial y varias delicadesen de postre. Al bajar del coche, se dieron un extenso y cariñoso abrazo. Se refrenaron al darse cuenta de que había estado grave y, quizás, lo podían romper. Era curioso que en aquellos días cada saludo mezclaba efusividad y respeto.

Se asombraron con sus historias sobre lo sucedido. El movimiento de objetos, el punto rojo de la cristalera, el agujero negro en la pared, la cama al borde del abismo, sus juegos con la televisión, el hombre en blanco y negro y demás batallitas.

Arrinconado en el sofá para protegerse de los ruidos, charlaba con tranquilidad. Cuando cada poco tiempo paraba para recobrar el aliento, su mujer explicaba los detalles. En el fondo, el día también era especial para ella. Había sufrido con creces, la que más, sin capacidad de acción, a la espera del desenlace de semejante locura. Todo indicaba que había sido un final feliz. En casa, con sus hijos, los abuelos, sus amigos y su marido, contento como un niño chico el día de Reyes.

Con tantas historias que contar, la hora de comer se convirtió en la hora europea de la merienda. Daba igual, así abrían el apetito. Solucionaron los problemas del país, analizaron el fútbol, dieron un repaso a la actualidad internacional y tiraron de archivo para recordar las mismas anécdotas de siempre. Dos abuelos cebolleta charlando en una residencia. Lo más importante de esas comidas no era degustar el menú, sino repasar los grandes momentos de la vida.

La copa y media de vino con la que Esteban aderezó el rosbif, aunque los presentes lo regañaran, le bastó para entonarse de cara a los postres. De vuelta al sofá, un café y un gin-tonic suavecito igual que los demás, o eso le dijeron. Ni gin ni yan. La copa bien cargada de hielo, tónica y un chorrito de limón. Le supo a gloria.

A media tarde, apareció Chemita con su mujer para rematar el jolgorio. Una docena de personas disfrutando y riendo con «las historias paranormales, que no para anormales», chascarrillo absurdo que Esteban repetía, haciendo referencia a que había recuperado cierta normalidad después de lo sufrido.

Ese salón, donde pasaba tantas horas tumbado y mirando al techo, convertido en una fiesta. No había antes ni después, solo aquel preciso momento. Felices, por lo menos él, que no cabía en sí de gozo en su esquinita. En ocasiones, dejaba de participar y los miraba. Qué sencillo era a veces disfrutar de la vida.

Y de nuevo a relatar sus alucinaciones y el susto de las primeras horas, con la vendedora de jureles y sus acompañantes de chaleco amarillo trajinando por la casa sin que se enterasen los pequeños. No hubo otro tema de conversación.

Consistía en pasar la tarde y pasó toda una vida. La familia, unos amigos de la infancia y los actuales de la oficina juntos, todos reunidos para celebrar su nuevo cumpleaños. Sin velas ni cánticos. El regalo era la preparación de esa comida, la visita, la sobremesa. Ellos también se quedaron más tranquilos. No era lo mismo escuchar que ver. Comprobaron que todo estaba en orden. Esteban se esforzó por aparentarlo, ya tendría tiempo de dedicarse a la vida contemplativa desde su sofá. Lento y poco imaginativo, dejó que los demás llevaran la voz cantante. No quería asustarlos, deseaba alargar ese encuentro como fuera.

La extenuación mereció la pena. Vitaminas con las que afrontar los siguientes días de mareos y sofá, observando el deficiente alisado del salón. Esos controles de calidad del techo, por desgracia, darían para pasar más de una tarde, ninguna como aquella.

13. Dicen que... y si...

Dicen, con mayor o menor rigor, que la evolución de personas con pronóstico difícil varía según el avance de la dolencia, el tiempo que lleven enfermas y los tratamientos recibidos. Los más cercanos la sufren, pero siempre dependiendo de la actitud del paciente. Eso dicen.

La actitud, la dichosa actitud, es fundamental para la recuperación y para normalizar no solo la vida del enfermo, sino la de sus allegados. Quién no conoce casos de gente que se hunde y esconde, maldiciendo la hora en la que el destino los eligió para llevar el bicho de turno, o al revés: los que echan lo que hay que echar como si fuera para una tortilla familiar, al menos de cara al exterior, para no amargar a sus seres queridos. La dichosa actitud.

Dicen que el éxito consiste en afrontar cada momento, sin horizontes, plazos ni metas. Pero lo único que Esteban tenía claro era que nadie estaba en condiciones de evaluar desde fuera la complejidad de su situación. Los comentarios lo hacían enloquecer entre aquellas paredes. De repente, todo el mundo conocía un amigo de un primo de la cuñada de su vecina al que le había pasado lo mismo. De la noche a la mañana, en su barrio había tantos infectados como para llamar a los del CSI. Qué manía más española esta de recitar historias melodramáticas, de oídas y sin tacto alguno.

Tras el suceso del primer día en el que se quedó en blanco a mitad de la lista de tareas, el caso en el que más pensaba era el de una señora que también había alojado un virus en su cerebro y había estado hospitalizada con tratamiento antiviral. Al volver a casa —casualmente, residía cerca de su barrio, aunque él dudaba que fuera cierto—, descubrieron que una de las secuelas era que su cabeza reseteaba, como cuando se eliminaban los archivos temporales del ordenador para liberar memoria. Su disco duro mental recordaba sin problemas los datos almacenados hasta el día de su ingreso: infancia, juventud y demás pormenores de su vida. Pero, tras salir del hospital, sus recados, conversaciones, encuentros o labores diarias se borraban de forma automática. Si se iba a cenar con unos amigos, por la mañana no recordaba dónde fue ni con quién. Con el fin de darle mayor tremendismo, aseguraban que siempre llevaba a mano una agenda con las instrucciones de dónde iba y para qué, por si acaso la tecla de *delete* se activaba. Escalofriante. Por supuesto, no decían si tenía treinta o sesenta, si era arquitecta o ama de casa, aunque la influencia de la edad y de la actividad cerebral fueran fundamentales en una dolencia de este tipo. Concluían el relato con una supuesta frase tranquilizadora: «Te daremos cuaderno y rotulador para que puedas manejarte».

Sabía que esa historia era fruto del teléfono escacharrado: pasaba de boca en boca, y cada uno la adornaba a su gusto. Pero no olvidaba la sensación de verse ante un papel mal escrito y con un rotulador en la mano sin recordar qué estaba haciendo. Ese episodio lo había marcado.

Entre las historias para no dormir que le contaron, había otra que no por ser más rocambolesca le producía menor desasosiego. Otro de los elegidos para portar el virus se encontraba en tal estado de locura que le indujeron el coma durante varios meses por miedo a las posibles secuelas en su cerebro. Cuando despertó, hablaba en inglés y era incapaz de entender su propio idioma, el castellano. Hasta entonces, había manejado ambas lenguas a la perfección. La historia finalizaba ahí. No sabía si aquel señor recordó su lengua materna, tuvo que reaprenderla o pidió pasaporte británico.

El surrealismo se volvía cotidiano. Sin malicia, amigos y conocidos le contaban aquellas leyendas urbanas que habían escuchado alguna vez. Con su exhaustivo conocimiento de la materia, le indicaban cuál sería la evolución, el mejor tratamiento y, por qué no, le recomendaban a un médico que solucionó un caso extraño. Y en su mente se repetía la misma coletilla: «¿Y si

funciona?, total, no tengo nada que perder».

La actitud, la dichosa actitud era positiva, tanto que se veía capaz de proseguir con sus rutinas. Por ejemplo, la de acudir en tropel a la peluquería. Desde hacía ya bastante tiempo, acostumbraba a pedir cita para los cinco varones en la peluquería de El Corte Inglés; luego remataban la tarde merendando unas tortitas con nata y chocolate. Así, convertía una actividad tediosa en una salida divertida cada mes y poco. Pasadas un par de semanas desde su vuelta a casa, reservó hora, montó a sus cuatro hijos en el coche y, junto con los abuelos, arrancó rumbo al centro comercial por la carretera de circunvalación.

Transcurridos unos minutos, comprobó que aquello de conducir le suponía mucho más esfuerzo de lo que recordaba. Prestar atención a la carretera y a los coches, mirar los retrovisores y volver la vista al frente, y todo eso rodeado de ruido, cortocircuitaba su sistema. Con prudencia, se incorporó al carril derecho, aminoró la marcha y pidió a los niños que estuvieran callados. Su estómago comenzó a centrifugar. La presión en el lateral derecho de la cabeza se intensificaba y su vista se nublaba por segundos. Si aquello iba a más, ¿dónde acabaría?

Aparcó en la zona exterior del centro comercial con la excusa de tomar aire fresco, para retrasar la entrada. Medio recompuesto, se dirigió por las escaleras mecánicas al primer piso, donde se encontraba la peluquería. Los dos niños mayores, periódico deportivo en mano, guardaban turno en la sala de espera mientras él indicaba el tipo de corte que quería para los pequeños. La música de fondo, esa que nadie escuchaba nunca, hacía de las suyas en su estómago maltrecho. Estaba lívido y mareado.

Sin muchas explicaciones, dejó a sus hijos en manos de los abuelos y se fue a tomar el aire. La cara de Javier era un poema, al no saber si la indisposición de su yerno sería importante. En el futuro le recordaría muchas veces esa ocurrencia de meterse en un centro comercial apenas dos semanas después de ser dado de alta.

Esteban, con paso acelerado, esquivó los burros repletos de perchas de la sección de lencería femenina, rumbo a las escaleras mecánicas. En cuanto sorteara la concurrida zona de ropa de niños, alcanzaría la salida. Su aspecto enfermizo y su zigzagueo, agarrándose a lo que encontraba en su camino, pasmó a los clientes que estaban pasando allí una tarde tranquila.

Cada vez que entraba al edificio, la tenue música de fondo le avivaba las náuseas, los mareos y la presión en la cabeza que disminuía la vista de su ojo derecho. Los viajes al exterior eran más continuos. Los efectos, más duraderos. La causa-efecto, instantánea. Los niños, concentrados en cómo les cortaban de pelo, se mantenían al margen de sus idas y venidas. Comenzó a intuir que esos daños colaterales correspondían a su proceso vírico y no al desgaste de su estancia hospitalaria. Otro torpedo en la línea de flotación. Presentía que iba a vomitar y caer redondo, pero ese momento no llegaba. «¿Para qué? —pensaba—, bastante descompuesto estoy, lo de desplomarme es lo de menos». Pasadas las horas, su cuerpo mostraba las consecuencias de una paliza y se movía al mínimo de revoluciones.

En su época de instituto, conoció a una chica que padecía epilepsia. Era nueva, recién llegada de otra provincia, y no hablaba mucho, quizás su enfermedad le hacía más retraída. Alta, de cara enjuta y con gafas, tenía pocos amigos y la mayor parte del tiempo lo pasaba a su aire. Durante un trimestre, fue su compañera de pupitre. Sufría un ataque epiléptico cada dos o tres semanas. Primero, golpeaba la mesa con los dedos, y como si una corriente ascendiera por su brazo, lo sacudía. Entonces agitaba la cabeza, emitiendo sonidos guturales que asustaban a la mayoría de la clase. Así, hasta que caía al suelo debido a las convulsiones. La agarraban entre varios compañeros y le introducían algún objeto en la boca para que no se lastimara. Por suerte, no existían los móviles para que el gracioso de turno grabase la escena y la subiese a una historia de

Instagram.

A esa edad, lo que se saliese de la normalidad, para bien o para mal, llamaba la atención de los adolescentes. Un gesto o un chasquido ponía en guardia a los más cercanos. Los episodios eran cada vez más aparatosos y difíciles de gestionar. Pero, tras la tormenta cerebral, siempre volvía la calma.

Una vez alcanzaron cierta confianza, ella se sinceró. Ignoraba cuándo y cómo iba a ocurrir, carecía de alertas. Y volvía en sí asustada y fundida. Su cuerpo no disponía de un transformador que modulase la intensidad de la descarga.

Aunque ni las causas ni los síntomas se asemejaban a su caso, su enajenación y agotamiento le recordaban a los que había visto tantas veces en el rostro de su compañera de instituto. La mezcla de música, voces y ruidos encendían el interruptor del nervio vago, que empieza en la base del cráneo, desciende por el cuello, pasa por el esófago y acaba en el estómago. Sentía un enjambre de abejas agujoneando su parietal derecho.

Los comentarios de los conocidos, la música de fondo del centro comercial, las abejas, las convulsiones de la compañera y las dichas náuseas, todo se centrifugaba en su estómago, aderezado con un poco de sudor frío. El batido resultante comenzaba por un «y si...». ¿Y si la señora del cuaderno de notas o el señor bilingüe existían? ¿Y si cada vez que fuese en coche terminaba abrazando aire fresco para recuperarse? ¿Y si no aprendía a gestionar esos síntomas? ¿Y si nunca les encontraba solución? ¿Y si se quedaba así? ¿Y si...?

Ante todo, actitud positiva. El afectado era él, no los demás. Debía jugar la bola extra de aquella partida sin que sus personas más cercanas sufrieran cada día las consecuencias. Convertiría ese enjambre de abejas en mariposas revoloteando.

Pero ese «y si...» rondaba por su cabeza una y otra vez. No podía desembarazarse de él.

14. Números y más números

Uno, dos, tres días. Tres días de resistencia, con los músculos y nervios en máxima tensión, sin comida ni descanso. Un sonido, un movimiento, cualquier cosa lo hacía contraerse, agarrotarse, temblar, sacudirse. ¿Qué dijeron los médicos? Nada, claro. Su estado físico era el daño colateral de su problema neurológico, que escribiría un cronista en su parte de guerra.

Cuatro, cinco, seis días más de alucinaciones y delirios. Una sonrisa de la televisión, la pintura derretida por la pared, los ruidos de los carros por los pasillos, el olor a quemado o las rubias danesas, a lo Alfredo Landa en Benidorm.

Siete, ocho, nueve kilos que volaron. Que no se enteren los famosos, o se pondrá de moda inocularse un bicho para no acudir a la Buchinger de turno. Esa sobreexcitación desestabilizó a nuestro querido paciente, digno de ser presentado como caso en el trabajo final de un Máster de Medicina Interna. No de Neurología, Medicina Interna, todo en uno.

Diez, once, doce meses después, la respuesta de aquel médico que corría por los pasillos fue: «Todos nos mareamos alguna vez». Sin estadísticas al respecto. Virus, antiviral, desinflamación: problema solucionado. No había lesiones, no había marcas. Su apariencia, fantástica. No se había quedado lili, lolo ni lala. Tampoco paralizado ni con el morro torcido. Movía las dos partes del cuerpo, no como los que veían cosas raras en aquella planta. «Su deterioro es la consecuencia normal de una dolencia de ese calibre. ¿Qué más quiere? No es para tanto. Venga, venga, circule, circule. ¡Que pase el siguiente!».

No era una crítica, solo la realidad del funcionamiento: analizaban los síntomas, salvaban la infección y los dolores. Aplicaban un método, una estadística. Las secuelas solo importaban si eran visibles, palpables. Un mal menor para ellos, pero el mal mayor para él.

Cuánto daño hacían las series televisivas como *House*. En ella, había cuatro, cinco, seis médicos por paciente, de diversas especialidades y con tiempo, mucho tiempo para cada caso. En la vida real, no. Un profesional para cada docena de enfermos. Y, gracias a que funcionaban como un reloj suizo y con absoluta brillantez, salvaban vidas.

Números, números y más números. Números de días en tensión y con visiones, de kilos perdidos y de pacientes por cada médico. Números de dosis de antibióticos, de virus y demás enfermedades. Se podían contabilizar también las horas de rehabilitación, los días de reposo e, incluso, los meses que duraba ese inventario de números. Pero ¿cómo se cuantificaban los mareos, las náuseas, los dolores en el parietal, las horas mirando al techo? Eso era imposible. *Much* y *many*, que decían en las clases de inglés de la escuela. Contable e incontable. Entonces Esteban no había comprendido la diferencia de lo que le contaban, nunca mejor dicho. Ahora sí.

Todos esos números configuraban algo mucho más que incontable: desconocimiento. Ignoraban por qué se salía del rango y le repetían: «Todos nos mareamos alguna vez», «qué suerte has tenido». Cada uno sobrellevaba los efectos secundarios en silencio. Lo peor era aquella frase: «Se te pasará». Pero aquello no era una ruptura, el tiempo no lo curaba todo. No existía un Tinder donde desahogarse de pecho en pecho de la afrenta de las secuelas.

Los números reflejaban su incapacidad de asumir que el proceso sería largo y tortuoso y que tendría que mirarlo con un prisma diferente al habitual. Adentrarse en aquellos mundos paralelos cambiaría el suyo.

15. Fisioterapia como terapia

Tras un fin de semana de inclemencias meteorológicas, ni la calefacción a máxima potencia conseguía acabar con la humedad de las paredes de la oficina. En aquel complejo con edificios de no más de cuatro plantas dispuestos en forma de U trabajaban más de un millar de empleados. La normativa del barrio no permitía más, ya que se ubicaba en la parte más alta de la ciudad, rodeado de inmuebles de construcción antigua. En el último piso de la esquina norte de la U, con media docena de despachos repartidos en más de ciento cincuenta metros y unos treinta puestos de pradera, así llamaban los más viejos del lugar a la zona abierta en la que convivían técnicos y administrativos, se hallaba su mesa. A su espalda, grandes cristaleras, desde donde se veían los aviones sobrevolando las montañas que rodeaban el aeropuerto. Idílico pero frío en los días de invierno.

Le encantaba contemplar aquel paisaje durante sus conversaciones telefónicas. Si no necesitaba buscar información en el ordenador, giraba su silla, apoyaba el auricular en su hombro, apretando con la oreja para que no se moviera, y se quedaba absorto con los despegues. Obsesionado con cuantificarlo todo, muchas veces calculaba cada cuánto tiempo irrumpían en el cielo. Dos minutos entre unos y otros a primera hora de la mañana, entre tres y cuatro minutos hacia el mediodía. Por la tarde, se acortaban de nuevo los intervalos. Absurdo, sí, pero mucho más ameno que algunas de las charlas que lo mantenían colgado al teléfono todo el día.

Esa postura con el auricular del teléfono fijo le reportó numerosas regañinas de sus compañeros. Ya saben, la gran empresa preocupada por la ergonomía de sus empleados. A él, le entraba la risa. Era mucho más peligroso para su salud estar en aquella sala durante más de diez horas diarias rodeado de gritos. Los pesados de compras no paraban de recibir llamadas de proveedores, el gallego medio sordo vociferaba con sus colegas de La Coruña sobre el Súper Depor y las dos señoras que no rascaban bola sentadas de cháchara y fumando sin parar. Por aquella época se permitía fumar en las oficinas, algo impensable hoy día. Aquel escenario sí que lo consideraba de alto riesgo, hasta aquella heladora mañana en la que, tras varias horas de discusión telefónica, el cuello hizo crac. Cada vez que lo giraba, sentía un latigazo. Sus compañeros le recordaron las veces que le habían avisado.

Bajó hasta su plaza en el garaje, encendió su todoterreno de color verde y partió rumbo a casa. Al cobijo de su hogar, sus males se curarían. Pero, al salir de la rampa, se dio cuenta de que debía mirar a izquierda y derecha. Armado de paciencia y con dolor infinito, eligió la ruta más recta, sin intersecciones. El carril de la derecha y despacito. Durante la más de media hora de camino, recordó que había una clínica de fisioterapia en el centro comercial de enfrente de su casa. Allí podrían echar un vistazo a su cuello. Al ser lunes por la mañana, creyó que lo recibirían con los brazos abiertos. Así fue. Una joven de aspecto agradable y muy sonriente le indicó que esperase unos minutos, lo atenderían lo antes posible. Se sentó en una de las tres sillas de la entrada, con los hombros a la altura de las orejas para evitar los pinchazos musculares. Así conoció a Cristina, la fisioterapeuta.

Nunca había estado en una camilla, pero enseguida descubrió lo poco placentero que era. Cristina, dulce y simpática, tenía unas manos terribles. Clavaba sus dedos en el punto neurálgico del dolor. Dudaba si dar las gracias o salir corriendo. La misma rutina durante un par de semanas, y como nuevo.

Esteban gastó unos cuantos bonos en aquella clínica, pero, tras un tiempo, Cristina se trasladó al pueblo de al lado. Creó su propio centro de fisioterapia anexo a su domicilio. Nuevo y acogedor, a su estilo. En la salita de entrada, un pequeño aseo de cortesía; en el pasillo, un sofá de

dos plazas para esperar turno y, detrás de este, aislada por unos estores que llegaban hasta el suelo, una mesa de consulta que, de vez en cuando, utilizaban amigos de máster especializados en medicina alternativa. Una doble puerta de madera blanca daba acceso al cuarto principal, donde trataba a los pacientes. Unos modernos ventanales de aluminio blanco, con vistas al jardín, iluminaban el lugar, dando alegría a la consulta médica. De las paredes colgaban ilustraciones de músculos y huesos. La librería de la pared izquierda rebosaba de libros de anatomía y, a la derecha, la camilla junto al taburete, indispensable para las largas jornadas de trabajo. En esa esquina, un lavamanos y un armarito. En medio, la mesa de despacho donde tomaba notas en la ficha de los pacientes y conversaba con ellos sobre el tratamiento. Un esqueleto con bata clínica vigilaba la estancia, como si lo hubiesen abandonado entre aquellas cuatro paredes.

No eran amigos, pero, como se suele decir, el roce hace el cariño. En este caso, el daño, las horas de camilla y las interminables charlas para desviar la atención generaron la confianza. De tanto en tanto, las molestias en el cuello volvían y tocaba pasar por boxes a reparar. Allí, entre queja y queja cada vez que le apretaba, hablaron de infinidad de temas: familia, niños, estudios, trabajo, proyectos, las pequeñas reformas de las casas y los problemas que les daban las plantas y flores de sus jardines. Incluso fútbol, el dichoso fútbol. Ella, abonada del Madrid; él, del Atleti. Y en más de una ocasión pasaban por consulta su mujer y uno de los pequeños, que, con esto del fútbol, se lesionaba con asiduidad.

Unas semanas después de salir del hospital, viendo que sus problemas musculares no mejoraban, acudió a la consulta de Cristina. Conmocionada por su situación, hizo lo que pudo. No apretaba con la firmeza de siempre, le faltaba valor. Igual que las personas de su entorno, lo trataba como si se fuera a romper. Por lo menos, eso le parecía a él.

Una o dos veces por semana se encomendaba a sus manos para que deshiciera los nudos de su cuello y espalda. Cada cita comenzaba con un «¿qué tienes hoy peor?», y, con frecuencia, las sesiones se alargaban más allá de la hora convenida. No daba abasto.

Al cabo de un tiempo, conseguía llegar hasta la oficina de Correos, a unos cuatrocientos metros de la entrada de su urbanización. Pero su mejoría no iba a más. Aquello desesperaba a ambos. Nunca había sido deportista, era carne de oficina: diez horas de silla en silla y de despacho en despacho. Por fortuna, esa actividad profesional había ejercitado su cerebro, y eso lo salvó de secuelas mayores. El resto de su cuerpo necesitaba horas y horas de entrenamiento a las órdenes de un monitor con suma paciencia.

Cristina lo animaba a buscar otro fisio, un médico, incluso a plantearse un tratamiento alternativo. Después de acabar la universidad, ella había hecho diversos cursos complementarios y, en la actualidad, hacía un Máster en Medicina Alternativa. Flujos de energía, acupuntura y a saber qué más. Según su punto de vista, esos métodos alternativos podían solucionar aquellos problemas que rebasaban la medicina tradicional. Insistía e insistía, pero Esteban ni quería caer en ese círculo vicioso de teorías sin base científica. Escuchaba sus innumerables ejemplos, pero no le convencían. Como el de un médico de un hospital público madrileño que, en sus horas libres, complementaba sus conocimientos con la teoría de la medicina holística: una pseudoterapia basada en el poder sanador del propio organismo. Cuerpo y mente causándose estragos entre sí.

Y había un doctor, el doctor, especializado en el análisis de gotas de sangre mediante un microscopio electrónico *high definition*. Así de fácil. Un gurú de la hematología a simple vista. Cuánto talento había perdido la medicina tradicional, una lástima.

Un maremágnum de especialidades que lo introdujo de pleno, sin él quererlo, en el maravilloso mundo de la medicina alternativa.

16. El maravilloso mundo de la medicina alternativa

Según Wikipedia, que todo lo sabe, la medicina alternativa es toda práctica que afirma poseer los efectos sanadores de la medicina tradicional, pero que no se apoya en pruebas obtenidas mediante el método científico, por lo que su efectividad no ha sido demostrada, más allá del efecto placebo. Se incluyen prácticas pseudomédicas nuevas y la homeopatía, naturopatía, quiropraxia, curación energética, ozonoterapia, radiestesia, acupuntura, medicina china, Ayurveda y curación divina, entre otras. Se basan en la religión, tradiciones, superstición, creencia en energías sobrenaturales, pseudociencia, propaganda o fraude. En la actualidad, personas con diferentes niveles formativos actúan en el ámbito de las terapias alternativas. La mayoría no son médicos ni poseen ningún tipo de título oficial en ciencias de la salud.

Por lo menos, esa era la explicación que alguien se había molestado en escribir en Wikipedia, muchos otros habían contrastado y los demás se tragaban. Esteban, totalmente de acuerdo con lo que ponía, desconfiaba de aquellos que aseguraban que tal tratamiento había funcionado al amigo de su vecino o de los alimentos milagrosos con los que saltarse la dieta que daba un señor que tuvo la mala idea de estudiar durante años una carrera y que, quizás, había hecho una especialización y más de un seminario para ponerse al día. De locos: se confiaba en cualquiera antes que en un profesional. El mismo que realizaba pruebas al paciente cuando este afirmaba que padecía tal dolencia porque había leído los síntomas en un artículo o se lo había dicho su primo.

Escéptico por naturaleza, había huido toda su vida de las recomendaciones y los consejos. Odiaba los dogmas de fe sin respaldo científico, más aún en temas de salud. Los experimentos, con gaseosa. Entonces, ¿qué sucedió para que acabara probando unos y otros? Días y días de cansancio y malestar, sin posibilidad de recorrer más de trescientos metros. Tendido en aquel enorme sofá, mirando al techo, incapaz de escuchar su disco favorito, leer o aguantar un solo capítulo sin sentir náuseas. Y no saber si aquella situación terminaría en algún momento o siempre sería así.

«Por probar, ¿qué va a pasar por probar? Si esto no funciona. ¿Cómo me voy a enganchar? Si sé que es malísimo. Bah, bobadas, lo dejo en cuanto quiera. Si esto son pamplinas: incienso, buen rollito, todo muy blanco y espiritual, holístico dicen. Además, va mucha gente, muchísima. Seguro que la lista será de un par de meses, pero bueno, me meterán cuando haya hueco. Iré, miraré, probaré; por probar, ¿qué pierdo?». Así estaba, colgado del teléfono. «Pero ¿qué carajo hago llamando a este sitio? Que me lo cogen...».

—Buenos días, le habla Susana, la ayudante técnica de Clínica Integrativa y Medicinas Naturales Valverde —dijo una voz susurrante que desprendía serenidad.

—Buenos días. Mire, mi nombre es Esteban, me gustaría pedir cita con Manuel.

—Esteban, Manuel dedica mucho tiempo a cada paciente, por lo que su agenda está llena los dos próximos meses. ¿Alguien te lo ha recomendado?

—Sí, mi fisio. Es que he tenido un problema físico y ella, que ha sido compañera de Manuel, me ha dicho que vaya a verlo. Se llama Crist...

—Claro, sí, han trabajado juntos en varias ocasiones, son muy amigos. Vamos a hacer una cosa, si te parece bien. Te voy a anotar como preferente. En cuanto alguien cancele su cita, te llamo sin falta. Seguro que dentro de poco podremos atenderte.

La paz se transmitía por las ondas telefónicas. Lograba respirar la mezcla de incienso, eucalipto y bálsamo de jengibre. El minuto y medio de charla, que parecía hora y media por el ritmo de la

secretaría —ayudante técnica, perdón—, le confirmó sus teorías: los pacientes hacían cola en la calle Villaverde que daba nombre a la clínica, pero, si eras conocido del amigo, te colaban. Qué casualidad.

¿Qué estaba haciendo? ¡Con lo que él había criticado esos sitios! «Bueno, esto no se lo cuento a nadie. Voy, miro, y punto. Por probar no pasa nada, me gasto cuarenta o cincuenta euros, y ya está —pensaba, acariciándose la barba de varios días—. A ver, me lo ha recomendado Cristina, es un médico titulado, solo que practica otro tipo de técnicas».

No pasaron ni veinticuatro horas para que sonase el teléfono. El destino había querido que un paciente cancelara su cita de aquella misma tarde porque tenía un viaje urgente. Lo pensó de antemano. Claro que lo pensó. «No habrá hueco, lista de espera de un par de meses, pero llamarán, seguro que llamarán». De manual. Y allí estaba él, dando el «sí, quiero» y las gracias por tanta amabilidad. Al matadero, cuanto antes mejor.

Lo acompañó su mujer, como siempre que el trabajo se lo permitía. Mascullaba que aquello iba a ser especial. Tras un par de vueltas a la manzana, aparcó. Reconocimiento del terreno, pensó. Medio tocado por el viaje en coche, bajó y observó: barrio residencial, tranquilo, de los de toda la vida. Ni un descampado ni La Moraleja. Mercería, frutería, panadería, el bazar chino de rigor, dos bares. Uno mostraba la carne y el pescado que podías degustar en el menú. El otro, con tazas, churros y porras pintados en los cristales. «¿A quién se le ocurre poner esos dibujos como reclamo? ¿A Paco Martínez Soria?».

El edificio disponía de ascensor, de esos toscos de hierro, con banquito de madera y espejo biselado. Del Pleistoceno. Mejor la sonata de los escalones, que crujían a cada paso. Bingo: el olor a incienso se colaba por las rendijas de la puerta, dando un aire de misticismo al rellano. Paredes blancas. Susana, la secretaria —perdón, la ayudante técnica—, de blanco. Lienzos blancos. Las puertas marrones, claro, de las baratas, como las de las casas de hacía más de treinta años, cuando daba igual el color de las puertas. Chirriaban entre tanta pureza y modernidad, igual que el gotelé. Una cosa era ser alternativo, otra gastarse un pastizal en reformas. Daban imagen de austeros, como todas las consultas caras.

En el pasillo, tres asientos a un lado y dos al otro, sin orden, ocupando los espacios entre las puertas, y tres escalones para salvar el desnivel del suelo. La estantería, con media docena de libros, que se viese que leían. Esteban observaba de reojo el ritmo pausado de Susana y el enorme colgante negro que rompía el blanco nuclear de su atuendo. Frente a las sillas de aquella sala de espera improvisada, láminas cutres de mercadillo, cómo no, en blanco y negro. Un lago, unos árboles y unos niños en un columpio. Muy limpios y muy sanos. Naturaleza y juventud. No iban a poner dos abuelitos en la cama de un hospital.

Un joven de uniforme blanco, peinado con efecto despeinado y barba de tres días saludó sonriente a una señora mayor que esperaba su cita de fisioterapia. Cogida de su brazo, bajó los tres escalones y entró en el cuarto de la izquierda. Enfrente había otro: abierto, vacío y en orden. Muy estudiado. Unos metros hacia la derecha, el despacho principal, el de Manuel. Por despachos no iba a ser.

De repente, Manuel apareció al fondo del pasillo, de blanco, cómo no. Debía haber otra puerta. Se disculpó por el retraso, había un atasco. La típica excusa de Madrid. El atasco, la lluvia, los colegios, la M-30. Si llegabas tarde, llegabas tarde. En Madrid no, la culpa era de otros. Extendió la mano:

—Por favor, pasad, tomad asiento —dijo con una sonrisa.

Una mesa de madera marrón, típica de notaría de los años setenta, presidía el despacho. Dos sillas estilo Luis XIV —o de la época que reinó Carolo— de cuero verde y cuarteado. La librería

a juego, repleta de manuales, archivadores y libros para dar empaque. Cuadros, muchos cuadros por toda la pared, y diplomas enmarcados rodeando al grande, el de la carrera de Medicina. Alternativos, pero con título, que se viera; otra característica de ese tipo de consultas. Al otro lado, una camilla solitaria, por si hubiera algo que auscultar, al fin y al cabo, era médico.

Tras detallarle los pormenores de su dolencia y evolución, conjeturas. Referencias a los clásicos, dos nombres científicos, un popurrí de las enfermedades de la vida moderna y hierbas varias fueron suficiente dosis de brillantez para una primera sesión. En definitiva, medicina holística. Y llegó la sentencia:

—El organismo dispone de la fuerza para sanarse, los tejidos trabajan para ello de forma natural, y el medio ambiente influye en el proceso.

Esteban recordó los filmes en blanco y negro, muchas veces sin sonido, en los que el protagonista en peligro huía como alma que lleva el diablo ante la sorpresa de los presentes. Le costaba seguir el hilo, cabalgando sin cesar sobre la semántica. Manuel insistía en la unidad de cuerpo, mente y espíritu. Los griegos, el concepto holo, la totalidad, el conjunto, la visión completa y cósmica del individuo, a diferencia de la medicina tradicional, que se centraba en la parte física del problema.

—El objetivo es prevenir las enfermedades, que nuestro cuerpo funcione en conjunto, en equilibrio. El propio paciente sana por su cuenta porque posee la fuerza innata para ello.

Desconectó, empachado por la ensalada de términos y la macedonia de métodos naturales. Un chararilero del bienestar, un vendedor de viviendas en multipropiedad recién salido del entrenamiento con doscientas palabras nuevas que no entiende nadie, pero que, dichas con seriedad y media docena de títulos, sonaban verosímiles. Suficiente. Un milagro no reírse delante de él. ¿Cómo iba a convencerlo de que su cuerpo disponía de poderes cuando había estado más allá que acá hacía tan poco tiempo? Sin embargo, un par de ideas se le grabaron: «El paciente se cura a sí mismo, el terapeuta, que no médico, lo ayuda con las barreras durante el proceso». «La confianza en el poder sanador es esencial». Avisado: si no conseguía mejorar, significaba que no creía ni en su poder ni en su terapeuta. Hecha la ley, hecha la trampa. Jugaba con las cartas marcadas.

Entonces, con un triple salto mortal, se tiró a la piscina. Abrió su portátil y, mientras rellenaba una ficha, con aire solemne enumeraba:

—Vamos a ver: inmunología, defensas, vitaminas, neurología... —Le faltó gritar: «Eureka»—. Ya lo tengo: tomarás dos bolitas de Ignatia Amara, una por la mañana y otra por la noche; también Nux Vómica, fundamental como complemento; además de Immunoden, elaborado con uvas blancas y otras sustancias naturales, que fortalecerá tu sistema inmunitario.

Bolitas, plantas e infusiones, pero de marcas reconocidas. Solo se trataba de eso, y recalcó una docena de veces que no lo vendía en su clínica, para demostrar que no era un negocio suyo; como si fuese un curandero de pueblo ayudando a las pobres almas descarriadas de la ciudad. Muy profesional, muy natural, y médico. En ese punto, llegó a dudar si habría estado confundido durante años y la vida era un todo, un conjunto, y el poder de su organismo actuaría tras una visita al herbolario.

Amablemente, los acompañó a recepción para que Susana les diese cita. Dentro de dos meses valoraría su evolución y, cómo no, pasaría de nuevo por caja. Con la parsimonia y dulzura que lo caracterizaba, les explicó que no se podía pagar con tarjeta por unos problemas sin importancia con el banco; los datáfonos y ese tipo de clínicas no se llevaban bien. Así, sin despeinarse y con una sonrisa que levantaba a un muerto, le solicitó la pasta en efectivo. En negro.

«Pues no, hijo, no. A pagar a Hacienda, como todos», pensó al pedir factura, con la excusa de

pasarla por el seguro privado. Quizás por la intuición que aportan las canas, al preparar los informes médicos para la visita, no albergó duda de que la fiesta se pagaba en metálico, por lo que, antes de acudir a la cita, sacó efectivo en el cajero automático.

Entre confusos y deslumbrados, bajaron por las escaleras sin mediar palabra, oyendo el quejido de los escalones.

Al entrar en el coche, se miraron:

—¿Qué te ha parecido?

—¿Tú qué piensas?

Explotaron, soltando al unísono las carcajadas que se habían aguantado en la consulta. Llevaban muchos años juntos para no conocer al milímetro las sensaciones del otro. Sin arrancar, rememoraron frases y escenas.

—Ten cuidado, que con el poder de mi cuerpo sano enfermos.

—Anda que como se entere el del flequillo que con tu imaginación no solo mueves la tele.

Risas, risas y más risas.

—El maravilloso mundo de la medicina alternativa quizás no cure, pero es divertido de narices.

17. Jubilados, lisiados y parados

El golf, dichoso golf. Por una u otra razón, en los últimos años se había convertido en parte de su vida. Lo consideraba un ocio de rebote, de estar por estar. Le gustaba, no le emocionaba. Un puñado de sus amigos de Pamplona habían crecido con los palos en las manos y lo practicaban con mayor o menor asiduidad. Para él, era un mundo por descubrir. Le apasionaba el verdor, la calma, el aire que se respiraba en el campo. ¿Los palos? Como mucho, los desprendidos de los árboles; de golf, ni pajolera.

Alguna vez en verano había ido con sus amigos, por rematar la tarde, por hacer algo. Siempre le agradó aquello de disfrutar la naturaleza desde el hormigón. La consideraba fantástica, eso sí, vista desde la comodidad de un porche o una terraza. Pasear por las praderas de un campo de golf era su idea de ecosistema perfecto.

Cuando volvía a su tierra natal por vacaciones, jugaba con ellos. Compartían unas horas de charla por el campo y a él le tocaba pagar las cervezas. Ni se molestaba en competir, perdía siempre. Luego no le dejaban que las pagara, bastante tenía con dar rabazos al suelo, a la bola, al aire o a lo que se pusiera en medio. Para pillarle el tranquilo a aquel complicado deporte, se apuntó a clases en multitud de ocasiones, pero sin constancia era imposible.

Por la crisis de los cuarenta o la necesidad de pertenecer a algo, se hizo socio de un club social cercano a su casa, con piscina para los niños. Al practicar golf con asiduidad, junto con su familia, el destrozo del césped de las calles fue a menos, como decía su mujer:

—Hemos dejado el críquet, vamos levantando la bola.

Un gran paso para ellos, que los *greenkeepers*, que no jardineros, agradecían.

Si cuando se encontraba bien se enamoró de aquel lugar, cómo no iba a estarlo mucho más en ese momento que necesitaba calma. En cuanto pudo conducir, se acercó. No eran más de cinco kilómetros. Diez minutos de náuseas y mareos para adentrarse en un mundo idílico: árboles, oxígeno, brisa, paz y silencio. «Qué desconocido es y qué poco se valora el silencio hoy en día», pensaba con asiduidad sentado en un banco donde pasaba largos ratos.

En el club, había descubierto el agua con gas. Como si de un *gin-tonic* se tratase, la pedía en un gran vaso de sidra con mucho hielo y unas rodajitas de limón. Allí, su botella de medio litro de Vichy Catalán y él pasaban un par de horas mirando el *putting green*, donde los jugadores practicaban su *putt* antes de los partidos, y el lago de detrás, rodeado de juncos y sauces llorones, que los patos sobrevolaban ajenos a la mundanal afición de los humanos. El bucólico paraje era el escollo más temido por los menos hábiles con la bola. Debían conseguir que volara más de cien metros sobre el agua para conquistar la otra orilla y poner fin al primer recorrido. Solo faltaba que los patos rieran o aplaudiesen, dependiendo de si la bola caía en las profundidades del lago. A la derecha, la salida del segundo: el *tee* del hoyo 10. El *drive*, la madera, el perro gordo, y cada diez minutos, el sonido metálico del primer golpe. ¡Clic!

No era vivir al límite, más bien interiorizarlo, entenderlo. Jugar sin esfuerzo como meses atrás resultaba una quimera. Disfrutaba del silencio y del aire fresco, esperando el momento de volver a pasear por la alfombra verde y dar golpes. Luego, una vuelta al edificio central, un paroncito aquí, otro allá, para recuperar el aliento, una ojeada más al campo de prácticas, y listo, una jornada maratoniada completada. Así dos o tres veces por semana, una tras otra.

El primer día que se sintió con fuerzas, pidió permiso al *marshall*, el jefe de tráfico, para practicar. Sabía su situación, se la había comentado más de una vez en el banco o mientras paseaba. Dos o tres hoyos, no más. El trazado le permitía cruzar del hoyo 1 al 8 y volver por el 9 hasta el punto de salida. Si se saltaba el orden, no se esforzaría tanto. No era lo más ortodoxo,

pero la confianza estaba para esos menesteres.

Poco a poco. Ese día fueron tres hoyos; al siguiente, unos cuantos más, saltando del 2 al 6, y así hasta completar medio recorrido. Logros efímeros, absurdos, pequeños hitos, al fin y al cabo.

Primavera: luz del sol y el verdor de los árboles. El tiempo acompañaba, su recuperación también. A media mañana, reinaba la tranquilidad. Silencio, bendito silencio. La gente cumplía sus rutinas a rajatabla: los habituales jugaban a primera hora; los de la tarde, de asueto, venían a la hora de comer; entremedias: jubilados, lisiados y parados. Crudo, real. Coincidió con muchos de ellos, unos más ágiles, otros menos. El refunfuñón de turno, los dos señores que jugaban siempre juntos y no querían hacerlo con nadie más, el matrimonio al que se le iba la vida en cada hoyo, el que pasaba del resto y el gordito pesado que no dejaba de excusarse de por qué practicaba a esas horas. El número de hoyos variaba, pero los personajes no.

También Jesús, con setenta y todos, porque los había cumplido «todos o pocos le faltaban»; acudía dos veces por semana y Esteban casi tenía que empujarlo en cada cuesta para que alcanzase el final. Encantador, sencillo y cariñoso, mucho más desde que escuchó su historia para saber por qué alguien tan joven estaba a menudo en el campo y con sus mismas limitaciones. Su estancia en el hospital y su hipersensibilidad a los sonidos lo debieron conmover, o quizás recordó lo que pudo ser y no fue en su propio cuerpo. Porque allí, entre golpe y golpe, se contaban la vida.

Jesús había sido empresario de los de verdad, desde cero hasta arriba. Abrió una fábrica. Tres oficinas de distribución de papel y cartón, dos en España y otra en el extranjero. Como en los casos de éxito: salió de su zona de confort, se creó a sí mismo, el sueño americano. No era Amancio Ortega ni el millonario al uso, sino un empresario de los miles que existían en cada país. Gracias a su trabajo, su familia vivía con holgura, más aún si la comparaba con su infancia austera.

Cada quincena viajaba a su oficina de Francia. El resto del tiempo, al sur de España. Con muy buen criterio, decidió que sus hijos no trabajasen juntos; primero fuera, desde abajo, sin el enchufe paterno, después ya verían. Hasta que una mañana cualquiera todo cambió de forma drástica. Unos dolores y la insistencia de su mujer lo obligaron a pasar por un reconocimiento médico.

—En estos lugares, sabes cómo entras, no cómo sales. Fui porque tenía unas molestias, y me dijeron que en un par de años me iba al más allá —contó con cierta sorna.

—¿No te daban más de dos años? —preguntó Esteban, asustado.

—¿Qué hice? Lo hablé con mi mujer y decidí disfrutar de lo que me quedase de vida con ella y mis hijos, toda la familia junta. Estábamos a finales de 2006, entre unas cosas y otras, nos metimos en la primavera de 2007. Llamé a la competencia, a otras empresas del sector, y vendí todo. Negocio, cartera, oficinas, todo. Justo el año anterior a la crisis.

—Pero, si fue en 2006 y te dieron dos años...

—Lo que te decía: al igual que a ti, una mañana cualquiera me cambió la vida. Vendí en cuatro días lo que había hecho crecer durante tantos años, y fue lo mejor que me pudo pasar. Debe suceder algo terrible para que nos atrevamos.

—¿Qué bueno!

—Los médicos se confundieron de diagnóstico y me regalaron diez años con mi familia que valen toda una vida.

Jesús bien podría ser su padre. Una persona mayor a la que escuchar y de la que aprender sobre el esfuerzo, el trabajo, los viajes, las decisiones difíciles y la salud, la maldita salud. Derrochaba ternura, amabilidad, sentido común. En ocasiones pensaba que alguien lo había contratado para

ser su psicólogo, su coach, esa clase de guías de los que tantas veces se mofaba y se negaba a visitar.

Compartieron recorrido varias mañanas durante aquella primavera, hasta que el anciano dejó de acudir. Sin embargo, sus enseñanzas permanecieron. Comprendió que, a veces, las desgracias sucedían por algo, para aprender.

—A esta hora jugamos los jubilados, lisiados y parados.

Le hacía gracia repetir aquella frase, aunque entre semana el campo estaba repleto de gente mayor a cualquier hora. De forma jocosa, se incluía en el lote. Se sentía raro fuera de la oficina, con cargo de conciencia incluso. No debía estar allí. Pero, por primera vez, cuidaba de sí mismo. El aire, la alfombra verde, aquel banco, el silencio, las charlas y las caminatas lo ayudaban a recuperarse. Darle a la bolita, quién se lo iba a decir, su salvación.

18. ¿Dónde está la bolita?

El golf estaba siendo un aliciente en su día a día, pero no todo eran flores y fuegos artificiales. Cada semana acudía a boxes con Cristina. La zona damnificada ocupaba la totalidad de su cuerpo: cuello, espalda, antebrazos, codos. Se ponía boca arriba, boca abajo o de lado, y su fisio tiraba de músculos de los que él desconocía los nombres hasta entonces. Bastante con que lograra explicarle dónde se encontraban las fugas y los manguitos pinchados.

Asumía que aquello solo eran parches. Cuatro paseos, dos días de golf, y saltaban los testigos de su salpicadero. Vuelta a boxes. Pero ¿cuál era la solución?, ¿paciencia? La luz roja de su depósito estaba encendida: su energía, en reserva. Rechazaba la alternativa espiritual, ¿entonces? Lo único que tenía claro era el método prueba y error.

En las últimas semanas, la vista le fallaba mientras jugaba al golf. En los golpes lejanos, de ciento y pico metros, la bola desaparecía durante un par de segundos. Cuando daba el primer bote, aguzaba su visión para localizarla: al lado de la estaca, junto al árbol, en el recodo o en aquella mancha seca del césped. Una mañana, la avistó en la arena del búnker, eso les dijo a sus compañeros de partida. Ellos negaron, extrañados.

—Está unos veinte metros antes —dijo uno.

Esteban les aseguró que se equivocaban. Veinte no, treinta y pico metros antes de la dichosa arena lo aguardaba la bolita. Le faltaba sonreír y guiñar el ojo como la televisión del hospital.

Días después, en lo alto del *tee* de salida, desde donde visualizaba el recorrido de la calle, el suceso se repitió.

—No, está veinte o treinta metros antes.

Esta vez se calló, aunque estaba seguro de que la bola había botado dos veces frente a la estaca amarilla que marcaba la distancia de ciento cincuenta metros. Al llegar, le surgieron las mismas dudas que el día de la lista de tareas. «No puede ser, he visto como ha tocado aquí y ha ido rodando... La he visto, fijo». Pero no, había caído algunos metros antes.

El primer día, el segundo, el tercero. Le sucedía solo y acompañado. Erraba siempre el mismo: él. Los demás, con mayor o menor certeza, lo clavaban. No podía ser. Se esforzaba en seguir el vuelo, en fijarse dónde botaba, sin perderla de vista en ningún momento. «Pasó por encima de... Está junto a...». No, no lo estaba.

Si algo consiguió durante esos meses fue analizar los errores sin volverse loco. Clasificar y comprobar si le había ocurrido antes, si se repetía con asiduidad. ¿Problema nuevo o viejo? Sin duda, nuevo, muy nuevo.

Lo confirmó en los partidos de fútbol de sus hijos. En su pequeño estadio, no ubicaba con precisión las carreras de los niños, las desplazaba unos metros; incluso la línea de juego se difuminaba cuando atacaban.

A boxes. Tumbado boca abajo en la camilla, salió el tema:

—¿Qué te parece? ¿No te suena raro?

Mientras él insistía con la bola de las narices, Cristina recorría los puntos gatillo de su trapecio, escapula y dorsales. Acortamientos de las fibras por una sobrecarga prolongada. Desconocían la causa: por su forma brusca de jugar al golf, por el trance sufrido o por lo poco que se había ejercitado durante décadas anteriores. A ella le preocupaba más desenredar ese ovillo muscular que si la bolita cayó aquí o botó allá. Charlas de diván, en las que muchas veces ni se escuchaban, cada uno a lo suyo. Dando vueltas por su espalda, se le ocurrían nuevos personajes —porque aquellos conocidos suyos eran auténticos personajes— que podían dar con la tecla.

—Para el tema de la vista, conozco a Juan José, un encanto de persona. Estudió Oftalmología,

pero ha cursado otras técnicas y ahora es optometrista. Trabaja mucho con niños. Les hace gimnasia ocular para corregir sus problemas de visión. Seguro que, si le cuentas lo tuyo, te lo soluciona.

Según el sitio web del Colegio de Ópticos Optometristas, es una especialidad sanitaria, que no médica, que estudia el complejo sistema visual con el fin de obtener su máxima eficacia, prevenir problemas y graduar sus alteraciones. El tratamiento más cercano a la realidad de los que Cristina le había recomendado. Aun así, no se fiaba. «Por ahí sí que no paso, con los ojos no se juega».

Días más tarde, se acordó de Eva, la dueña de la óptica donde había llevado a su hijo desde los cuatro años. Estaba especializada en niños y le había contado que a esa edad eran capaces de moldear los músculos oculares mediante ejercicios diarios y parches. A base de constancia y de las pautas marcadas por Eva, había mejorado de manera sustancial. Aunque Esteban ya no era niño, le pidió asesoramiento.

—Eva, te quería hacer una pregunta: ¿la optometría es una especialidad dentro de la oftalmología o una técnica rara?

—Sí, claro que es una especialidad, no seas bruto. Yo también soy técnica optometrista, solo que, en mi caso, ayudo a los pacientes más pequeños, son más dóciles y divertidos —dijo entre risas mientras regulaba el autorefractómetro para el examen ocular.

—Ni idea, no lo había escuchado en mi vida. Perdona, después de tantos años, en casa le tenemos muchísimo cariño a nuestra fisio, pero en los temas médicos es un poco alternativa, pelín espiritual; igual es que voy con demasiada cautela.

—Primero vamos a comprobar cómo estás. Tus dioptrías han sufrido una ligera variación y la presbicia ha aumentado de manera ostensible desde la última vez. Te recomiendo unas gafas progresivas. Con mucha paciencia, te acostumbrarás a ellas y te será más fácil enfocar la vista en esos movimientos de cerca a lejos que me estás contando. Según cómo evoluciones, visitas al optometrista amigo de tu fisio.

Días después, estaba en el campo de golf con sus nuevas gafas progresivas, a la espera de ver cómo volaba la bolita. Eva le había advertido de los problemas de adaptación a ese tipo de lentes, pero para él no había mejor sitio que ese para probarlas, cabezonerías suyas. Eran cerca de las dos de la tarde y estaba solo, practicando con dos palos en el *tee* de salida sin mirar al suelo. Un simple calentamiento. Arriba, abajo, balanceo desde atrás hacia delante, o como decía su amigo Sergio, con el que solía jugar: «Torcer y destorcer, Esteban, esto es muy sencillo: torcer y destorcer». En ello estaba cuando oyó unas voces:

—Perdone, ¿va a salir?, ¿jugamos los tres juntos?

Un hombre de unos sesenta años, pelo canoso, enorme sonrisa y mediana estatura se acercó por detrás. A su lado, otro más alto y fuerte, de cuarenta y tantos años, buscaba en su bolsa de palos el guante, el *tee* y la bola de golf.

—Sí, claro, cómo no, encantado. —Esteban cesó sus vaivenes y fue a saludar a sus nuevos compañeros de juego.

Una vez hechas las presentaciones, volvió a la zona de salida, pinchó el *tee* en el césped y colocó, no sin cierta dificultad, la bola sobre el mismo. Luego, piernas firmes, el peso en la derecha, una última mirada desde lo alto para tomar referencia, brazos extendidos sujetando el palo... Y, de repente, la bola se movía. «No pienses en ello, no te pongas nervioso, prueba otra vez», repetía para sus adentros mientras los dos hombres contemplaban con asombro el espectáculo. Hacia abajo, despacio, y de nuevo la bola desaparecía. Cada vez que alzaba el hierro para golpear, lo mismo. Comenzaba a pesarle el palo, la cabeza y la mente por culpa del efecto de sus gafas progresivas.

Miró de reojo a Luis y Gonzalo. Así se llamaban aquellos amigos de muchos años que cada miércoles reservaban un hueco en la agenda de sus respectivos despachos a la hora en la que el campo estaba más despejado, para jugar con mayor tranquilidad y mejor ritmo. «¿Qué pensarán de mí? Seguro que se lamentan del chalado que han elegido y de que les quedan por delante cuatro horas así». En un acto de sinceridad, les dijo:

—Perdonad, es que me han cambiado las gafas por unas progresivas y solo se me ocurre a mí estrenarlas hoy jugando al golf.

Luis, el mayor de los dos, enseguida lo excusó, a él le había sucedido lo mismo hacía unos años. Sin embargo, Esteban volvió a lo suyo, obsesionado con darle a la bola de una vez. Se apoyó las gafas en la cabeza y golpeó como si fuese la última oportunidad de su vida. Ni miró adónde iba, tampoco lo habría visto sin las gafas. Solo le preocupaba finalizar con aquel mal rato.

De camino al segundo golpe, respiraba hondo, necesitaba tranquilizarse. Siempre había tenido un sentido del ridículo alto. Luis, consciente de su estado de nervios, se acercó a él y volvió a contarle su experiencia al cambiar a progresivas, cuando cualquier movimiento rápido descolocaba los objetos. Con absoluta naturalidad y un ligero acento aragonés, le soltó:

—No tardé ni un mes en mandarlas a tomar por saco.

Para el putt de ese primer hoyo, no le quedó más remedio que colocarse de nuevo las gafas de visera. Lo mismo en los golpes posteriores. Durante el juego, les contó lo que le había sucedido en el último año, y lo convencieron de que su problema de visión no se solucionaba con un cambio de lentes, sino examinando el mal de fondo. Asumió que debía desprenderse de sus prejuicios y acudir a la segunda recomendación de su fisio: el optometrista; eso sí, en esta ocasión, con la seguridad que le había transmitido Eva, la dueña de la óptica. También tenía claro que sus progresivas de casi novecientos euros funcionarían sí o sí, no las mandaría a tomar por saco.

Después de las bromas y risas compartidas, Luis y Gonzalo fueron compañeros de juego durante innumerables miércoles. Aquellas tardes de desconexión junto a ellos significaron muchísimo en su ánimo y restablecimiento. Fueron un gran acicate. Competir no competía. Ganar, menos. Sin embargo, en cada partido estrenaba una reluciente bola Titleist Pro V1, de las mejores del mercado, con la que premiaba a quien obtenía la victoria.

Los demás ganaban, él disfrutaba de muchas risas: «¿Dónde está la bolita?».

19. En la punta de la nariz

A las afueras de la circunvalación madrileña de la M-30, un barrio humilde. Su vecindario, una mezcla de los inmigrantes del siglo XXI, latinoamericanos, y de los inmigrantes del siglo XX, que una vez jubilados, no quisieron volver a las provincias del sur, de donde se fueron entre las décadas de los cincuenta y los setenta en búsqueda de trabajo.

Casas de ladrillo caravista, tres o cuatro plantas a lo sumo, con ventanas dobles de aluminio sin estética común para evitar el ruido de la carretera nacional que parte el barrio en dos. Calles estrechas, de una sola dirección, con coches aparcados en batería sin el mínimo espacio para salir de ellos.

Una vuelta hacia arriba, otra para abajo, y de nuevo en la misma calle con salida a la general. Mano izquierda en el volante, mano derecha en el Google Maps del *smartphone*, buscando la placa de la calle y un hueco entre los coches. Por dentro, maldecía la hora en que decidió visitar al técnico de las gafitas: «¿En qué carajo estaba pensando?, si es que no digo nunca que no».

Un par de señoras suicidas cruzaron sin mirar con el carro de la compra, como diciéndole: «Chaval, que este barrio es nuestro». Susto o muerte. En una esquina por donde entraba el escaso sol de media mañana, dos abuelos de boina y bastón, sentados en un banco de madera rojo y hierro forjado verde, le hicieron las indicaciones para que la maniobra de aparcamiento fuese satisfactoria:

—Tira, tira, dale, dale todo, endereza, vale, vale, ya está.

La dirección, justo por detrás del banco de los abuelos: una estrecha cuesta arriba entre los bloques de viviendas, con setos de boj de medio metro de altura a cada lado. En medio, una diminuta zona verde donde lanzar a las mascotas por encima del seto para que hicieran sus necesidades. En el segundo bloque de la derecha, una señora con un mandil y zapatillas de andar por casa barría con esmero su portal, queriendo dejar claro cuál se llevaba el premio al mejor de la calle. A su izquierda, una mercería, y en su mostrador, la dueña, de los mismos años que su establecimiento. A su derecha, una óptica de dos plantas de escasos treinta metros cuadrados cada una. La de arriba, a nivel de la calle, era la parte comercial de lentes, gafas de sol y demás productos ópticos, con dos despachos separados por cortinillas que daban suficiente intimidad para realizar las mediciones. Por unas escaleras de madera, se bajaba a una estancia con dos mesas y sendos aparatos técnicos. Frente a ellas, un gran espejo y una estantería con libros, pelotas, juegos didácticos y cajas con figuras geométricas, todo con un aire infantil, dado que era el lugar de trabajo diario con niños y adolescentes. Un aseo y una pecera insonorizada para efectuar pruebas de audición completaban la sala. Nada del otro mundo. A pesar de sus dimensiones reducidas y sus diferentes utilidades, era acogedor.

Esteban nunca se hubiera imaginado perdiéndose entre aquellas casas para hallar remedio a sus aflicciones, pero si había llegado hasta allí era porque la necesidad apretaba: divisaba objetos con una nitidez que nada tenía que ver con la realidad.

La notable estatura de Juan José, el propietario, junto con su delgadez y su escaso cabello, le otorgaban una imagen peculiar. Vestía con camiseta, unos chinos de alguna talla de más y zapatillas de *running* para estar cómodo, ya que se pasaba el día de pie y subiendo y bajando escaleras. Amable y sencillo, destilaba amor por su profesión y hasta cierta ternura que lo ayudaba a empatizar con la gente que le planteaba su problema de visión.

Al igual que él, su dependienta veinteañera se mimetizaba con el barrio: tenía pinta de quitarse la bata en cualquier momento y ponerse a bailar. Calculó que aquel atuendo, peinado y maquillaje le costarían una hora diaria de preparación. Le recordaba a una adolescente de *Grease* con ese

pañuelo anudado a un lado del cuello, aunque el «ejque» con el que iniciaba cada frase era muy madrileño. Pasada la primera impresión, su enorme sonrisa y paciencia con las personas mayores que entraban a preguntar le demostraron por qué trabajaba en la óptica. Absoluta dulzura y mano izquierda.

Tras presentarse y explicar el motivo de su visita, entró en el primer despacho. Una luz tenue acompañó la charla previa al reconocimiento. Con énfasis, Juan José le contó que muchos niños acudían a su consulta con estrabismos y ojos vagos y que esos problemas visuales podían derivar en déficit de atención en el colegio o en dificultades de aprendizaje. También detalló la forma en la que cada persona procesaba la información visual y cuáles eran los trabajos optométricos oportunos según la sintomatología.

—Uno de los principales daños colaterales se ha producido en los movimientos sacádicos y acomodación de tus ojos —le dijo, tras pedirle que siguiera la luz de su puntero de un lado a otro—. La agudeza visual consiste en la nitidez con la que percibimos los objetos y se mide en dos sentidos: lejos y cerca. Cada ojo ve por separado de manera diferente a cuando lo hacen los dos a la vez. Tus problemas cuando conduces o cuando sigues el vuelo de la bola o los partidos de fútbol de tus hijos se deben a un error en la profundidad. Pero ese error no implica solo a tus ojos, sino al resto de tu cuerpo y, en especial, a tu cerebro. Hay un posible retardo al enfocar con nitidez a cierta distancia. Esa es la causa principal de tus náuseas, mareos y dolores de cabeza cuando vas en cualquier tipo de vehículo.

El movimiento inconsciente se producía en décimas de segundo y era imperceptible, a menos que un especialista lo observara. Cada vez que seguía con la vista un objeto, sus ojos rebotaban como un muelle. Los rebotes constantes engañaban al cerebro con la distancia, ubicación y tamaño.

En dos minutos, por fin sus problemas habían adquirido nombre y un porqué.

Juan José lo tuvo claro: debía hacer juegos de acomodación en casa. Ejercitaría los movimientos oculares localizando pelotas de tenis o bolas, hasta conseguir la convergencia y no ver doble.

Sin dejar de explicarle lo que iba observando y cuál sería el mejor tratamiento, pasaron por todas las máquinas de análisis y descubrió nuevos fallos con otras pruebas.

De pronto, se encontró con una cuerda con tres bolas de colores diferentes —roja, amarilla y verde— entre las manos. El juego parecía sencillo: colocar en la punta de la nariz un extremo de la cuerda y tensarla a la altura de los ojos sujetando el otro extremo a algo fijo. Debía mirar la bola roja con los dos ojos a la vez.

—Los cordones se cruzan delante de la bola —respondió Esteban—. ¿Es así?

—Si estuvieras bien, formarían una x justo sobre la bola roja, ni delante ni detrás.

—¿Cómo? No lo entiendo, la verdad.

—El objetivo es que veas la bola dentro de la x formada por la cuerda. Tu labor es mover las bolas hasta que la roja encaje en ese punto. Este ejercicio se llama Cordón de Brock y es uno de los más utilizados en las anomalías binoculares.

Mientras Esteban resoplaba con la cuerda en la mano, jugando con las bolas, Juan José extrajo de una caja repleta de bártulos dos cartulinas de sopa de letras. Aquello ya le gustaba más, algo común.

—Este es un ejercicio adicional que... Y no, no es un crucigrama, que te veo demasiado sonriente.

—Claro, pensaba que era en plan jubilado: papel y lapicerito en la mesa de la cocina, con la tele de fondo.

—No, son las Cartas de Hart. Tienen diez columnas y diez filas de letras. Te pones de pie, frente a una carta. Con este parche de plástico, te cubres uno de los ojos, lees en voz alta...

—¿En voz alta?

—Sí, en voz alta y de pie. Es fundamental que te escuches. Primera letra de la primera fila y columna, a continuación, primera letra de la última columna. Vuelves con la segunda letra de la primera columna, y luego, la segunda letra de la última columna. De arriba abajo y de izquierda a derecha. De este modo, realizas movimientos lentos con los ojos, llevarán su propio ritmo sin que te des cuenta.

—El cordoncito, unas cartas, un parche... Verás las risas de los niños, voy a parecer idiota perdido —mascullaba de camino al coche, con el recuento de las tareas que debía practicar un par de veces al día durante toda la semana—. El próximo martes, vuelvo al cole con los ejercicios hechos.

A primera hora de la mañana, con los niños ya en la escuela, Esteban extendió el material sobre la mesa y comenzó el circo. La cuerda en la nariz: ni x ni y sobre la bolita, tremendo desbarajuste. A duras penas enfocaba la bola, como para fijarse en el cruce. Movía la roja hacia delante, un pelín hacia atrás. Se ponía bizco, en cualquier momento le iba a saltar un ojo por encima de la cuerda. Náuseas, pequeño mareo, y a tumbarse. Semejante tontería y desmontado una vez más.

Un par de minutos con los ojos cerrados, respirando hondo, mente en blanco. Método aprendido a base de combatir mareos, su *mindfulness* particular. Y de nuevo:

—A ver. Miro la bola, la muevo despacio para juntarla con el cruce de los cordones. Por narices que los uno. Buf, si ahora hay dos bolas y una x. La madre que le... No puedo, no puedo.

Vuelta al sillón, con mayor revoltijo.

Sobrepasado, cambió la cuerda por la cartulina llena de letras. Con dos imanes, la sujetó en la puerta del frigorífico, se echó un par de pasitos hacia atrás y recitó en voz alta y con parsimonia:

—O, f, p, h, m, k, l, r, b, t, c.

No llevaba una columna entera cuando volvieron las náuseas. Tuvo que apoyarse en la puerta del frigo. Se caía redondo. «¿Qué he hecho? ¿Cantar unas letras? Joder con los ejercicios —pensó, malhumorado—, ¿pero esto qué clase de porquería es?».

Una mañana, una tarde. Un día, cinco minutos. Al siguiente, no alcanzaba los diez. Insufrible. Esos ejercicios lo dejaban media hora descompuesto en el sofá. La idea de abandonar rondaba por su cabeza, habitaba más bien; pero, claro, la presión de su mujer, los niños preguntando por la cuerda y las bolitas y bastantes kilos de vergüenza torera a sus espaldas lo obligaban a continuar, pese a que se sentía inútil y ridículo.

Progresar no progresaba, era consciente de ello. Quería creer en sí mismo, comprender el juego. Pero por más que leyera las instrucciones, no conseguía unir la bola roja con la maldita x. «Lo resolveré en mi próxima visita al optometrista, si no me manda más juegos de bolitas. Solo con ver el cuaderno que me ha dado para apuntar las tareas, esto promete».

20. El polaco de las piedras mexicanas

—¿Te he hablado ya de un compañero de estudios que está teniendo un éxito brutal con su consulta en la zona sur de Madrid?

—¡Ah, qué bien! ¿A qué se dedica tu amigo?

—Bueno, estoy segura de que no te va a gustar ni a convencer, pero te lo tengo que decir sí o sí. Por probar, ¿qué pierdes?

—Suelta, suelta, a ver si consigo no partirme.

—La especialidad de Zarek son los imanes.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Perdona, pero... ¡ja, ja, ja, ja, ja!

Durante años fueron tendencia las pulseras, collares y colgantes magnéticos como solución a enfermedades catalogadas de difícil cura. El nicho: gente a la que la medicina tradicional no daba respuestas. Esoterismo o placebo, quién sabe, el caso era que estaban a todas horas en televisión. De esa preocupante normalización, surgió la terapia magistral de Zarek, el polaco de los imanes, basada en el par biomagnético. Como a los demás, lo rodeaba un éxito impresionante: la consulta a rebosar y una lista de espera de varios meses. Pero siempre había un resquicio para colar al amigo del amigo. Eso sí, como un favor, igual que Manuel, el de las teorías holísticas.

Le explicó con detalle la terapia del par biomagnético, un combo entre pH y los virus y bacterias que residían de forma activa o latente en nuestro organismo. La actividad comenzaba en dos puntos con las mismas características bioenergéticas; eran pares, espejos, con independencia de su ubicación en el cuerpo. Uno acidificaba el pH y el otro lo alcalinizaba, por lo que en uno residían los virus y en el otro, las bacterias.

De camino a la cita con el polaco, leyó en Wikipedia que el pH indica la concentración de iones de hidrógeno presentes en una disolución o líquido. La escala de pH varía en un rango de cero a catorce: las disoluciones con pH menor que siete son ácidas, y las superiores a siete, alcalinas. Se consideran neutras las iguales a siete, por ejemplo, el agua.

Más escéptico que curioso, saludó al tal Zarek. Su apariencia de película de espías lo impresionó: complexión fuerte, alrededor de metro ochenta y tantos, cabello canoso y con entradas peinado hacia atrás, voz grave con acento marcado del este y de mediana edad, nada que ver con un jovencito universitario experimentando con ideas peregrinas.

Apretó su gran mano con firmeza, incluso con demasiada, pero no logró demostrar seguridad. El polaco, al que Cristina ya le habría prevenido de su desconfianza, o quizás guiado por las sensaciones que Esteban le había transmitido, le solicitó en un tono afable que estuviera tranquilo.

—La imanoterapia proporciona beneficios sin efectos secundarios. Es un gran complemento de la medicina tradicional, no la excluye.

Durante sus viajes por Centroamérica, residió en diferentes países y estudió el uso de hierbas y productos naturales. Fue entonces cuando conoció a un médico, de nacionalidad mexicana, que le abrió los ojos en cuanto al poder de las piedras imantadas. Con el paso de los años, Zarek había desarrollado su propia forma de tratar con las piedras. Llevaba más de una década dando servicio en aquel pueblo del cinturón sur madrileño, y pese a que vilipendiaran dichas técnicas, él había ayudado a cientos de personas.

Dentro de una maltrecha caja de madera, de aire andino y sin tapa, el polaco guardaba unas piedras oscuras sujetas por una goma, como las colecciones de cromos de fútbol de los niños. Tenían forma rectangular, aunque las aristas estaban desgastadas por el uso. Eran su artillería de

trabajo, las bolas de cristal matavirus y matabacterias.

«El servicio» se lo dio en la consulta de la fisioterapeuta. Entre amigos tenían estos detalles para que los clientes de la zona no viajaran a otro pueblo. Esteban se tumbó en la camilla y Zarek se puso junto a sus pies. Movi6 sus piernas con suavidad, del mismo modo que a los deportistas los relajaban de una sobrecarga, y presion6 sus tobillos en silencio y con los ojos cerrados. Luego, anduvo alrededor de la camilla, tomándole el pulso en distintas zonas. El ambiente asustaba y Esteban notó un intenso calor. Mano en la rodilla unos segundos, proseguía la marcha. Descansaba de nuevo sobre el hombro, respiraba varias veces, continuaba. Asentaba la palma sobre la oreja, una mano cada vez, para aislarlo de posibles ruidos. La situación era surrealista, sin embargo, lo mejor estaba por llegar.

Otra vuelta, paraba. Apretaba cada articulación, buscando el punto, hasta que se sentó a sus pies y lo agarró por los tobillos, como si no le dejara escapar.

—No te asustes, voy a plantearte una serie de preguntas, no les des más importancia, solo es una aproximación.

—Vale, vale —dijo, carraspeando por la voz seca.

—¿Has tenido alguna vez problemas con tus pulmones? ¿Tomas tratamiento para el asma?

—Bueno, sí, de pequeño...

—El estómago, ¿cómo son tus digestiones? ¿Pesadas?

—Sí, la verdad que...

—¿Tienes molestias en los oídos o en el cuello?

—No, bueno, alguna vez el...

—La cabeza, ¿te ha dolido el parietal derecho?

Un escalofrío recorrió a Esteban, sin apenas voz para contestar. El polaco insistió:

—Has tenido molestias serias en la parte derecha de la cabeza, si no me equivoco. Tu verdadero problema está ahí, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, retrocedió a la mesa del despacho, desenredó la goma de las piedras y las dejó todas fuera de la caja de madera. Anduvo de nuevo a su alrededor y apoyó la mano en sus tobillos, en el brazo, cerca del corazón, sobre los pulmones: primero, el izquierdo; luego, el derecho. Pausó el reconocimiento unos segundos, gesticuló con la cabeza y colocó una de las piedras en la zona que acababa de tocar. Volvió a los pies y, aferrado a los tobillos, bamboleó sus piernas. Dejó más imanes en la camilla, cogió uno y repitió los movimientos. Depositó uno tras otro sobre cada órgano cuestionado y alguno adicional en hombro, antebrazo y tobillo. Ocho imanes reposaban sobre cuerpo y rostro.

Juntó las plantas de sus pies. Con las suelas de cuero de los zapatos de vestir a la par, comprobó que las piernas tuvieran igual medida. Las levantó a media altura y confirmó la longitud. Zarandeó una piedra y la colocó en el mismo sitio que la primera vez, pero en la zona espejo: imán en el pulmón izquierdo, zarandeo e imán en el derecho. Y a medir las piernas. Piedra en el hombro derecho, movimiento, piedra en el hombro izquierdo.

De repente, con piedras en cabeza, oído, pulmones, estómago y rodilla, Zarek estiró sus piernas, las bamboleó y, al juntar las finas suelas de cuero, no unas gruesas de goma que pudieran confundir, una se montaba sobre la otra. Sus extremidades no medían igual que minutos antes.

Los imanes de hombro, antebrazo y tobillo no provocaron dicho efecto: los pies mantenían la compostura, suela junto a suela. Pero esos cinco acortaban sus piernas. El susto, mayúsculo. La desconfianza lo desbordaba por momentos. Un sudor frío poblaba su frente. Sin mediar palabra, Zarek regresó a su posición inicial, al borde de la camilla, y le agarró los tobillos, reclinado sobre ellos.

Por si no había sido suficiente, el espectáculo llegó a su apoteósico final.

—Relájate, voy a enumerar nombres, plantas y remedios ininteligibles para ti. No te preocupes.

Con los ojos cerrados, o eso creía Esteban desde su posición, Zarek le levantó las piernas a un palmo de altura y gritó palabras como si estuviera practicando un conjuro. Bacilo, arginina, caléndula. Ectoplasma, enfisema, aneurisma. *Infirmus*, clamidia, atelectasia. Selenio, sulfato, tiamina. Hepatitis, hernia, hidronefrosis. Sarcoidosis, otitis, otosclerosis. Quién sabía qué estaba diciendo ni si se refería a enfermedades, hierbas o nombres en latín. Estaba asustado de verdad, dudaba entre pararlo o ver cómo finalizaba.

Por su parte, el polaco seguía vociferando. Encefalitis, citomegalovirus, parietal izquierdo, parietal derecho, recto *itinere*. Matricaria, manzanilla, pasiflora. Vitamina B12, B6 y D. Echovirus, enterovirus, herpes zóster, virus de chikungunya. *Iecur ficatum*, *Boletus badius*, visceromegalia, hepatoesplenomegalia. Proteínas, glucoproteínas, lipoproteínas, nucleoproteínas. Colon espástico, colon irritable, belladona, fenobarbital. *Mentha piperita*, *Zingiber officinale*, *Althaea officinalis*. Arteriosclerosis, arterias, venas, ventrículos.

Desconectó. No entendía como una consulta relajada se había convertido en semejante locura. En una de las pausas del polaco, miró el reloj, signo inequívoco de que no le interesaba aquel recital y tenía prisa. Zarek retiró con parsimonia las piedras, una a una. Primero, un lado; luego, el otro, rodeando la camilla con cadencia e incluso un leve sufrimiento, a tenor de la expresión de su rostro. Antes de que acabara de guardar los imanes en su caja, Esteban se incorporó de un salto y le tendió la mano:

—Gracias por todo, Zarek, muy interesante.

Había tenido suficiente «servicio» por ese día.

—Perdona, una última recomendación. Convendría repasar esta limpieza dentro de tres o cuatro semanas. Recuerda: debes sustituir tu cepillo de dientes actual por uno nuevo, limpio de bacterias.

—Sí, sí, claro, ahora, en cuanto llegue a casa. Muchas gracias, Zarek.

Las almas que lleva el diablo corrían menos. Sofocado, montó en el coche y llamó a su mujer. Comunicaba. A su hermana. Primer tono, segundo tono...

—Ana, Ana, no sabes lo que me ha pasado: un polaco con unas piedras imantadas me ha medido los pies, bueno, no, las piernas, y una era más larga que la otra. No sé, no me convence en absoluto, pero las suelas se montaban y...

—A ver, respira, empieza de nuevo, que no me entero: ¿qué polaco?

21. Calla, déjame a mí y confía

Uno se reía, cómo no iba a reírse, a burlarse o, incluso, a sentir pena, sí, pena, cuando le contaban que tal persona había visitado a una amiga de la cuñada de su vecina que veía el futuro. Él no se lo creía, porque nadie nunca se lo cree, nadie confía, nadie nada, pero luego todo el mundo se ahoga. La gente probaba, aunque fuese una vez, por demostrar que era una tontería, que no existía ni el más allá ni el más acá. No obstante, en lo más profundo de ellos mismos, un diablillo les decía: «¿Por qué no?».

A primera hora de cada martes, a boxes. Tumbado boca abajo en la camilla, a vueltas con sus dolores musculares y de charla con la fisio. Con frecuencia pensaba si aquello era una costumbre, una necesidad de verdad o le servía como terapia al quejarse de sus males. A veces se saltaba la cita. Solo si no sentía molestias. Pero, si estando dormido, con un pequeño movimiento o sin él, se despertaba, tenía claro que con ponerse bandejas de hielo mientras veía la televisión y embadurnarse de Fisiocrem no era suficiente. Y en boxes surgió esa tal persona que visitó una amiga de la cuñada de su vecina:

—Lo siento, ya sé que no te gustan estas cosas, sobre todo después de tu experiencia con Zarek, pero... esto es diferente, el más difícil todavía. Esta mujer lee el futuro, el pasado y la raíz de nuestros males. En serio, es verídico. A veces soluciona las complicaciones porque analiza de dónde vienen.

El recital de influjos paralelos a la medicina tradicional seguía su curso. El lado oscuro de la fuerza, una congregación de ursulinas en comparación con el entramado de terapias que le recomendaba Cristina.

—Buf, no sé yo.

Su búsqueda incesante de ayudas para que él recobrase la normalidad resultaba encomiable. Le hacía gracia —bueno, el polaco ni pizca— y le picaba la curiosidad, ese resquicio de esperanza.

—Calla, déjame a mí y confía.

¡Bingo! Las palabras mágicas que tantas veces había escuchado en los últimos meses. Mientras lo tenía enganchado boca abajo y le daba estopa a su espalda, le explicó el siguiente plato del menú de medicinas y tratamientos alternativos que iba a saborear. «Los voy a probar todos —pensó, dejándose llevar—, no pierdo nada, más allá de treinta o cuarenta euros». En el fondo, disfrutaba con aquello.

—Por favor, no me interrumpas, y luego dices lo que te dé la gana. —Cristina se puso seria para acabar con el cachondeito que se llevaba Esteban—. Conozco a Natalia desde niña, de aquí, del pueblo. Siempre fue una incomprendida, la rara de la pandilla, del colegio. Por la familia o porque ella misma se lo fue ganando, no te digo que no. Contaba que tenía visiones que ni ella misma alcanzaba a comprender, y pensaban que era una forma de llamar la atención. Encerrada en su mundo, no tuvo una juventud como el resto de los chicos del pueblo. Se fue de casa muy pronto y terminó viviendo con un hombre que, digamos, no la trató bien. Al final, la plantó.

La voz de Cristina desprendía tristeza a la vez que cariño. Otra cosa no, pero durante las charlas de aquellas sesiones, su fisioterapeuta nunca se había referido a nadie con un mal adjetivo o medio reproche.

—Hace unos años tuvo una enfermedad bastante seria, con un tratamiento duro. No quiso acabar sus días en el hospital y desistió de la medicina tradicional. Prefirió recluirse en su casa y trabajar en esa fuerza especial que la ha caracterizado toda su vida. Los médicos no entienden cómo se curó. Salió adelante por sus propios medios.

—¡Increíble! ¿Lo consiguió sola? ¿Cómo?

—No lo sé, más bien, no lo sabe nadie. Entre lo suyo y que ha ayudado a otras personas, mucha gente confía en ella. Incluso sus padres y hermanos, que nunca la habían comprendido. Lo que hace es similar al reiki, una imposición de manos, sin embargo, ella no lo denomina así. Dice que conecta con tu interior, absorbe la energía y la entiende al enlazarla con los problemas de tu pasado. Así te ayuda a neutralizarlos para estar en paz contigo mismo. Natalia es peculiar, eso no tiene que ser bueno ni malo; diferente, pero llena de amor. Te gustará hablar con ella.

Esteban, tumbado, ni pestañeó ni se atrevió a abrir la boca. El relato, carente de credibilidad, lo dejó mudo, como de costumbre. Sin embargo, una charla con una persona de tales características le parecía una experiencia arrebatadora. Sin juzgar. Ver, sentir y escuchar. Él mismo comprobaría si en efecto padeció una enfermedad grave y si en esa historia había algo cierto o solo era una patraña.

Salió apresurado de la consulta. Arrancó el coche con la cabeza centrifugando ideas. Tal era su alboroto que, una vez pasada la primera rotonda, aparcó en una zona contigua a un parque infantil para consultar en su *smartphone* qué era aquello de reiki e imposición de manos. Según Wikipedia, el reiki era una pseudoterapia inventada por el budista japonés Mikao Usui. En sánscrito, significaba energía universal (rei-) y energía vital (-ki). A través de una técnica llamada imposición de manos, las palmas transferían energía universal al paciente con el fin de promover su curación emocional o física. No se había demostrado su efectividad y, por supuesto, no debía usarse como reemplazo al tratamiento médico.

Meditó durante quince días una decisión más que cantada: aceptar la propuesta. Expectante y, cómo no, asustado. Esperaba algo así como una bruja con escoba y conexión directa con el más allá desde su bola de cristal.

Entró en el lugar de siempre: la consulta que Cristina prestaba a sus colegas. No obstante, el escenario era distinto. Las persianas apenas dejaban entrar un resquicio de luz. En la mesa, unas barritas de incienso humeaban. En la penumbra, adivinó una silueta menuda que lo invitó a tomar asiento con voz suave, aunque no tan dulce como suponía. Faltaba una cámara en la esquina para captar su expresión de susto, como las de las caídas de las montañas rusas, para venderle la foto a la salida por diez euros.

Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, vio que era una mujer de unos treinta y cinco años. Delgada y con perfil aniñado, mientras uno no se fijase en las marcas de sus ojos. El cabello, teñido de rojo, era rizado y le llegaba a mitad de cuello. Lucía unos grandes pendientes de aire *hippie* y collares de abalorios. En su chaqueta de punto resaltaba un pasador con plumas de colores. La sonrisa natural, sin forzar, transmitía tranquilidad y confianza. Sin levantarse de la mesa, quizás para no mostrar su escasa estatura, extendió la mano en su presentación.

—Soy Natalia, ya me ha dicho Cris que te ha detallado mi forma de ayudar a las personas. No es mi profesión, no vivo de esto ni tengo consulta; además, no sabría qué nombre ponerle a lo que hago. De niña entendí que había sido agraciada con un don especial que debía compartir con los demás. No soy santera, ni obro milagros ni ando sobre las aguas. Solo percibo vuestras energías.

»Muchos me preguntáis qué veo y por qué. No lo entendéis, y al preguntar y preguntar sin recibir respuesta, nuestra relación se enreda. El caso es que la energía circula por el cuerpo de arriba abajo, y cuando esa transferencia es bloqueada, provoca preocupaciones y malestares. A la mayoría, no a todos, consigo canalizarles esos flujos, el aura que los rodea, y deshacer los nudos. De este modo, logran solucionar sus problemas.

«Don especial, flujos de energía, nudos, bloqueo de transferencia». Esteban la miraba absorto, sin comprender lo que quería decir. Una vez más, el mensaje estaba repleto de términos complejos en busca de mayor credibilidad. Solo acertaba a mover la cabeza, fruncir el ceño en señal de

interés y exclamar «sí» y «¡ah!» como si la entendiese. Todo lo contrario. No concebía sus superpoderes, en definitiva, el don recibido, pero su historia enganchaba. Asentiría, a la espera del maravilloso desenlace, y listo.

22. ¿Alguna vez has estado en el más allá?

El final, invariable. Un idilio con la camilla. Tumbado boca arriba, descalzo, ojos cerrados y concentrado en no esbozar ni una sonrisa. «Es fundamental no reírse», repetía como consigna mental, aun pareciéndole aquello un chiste. Manos frías, sudorosas. Los pies, también. Los nervios hacían de las suyas. Estaba expectante. Natalia le había explicado lo que debía hacer: nada. Relajarse, pensar en algo agradable. Familia, mujer, hijos, padres o abuelos. En momentos de la infancia, del colegio. En definitiva, en su vida. Entonces afloraría la energía necesaria para que ella la captara a través de sus manos. Analizaría su influencia en los problemas o inquietudes del presente. Esa era la idea.

Como en su segunda visita a aquel tubo estrecho de la sala de resonancias, se concentró más que un cubito de caldo. El miedo, mejor dicho, el pánico a ingresar en el mismísimo infierno produjo el milagro. La playa, las olas y el viento duraron los dos o tres primeros minutos. Después, una visita a su campo de golf. En el tee de salida del hoyo 1, calentó con el palo como tantas veces hacía en la vida real. Eligió el hierro. Colocó una bola. Se recreó en cada gesto para abstraerse más. Dos pasos, un punto de referencia, subió el palo y... voló fuera de la consulta, sin importarle lo que sucediera a su alrededor.

Respiraba hondo, aunque los nervios producían sacudidas involuntarias en su cuerpo, en sus piernas. Mientras, Natalia, sentada en un taburete junto a la cabecera de la camilla, le cubría las orejas con sus manos, sin tocarlas, concentrada en atrapar su energía en absoluto mutismo. Por su parte, Esteban seguía jugando al golf. En ocasiones, sus propios resoplidos lo asustaban, y acabaron sacándolo de su partido. «Si me relajo tanto, me duermo».

Desconocía si habían pasado diez minutos, treinta, una hora. Le costaba abrir los ojos. Tampoco se atrevía con ella a su lado, por si al mirar encontraba algo que no le gustase. Las sensaciones de frío y calor se alternaban, y no eran los nervios, sino las manos de Natalia. Mejor seguir inmóvil. Intentó pensar en la playa, la bolita, el campo. Ya no podía.

¿Qué originaba esa temperatura? ¿Quizás era energía? Sin fricción ni contacto intenso. Relajante y placentera. Conforme las manos de Natalia se movían, la energía se trasladaba. La mano izquierda, en la frente; la derecha, deslizándose con lentitud desde el cuello hacia el hombro, a escasos centímetros de su piel. Le recordaba a un juego de habilidad de niños: si tocaba, fallaba; si él se apartaba, perdía. Sus manos regresaron a la parte posterior de las orejas y permanecieron allí un par de minutos.

En ocasiones, Esteban percibía una ligera presión en la nuca. ¿Su barbilla, una mano, un...? No lo sabía, tampoco preguntaba por respeto a Natalia. Respiraba pausado, recordaba lugares agradables, situaciones con su mujer e hijos, sin embargo, ya no lograba aterrizar en la playa. El miedo lo desconcentraba.

Los momentos de inacción de Natalia lo relajaban y se retrotrajo a las vacaciones en el pueblo de sus padres. Horas muertas sentados en un banco del paseo, comiendo bolsas de pipas sin mayor preocupación que ver pasar los coches calle arriba, calle abajo. La memoria entremezclaba años, vivencias y rostros conocidos. Una cosa llevaba a otra, sus abuelos a sus tías. Sus recuerdos iban y venían rápido, sin conexiones aparentes, incluso algunos que no asomaban por su imaginación desde hacía décadas. ¿Era él o se lo estaba provocando ella?

En su viaje al pasado, entró en la casa de su abuela, un sexto piso desde el que divisaba los montes más allá del río Ebro. Delante, el puente de ferrocarril y, antes de cruzar, una bodega de

las de verdad, con olor intenso a alcohol, mangueras y barricas de vino cosechero, con el que llenaban la botella de tres cuartos y comían, por aquel entonces, todos los hombres del campo.

Al otro lado del paseo, un garaje antiguo y oscuro, con marcos de madera agrietada y cristales resquebrajados por las esquinas. Dentro, un despacho de dos pisos en el que pasaba su vida un señor con tantos años como el garaje, siempre acompañado de su mujer, otra entrañable abuelita.

En el parque, desde los columpios que tantas veces saltó, controlaba las entradas y salidas de los coches del garaje y de los carricoches con rollos de cables de la central de telefonía contigua. En lo alto de una gran torre gris se encontraban las antenas, y a través de unos cristales gruesos se iluminaba la escalera que subía hasta la azotea. A su izquierda, el patio del butanero, de donde salía un señor montado en una moto Vespa con remolque naranja, en el que transportaba las bombonas, que chocaban entre sí. Con semejante escandalera, difícil no seguir sus movimientos.

Unas calles más arriba, el edificio de sus tías, donde su padre pasaba los veranos. Esteban alternaba entre dormir con él y con la abuela. Vivían en la primera y en la tercera planta, con dos o tres puertas por rellano. Aquellas escaleras eran un trajín constante de jovencitos. Abajo, dos locales en los que pasó gran parte de su infancia. Uno de ellos, en desuso, inhóspito, daba a un patio con una canasta colgada de una columna que soportaba el techado. La de horas que jugó al baloncesto con sus primos y lo poco que encestó. Dentro del local, un sofá y una mesa como todo mobiliario. Allí, uno de sus primos les amenizaba las tardes haciendo sus primeros pinitos como disc jockey con un solo tocadiscos, la época no daba para más.

En el otro local, la rudimentaria fábrica de lejías de su tía, los primos la ayudaban a sacar el negocio adelante. En un pasillo de cemento, pegaban a la pared filas y filas de botellas de plástico vacías. Uno las rellenaba, una por una, con una vieja manguera, y el resto daba con un martillo a los tapones para encajarlos. Para rematar el artesanal proceso, otro pegaba la etiqueta de la marca con una brocha chorreante de cola. Peligroso y sin higiene, impensable hoy en día.

Enredaban en la terraza, gritaban de un balcón a otro o comían los canelones y las croquetas caseras de su tía. Sin estrellas Michelin porque los jueces no habían pasado por allí, que si no... La casa del pueblo, sus vacaciones. Quizás, sus mejores recuerdos de infancia. Por la mañana ayudaba con los recados yendo al ultramarinos de enfrente. Por la tarde noche, la familia jugaba interminables partidas de cartas y parchís en torno a la mesa camilla, y él disfrutaba viendo los berrinches de los perdedores y las risas de los ganadores como lo que era: un niño pequeño.

Años de polvo y piedras por el parque volvían de forma incomprensible a su mente; los detalles de días puntuales tornaban cargados de nostalgia porque, a pesar de ser momentos duros y de escaseces, añoraba a los seres queridos con los que creció y que ya no estaban.

Sin más, los recuerdos se cortaron, igual que cuando se acababa la bobina de cine y solo quedaba un haz de luz en la pantalla. Volvió a la actualidad, a las cuatro paredes de la consulta. Le costó abrir los ojos y enfocar la vista para distinguir quién estaba hablando a su lado con la mano apoyada sobre su pecho.

—Ahora tómate tu tiempo, no te levantes deprisa. Respira y desperézate, despierta. Ha ido fenomenal. Al principio, te has cerrado, reticente a que entrase; pero, de repente, has abierto las puertas y he percibido un montón de sensaciones. En cuanto estés preparado, te cuento con detalle.

«¿Reticente a que entrase? ¿He abierto puertas? ¿Ha percibido sensaciones? Cuando esté preparado para qué, ¿pero si me he quedado dormido! ¿Qué carajo me va a contar? La madre que...». Si antes de la sesión estaba asustado, ahora pavorido.

Un sudor frío mojó sus manos. Su estómago volvió al parque de atracciones. Se incorporó en la camilla y se puso los zapatos sin saber si ir a la silla o decir un «hasta aquí, adiós, muy buenas» y dar media vuelta. La intriga y el morbo le impidió dejar a medias la sesión. Una vez sentado frente

a la mesa, Natalia soltó su retahíla de impresiones:

—No has querido transmitir los temas que te preocupan hasta que llevábamos un buen rato. Te has relajado, tus espasmos fueron la señal de rendición, y volviste a tu niñez con tus abuelos por el parque, a esos momentos en los que fuiste feliz.

»He sentido una presencia, puede que fuese tu padre. Estaba aquí, con nosotros, viendo lo que sucedía sin intervenir. Apareciste en una calle peatonal, bueno, no, circulaban automóviles, pero unos setos los separaban de la acera. Había árboles junto a unos bancos de madera rojos y hierro verde. Entraste en una casa antigua, con un portón. El suelo del patio era de piedra y la escalera de madera, enorme. Interior, no un patio andaluz con fuente y macetas. Arriba, colgado en la pared, algo grande. Daba la impresión de que era una cabeza de animal disecada, con cuernos, no sé. Estabas nervioso, mirabas al tragaluz. Vislumbraste una sombra arriba. Era tu padre, observándote sin intervenir.

»Saltaste a otra casa, a un cuarto con balcón. Apoyado en la barandilla, contemplabas unas montañas que había más allá de un río ancho. Pasó el tren por un puente frente a una bodega o algo similar. Al lado, un gran patio, por los colores parecía un almacén de bombonas de butano.

»De pronto, estabas columpiándote en un parque de piedras. Sin césped, sin tierra. Enfrente, una torre gris, de cristales y cerámica. Alguien te llamó, te diste la vuelta y atravesaste el parque.

»Te observé con más niños, comiendo, riendo, jugando a las cartas, muy alegres. Todo estaba borroso, confuso. Mayores y niños. Subiste unas escaleras, bajaste otra vez a la mesa de comedor con más niños. Te asomaste a un enorme balcón, en un patio, con un tejado viejo, antiguo, derruido.

»Luego, apareciste de nuevo en una barandilla, mirando al río y a las montañas. Recorriste un pasillo con puertas a los lados: una habitación, un baño... Paraste al ver tu reflejo al fondo, pero una fuerza te atrajo hacia allí, al cuarto de la derecha, desde donde divisabas una torre de iglesia. Estabas triste, asustado, no entendí por qué. No me dejaste penetrar.

»Volviste a la calle de los bancos rojos. Al principio de la subida, a la derecha, estaba la casa. Te asomaste al patio, a mirar hacia arriba. Buscabas a alguien, imagino que a tu padre.

»Has visitado diferentes lugares, pero una y otra vez retornabas allí. Desconozco dónde es, qué significa, pero siempre mirabas arriba, donde se encontraba la presencia. No querías seguir y has despertado.

»A ver si la próxima semana conseguimos hablar con él, creo que es tu padre. Seguro que nos ayuda.

»¿Habías estado alguna vez en lo que las personas denominan el más allá? Hoy has viajado por él.

23. Volver a empezar

El reiki, imposición de manos, flujos de energía o como se llamase aquello, necesitaba de sesiones semanales para no perder la conexión. Había que apuntalar la puerta de entrada y profundizar en las señales para entender el porqué de esa energía y esa presencia.

Incertidumbre y aprensión, curiosidad y esperanza. No le agradaba la idea de revivir cada semana esas sensaciones. No creía en el más allá, pero no dejaba de pensar en cómo había podido describir los bancos rojos, la casa antigua, el patio, las escaleras. «Vaya tontería. Todas las viviendas de los pueblos son viejas y tienen portones con remaches de hierro. Y la mayoría de los bancos en los parques son de tablones rojos. Dijo obviedades. Aunque también mencionó las vistas del balcón, las montañas, el río y el tren, hasta la cabeza de toro disecada de la ganadería de mis tatarabuelos. Y eso de ir por el pasillo, hacia la habitación del fondo; siempre fue una de mis pesadillas recurrentes. Se la habré contado de algún modo, no puede ser».

Analizó las frases con Marta, y no, no podía ser. Y el calor, sentía mucho calor cuando Natalia desplazaba las manos, pero no lo tocaba. ¿Cómo lo hacía? Si había ido a los vendehúmos de las infusiones y los imanes, continuaría con aquel espectáculo de magia hasta que pillase el truco. Porque lo tenía. Lo habría mirado, pero ¿dónde?, alguien se lo habría contado, pero ¿quién?

Nadie conocía esas historias, solo su hermana. La llamó: «¿Sabes qué me ha ocurrido?». Le repitió las descripciones de Natalia, a ver si reconocía el lugar. Él imaginaba cuál era, ella también. Esa puerta, esas escaleras y hasta el animal disecado estaban en la casa de sus tías, donde solían jugar de pequeños. La calle de Herrerías.

Ni él mismo recordaba muchos de los detalles proporcionados por Natalia. Quizás, a su mujer alguna vez le reveló su pesadilla de la infancia, esa atracción fatal por el cuarto desde donde se divisaba la torre de la iglesia. Su abuelo le había contado las innumerables guardias nocturnas que había hecho allí en la guerra. Pero nada más.

Tras una semana rumiando lo sucedido, regresó a la consulta.

Vaya decepción: ese día tocaba cháchara en la mesa, las vibraciones no eran buenas. Él quería batallitas en blanco y negro, no hablarle de cómo se había sentido durante esos siete días o resumir la sesión anterior. No era su psicóloga, no sabía qué ni cómo, pero quería profundizar. Que no, que no. Él, con el freno de mano echado, no pensaba dar pistas que pudiera utilizar en las descripciones de la energía captada.

Supuso que jugaba con eso: la intriga, la necesidad, el desconocimiento. Regresar se daba por descontado. Si no sentía vibraciones, mala suerte. Otra semana aflorarían. Un poco de incienso, una sonrisa y una charla sosegada repleta de semántica ininteligible bastaban para que volviera. Le había enseñado el tráiler, el primer capítulo, ¿cómo no tumbarse de nuevo en la camilla?, ¿acaso se iba a perder el resto de la temporada? Natalia lo sabía a la perfección. También que Esteban pasaba de tanta charlatanería. Se lo dijo claro él mismo desde un primer momento. Otra cosa no, pero sinceridad a raudales. Mostraba su incredulidad ante las explicaciones de Natalia, sonreía, incluso le decía que se dejara de inventos.

Aun así, allí estaba, cual borreguito, dos semanas después. Se tumbó en la camilla sin zapatos y con una manta sobre el estómago. Natalia, sentada en la cabecera, tocó la parte posterior de sus orejas. Ligera presión en la coronilla y, de nuevo, sudor frío. Las manos, heladas. La cabeza, ardiendo. Desprendía calor, supuesta energía. Tras los nervios de entrada, los espasmos de la relajación. Intentó evadirse, pero no lo lograba. Ni playa ni golf. Asomaron imágenes de su infancia, las del primer día, amontonándose para regresar a su memoria: la casa, su padre, el pueblo, Pamplona, su hogar, su madre. Rememoraba la feria, la piscina, las veces que comía con

sus abuelos; cuando lo hacía solo con su madre, sin ellos en casa; con sus hermanos o sin ellos. Las anécdotas con las lejías, con sus primos, con las cartas. Un popurrí sin conexión aparente. Intentaba reconducir sus pensamientos para mostrarle lo que quería que ella viese o desechar los momentos que deseaba que ignorase. Trataba de prever sus interpretaciones. Eso creía, a eso jugaba. Hasta que notó la mano de Natalia cogiendo la suya. Y calor, mucho calor.

—Esteban, no hace falta que abras los ojos. Con tranquilidad, despiértate, despierta poco a poco, no te levantes. Ha ido fenomenal, ahora te cuento.

Aún atontado, no acertaba a distinguir entre lo real e irreal. ¿Había estado consciente o dormido? ¿Quién había orientado los sueños: él o ella? Tercera sesión, segunda en los brazos de Morfeo y, lo que se dice entender, entendía más bien poco.

—Ha sido muy diferente. Creo recordar que la otra vez alguien vigilaba, y pensé que era tu padre. Hoy no había nadie. No he percibido viviendas ni familiares.

«¿Creo recordar? Pero ¿qué clase de médium *tocaenergías* es esta? A ver qué historia me cuenta ahora, porque yo he venido a por mi novela». Pese al desengaño inicial y al convencimiento escaso, el *feeling* fue superior a lo esperado. La experiencia ofrecía más pros que contras, y, para su sorpresa, no estaba a disgusto.

Ella también se abrió. Le contó sus problemas de salud, cómo llegó al reiki y sus encontronazos familiares. Y esa parte sí se la creyó. Él quería ver cómo culminaba su parafernalia, no obstante, algo en su interior deseaba que todo fuese verdad y le hablase de su padre o de aquellos años.

—Estás preocupado por tu futuro: qué harás cuando vuelvas a la oficina, si lograrás adaptarte o si serás capaz de lanzar nuevos programas. En realidad, no eres feliz en tu trabajo, cumples de manera profesional y punto. Te gustaría disfrutar de un proyecto externo.

»Lo he visto en tu futuro. No es un vídeo en HD, no veo nombres ni rostros definidos, no funciona así. Un amigo te presentará a otro, farmacéutico de profesión. Os sentaréis a tomar algo en una terraza, bajo un toldo rojo. Les hablarás sobre un proyecto. Le explicarás con pasión en qué consiste. Yo no lo sé, no me lo preguntes, que te veo venir. El farmacéutico te propondrá ser el inversor de tu idea.

»Sí, no te rías. Tu amigo tiene una cara peculiar, se parece al malo de Los pitufos, y va siempre de negro.

—¿Quééé? —No la dejó terminar, una sonora carcajada retumbó en la estancia—. Venga va, por favor, deberías ser un poco más seria, no me digas esas tonterías, que...

Cabreada, Natalia le cortó:

—Te explico lo que percibo, si no te gusta, ya sabes qué hacer. ¿Para qué me voy a inventar eso? De un día para otro intento borrar vuestros pensamientos, no quiero vivir vuestras vidas. Las sesiones suponen un desgaste muy fuerte, me cuesta tiempo recuperarme. Además, no suelen ser batallitas como tú dices, no hay historias de la infancia, son dramas, malas vibraciones, no me gusta. Con esto de la crisis, hay mucha mala gente, crispación, energías negativas; procuro sacarlas de mí cuanto antes.

»Viniste a mi consulta por una enfermedad, porque ningún tratamiento hace efecto. Querías conocer el origen, que te ayudara a solucionarlo. No he visto preocupación en ninguna de las tres sesiones, sí mucha curiosidad. Tu principal problema es tu futuro laboral, sin más. Nada de salud. Estate tranquilo: triunfarás en ese proyecto. Lo desarrollarás y saldrá bien. Recuerda que mi forma de entender la vida es diferente a la tuya. Para mí, el éxito es ser feliz, no millonario.

Natalia no era la misma persona que en la charla de diez minutos preliminar a la camilla. En cuestión de segundos, su rictus había pasado de sonriente a grave. Se levantó, dando por finalizada la sesión. Le dijo que le enviaría un wasap con la fecha de la siguiente cita y lo

acompañó a la puerta. Con sonrisa forzada, extendió la mano y se despidió:
—Adiós, Esteban, buena semana.

24. ¿Quién está peor de los dos?

Su baja no solo consistía en bolitas, ejercicios con los ojos y visitas al más allá, también lo estresaba el dichoso papeleo y las citas continuas. Cada semana acudía a su médico de cabecera. ¿Para qué? Para una revisión de las secuelas del virus de marras. ¿Qué secuelas? Dolores de cabeza, hipersensibilidad al ruido y acúfenos: oía un zumbido aun cuando la estancia estaba en silencio. En cuanto a la vista, persistían los problemas al identificar los objetos en movimiento y erraba su profundidad, pese a los ejercicios con el optometrista. Cualquier acto que combinara vista y oído lo anulaba. Si permanecía expuesto durante un periodo de tiempo prolongado, náuseas, dolor de cabeza y pérdida de visión del ojo derecho. Conducir diez minutos escuchando la radio generaba ese efecto, también entrar en una tienda, bar o restaurante con música de fondo, aunque no fuera «chunda chunda», como decía él.

La visita al centro de salud, a escasos cien metros de su domicilio, no le ocasionaba ningún problema. Su luminosidad le producía una sensación muchísimo más agradable que la de cualquier otro recinto médico. Al subir los escalones de la entrada, una joven celadora lo recibía con sonrisas y amabilidad, algo poco habitual en lugares de esas características. En ocasiones, ella misma gestionaba su cita para la semana siguiente.

Además de la zona de curas y enfermería, había un despacho para el médico de la mañana y otro para el de la tarde. Rara vez coincidía con personas esperando, por lo que el ambulatorio ofrecía el silencio ideal para su estado de salud.

A su médico, de unos cincuenta años, rostro enjuto y poco pelo, le precedía la fama de no ser muy simpático, sin embargo, cuando trató sus problemas previos de bronquitis, siempre mostró afabilidad y resolución.

Al principio, charlaban de lo sucedido, de las visitas a los especialistas del hospital y de si notaba mejorías con alguno de los tratamientos. Pero, tras unos meses, lo tenía demasiado visto y las pocas variaciones no daban pie a continuar con sus análisis. Esteban entraba, lo ponía al corriente de su agenda de citas médicas y recibía el parte de baja para presentarlo en su empresa.

Las revisiones mensuales con la mutua de su empresa eran diferentes. Estaba a las afueras de la ciudad, a varios kilómetros de su vivienda, por lo que acudía conduciendo. Esa era la mejor forma para que le prolongaran la baja: llegaba mareado, lívido y con escasa voz. Pero él, además de librarse de los malestares, necesitaba volver a la normalidad y a su puesto de trabajo.

En su primera cita, le impactó la inmensidad del edificio de una sola planta y el número de ambulancias en el aparcamiento, junto a las personas de chalecos amarillos que esperaban la señal para salir pitando. «¿Estará la gritona de los jureles por aquí?», pensó, sonriente. Localizada la letra, se quedó en la entrada, como un camillero más, respirando el aire fresco de los jardines, uno de los remedios más eficaces para recomponerse del trajín del coche.

Al abrir la puerta, solo vio los típicos asientos de plástico naranjas y un corcho repleto de carteles sindicalistas. A su izquierda, una puerta de cristal daba acceso a una zona de mesas de oficina, con una docena de personas frente a sus ordenadores. Su sorpresa fue proporcional al mareo: si trabajaban allí, ¿dónde estaban las consultas? Se acercó a preguntar a la señora de la primera mesa.

—Disculpe, ¿dónde tengo que ir para la revisión?

—Es su primera vez, ¿verdad? Por favor, dígame su nombre —respondió sin levantar la mirada del ordenador.

—Esteban...

—Sí, está en la lista. Llega muy pronto, faltan diez minutos para que comiencen los

reconocimientos.

«Qué bienvenida tan calurosa», pensó, mirando la pantalla mientras su interlocutora ponía en color verde las celdas del Excel donde había consultado su nombre. «Tecnología alemana no es».

—Perdone, la sala de espera está fuera. No puede quedarse aquí de pie.

—Esto, vale, vale, perfecto. ¿Los asientos naranjas?

—Sí, claro, no hay otros.

Estupefacto por el trato, fue en busca de la sala de espera y dejó trabajar a miss Simpatía.

Junto a los tres coquetos asientos, otros dos escondidos en un recodo de la sala, o, más bien, del pasillo que hacía las veces de sala. En la esquina, otro pasillo y una puerta de madera blanca: la consulta. Estaba tan mareado al llegar que no la había visto. Colgada de la pared, una pequeña televisión de tubo retransmitía el programa matinal de Telecinco, sin sonido y con niebla; un compendio para no mirar ni de reojo. Se sentó en el asiento de debajo, para no caer en la tentación de echar una ojeada y atontarse del todo. Disfrutó del desfile del resto de los pacientes. Llegaban cojeando o con muletas, de uno en uno y con escasos minutos de diferencia. Todos con una singularidad común: vestían pantalón deportivo corto para dejar a la vista los vendajes y férulas de sus rodillas. Una vez facilitados sus datos a miss Simpatía, maniobraban entre las piernas extendidas de los que ya se habían sentado, para acomodarse, a la espera de que los llamaran. El entretenimiento mejoraba.

Apretados en las dos filas de asientos, lo observaban sin disimulo. Vestido de calle y sin daños visibles, no encajaba allí. Cuando el primero entró en la consulta, una chica que no alcanzaba la veintena, de apariencia deportista y con una prótesis que cubría su pierna tatuada, dio el paso:

—Perdona que te pregunte, pero... ¿a ti qué te pasa?

—Bueno, un pequeño problema. Pillé un virus que me afectó al cerebro... —El gesto de la chica mutó de la extrañeza al miedo. Divertido, siguió castigando su indiscreción—. Tenía visiones, movía objetos con la mente y escuchaba sonidos que el resto no era capaz de percibir. He mejorado mucho, pero me quedan secuelas que me imposibilitan, de momento, volver a mi trabajo.

—Aaah, claro, claro, ya veo; pero ahora estás bien, ¿no? —balbució mientras bajaba la vista al suelo, como si él se hubiera convertido en un esquizofrénico a punto de cometer una locura.

—Esteban, por favor —tintineó una voz, avisándolo de que era su turno.

La sala, diminuta; la consulta, descomunal. De un blanco radiante. Sobre la mesa, torres de bandejas de informes, utensilios de medición y un ordenador antiguo. A un lado, un armario blanco de puertas de cristal con frascos de medicinas, y a su derecha, una camilla cubierta por una sábana, bajo el cartel luminoso para la exploración oftalmológica.

La médica, de unos cuarenta y pico años, llevaba la melena recogida, realzando los huesos de su cara, ya de por sí marcados por su extrema delgadez. La bata blanca, abierta y de dos tallas más, parecía prestada para pasar consulta. En realidad, daba la impresión de haberse colado a sustraer medicamentos y que, al verse sorprendida, se había puesto la bata del perchero y sentado detrás de la mesa para disimular. Hablaba con el mismo tono de los drogadictos que deambulaban por las estaciones pidiendo un euro para el billete. Quizás sufría depresión e iba muy medicada.

Conforme le preguntaba sobre su enfermedad y por qué continuaba de baja, Esteban dudaba sobre sus problemas, los de la médica, no los suyos. «¿Quién está peor de los dos? ¿Cómo puede trabajar esta mujer? ¿Quién es aquí el enfermo: ella o yo?». Cualquiera que hubiese entrado en aquel momento se habría hecho esas preguntas al verlos.

—Entonces, ¿tuviste una infección en el cerebro por un virus?

—Sí, eso dedujeron los neurólogos después de estar ingresado un par de semanas en el

hospital.

—Pero ¿aún no estás bien?

—No, tengo secuelas que no me dejan llevar un día a día normal y me imposibilitan regresar a mi puesto de trabajo.

Detalló los pormenores de su hipersensibilidad al ruido, sus problemas de visión y al conducir, hasta que ella le cortó:

—Buaah, vaya pasada, ¿no? Por lo menos estás aquí para contarlo. ¿Los neurólogos qué te dicen?, ¿te pondrás bien?

—No lo saben, no tienen ni idea, dicen que no hay ningún daño.

—Bueno, ya sabes, los temas de cabeza son jodidos, digo complicados. Paciencia. En cuanto pases la próxima revisión de neurología, te vienes y vemos qué hacemos. Cuídate, anda.

Aquella primera consulta en la mutua finalizó con una cariñosa palmadita en la espalda. Tras esa vendría una mensual durante el resto del año. Misma simpatía en la recepción, similar desfile de cojos y, sobre todo, idéntico seguimiento hasta las dos últimas citas, en las que, casualidades de la vida, su médica también se encontraba de baja. De este modo, completó una extensa colección de partes e informes, con el absoluto convencimiento de que la importancia de la burocracia se sobreponía a la de la propia enfermedad. Ignoraba que la madre de todas las revisiones, el trámite más desmedido, aún estaba por llegar.

25. La gran explosión

Con tanta vuelta, tanto consejo de «ve, confía en mí» y tanto de todo, pasó el tiempo mucho más rápido de lo que había previsto.

Llegó la fecha marcada en rojo en el calendario: 25 de marzo. Tres meses después del ingreso, no solo no se había recuperado para volver a su vida habitual, sino que no conseguía llevar el día a día de forma digna. La visita al neurólogo, aquel que llevaba su misma corbata, se lo dejó claro: no estaba en condiciones, su baja se iba a prolongar.

El siguiente gran día le daba un plazo más holgado y esperaba no recibir otro golpe en su ya baja autoestima. Pasó la primavera y aprovechó el buen tiempo del verano para hacer el ejercicio que su cuerpo le permitía. Horas y horas con los niños. Con un veraneo de los de toda la vida, dos, tres meses largos, superaría sus males. Jardín, golf, pueblo, playa, sin horarios ni hitos, ocho meses desde aquella mañana cualquiera serían más que suficientes. En cuanto los niños volvieran al colegio, pediría el alta a su médico de cabecera, a su neurólogo y a la de la mutua.

No pudo ser. El mes de septiembre fue duro, muy duro. Lluvias intensas, dos semanas pasadas por agua. Luego, un paréntesis, el llamado veranillo de san Miguel. Los cielos se tornaron oscuros, las noches, cortas y los días, eternos. Dejaba a los niños en clase y regresaba a casa, sin obligaciones con las que matar el tiempo ni tareas con las que disfrutar.

Sentado en el sofá, y el mundo sentado encima de él. Días en los que las lágrimas rebosaban frustración, rabia e impotencia. No conseguía leer sin dolores de cabeza o finalizar un episodio sin náuseas. Escuchar música, imposible.

Ya no pensaba en una posible vuelta. Aquel otoño, las navidades, el duro invierno, porque aquel invierno fue duro de narices, y no solo en cuanto a la climatología se refiere, hicieron saltar por los aires las previsiones. Permanecía en el mismo punto, daba igual su mentalidad y su vida transformada.

Durante ese primer año, cambió mucho. Sin embargo, los meses siguientes a esas navidades fueron decisivos. Su estado de salud, su mujer e hijos, los amigos que se preocupaban por su evolución, incluso los que no se mostraron cercanos y los desaparecidos contribuyeron a que viese la vida desde un prisma que no hubiera imaginado. Unos y otros, cada uno a su manera, lo ayudaron a afrontar su nuevo futuro.

Gestos, guiños, detalles que, en aquellos momentos, significaban más que las grandes acciones. Amigos que siguieron con él durante el proceso. Un mensaje, un wasap, «venga, sal de la cueva», de Ana, María José, Chemita y Edu, compañeros y amigos de tantos años, suponía un soplo de aire fresco en su recuperación. Compartían mantel con asiduidad. Por su parte, Neil, el *british teacher* con el que tanto había sufrido conversando en los últimos dos años, se empeñó, con cierto éxito, en verlo antes de cada época vacacional. Un par de horas de puesta al día delante de una cerveza, y nueva bocanada de oxígeno.

Los de su entorno de trabajo, compañeros y empresas a las que realizaba el seguimiento económico-financiero, se esfumaron con el tiempo. Fuera de la rutina laboral, sus relaciones sencillamente desaparecieron. Otro de los efectos colaterales de una enfermedad: sacar a relucir quién era quién. Las personas que tantos quebraderos de cabeza le habían dado fueron directas a un segundo plano, dejaron de importarle.

Cada pincelada, cada acción suponía un granito de arena. La suma de incontables detalles le caló. A menudo, comentaba con sus más cercanos que lo sucedido había cambiado su vida para mejor. Por fin transformaba lo negativo en positivo. Pasaba el cedazo para quedarse con lo esencial y desechar lo malo. Por primera vez, quién se lo iba a decir, apartaba lo que no le

favorecía sin rencor, daba igual, sin «este sí, este no». Disfrutaba de las partes buenas.

Al llegar el buen tiempo, se obsesionaba con el repaso. ¿Por qué? Lo desconocía. Cada momento del invierno pasaba por su cabeza como una película, también su día a día. A veces pensaba que sus dolores no tenían relación con el virus, sino con su capacidad cognitiva. El hospital; las resonancias; los paseos por la urbanización; las vueltas al centro comercial, descansando largo rato en los bancos frente a las tiendas; conducir, primero hasta el cole, luego, hasta los entrenamientos y, al final, hasta el silencio del golf; jugar un par de hoyos, después, nueve y, por fin, dieciocho; ir de médico en médico; desfilar de la homeopatía a los imanes y a la imposición de manos en el reiki. Cuánto tiempo, cuántas situaciones y, sobre todo, cuántas gilipolleces había hecho en búsqueda de una solución. El examen neurológico evidenciaba que la evolución era positiva. Más de lo que pensaba, menos de lo que esperaba.

Finales de abril, primeros de mayo. En esas fechas se concentraban los cumpleaños de varios niños: sus hijos y amigos del colegio. Se acumulaban las tareas organizativas, las fiestas y regalos, sin embargo, en su calendario no existían huecos libres.

Esteban y su mujer, sentados en el porche de casa, repasaban su agenda.

—Este martes tengo que visitar al de las bolitas, el miércoles por la mañana voy a la fisio y el viernes a las once, optometrista.

—Estás libre el lunes, el jueves y el viernes por la tarde, ¿no? Pero el viernes ya tenemos un cumple de otro niño, no los vamos a solapar. Y celebrar un cumple en lunes es un poco raro.

—Bueno, el jueves solo paso a por el parte de baja, será un rato. El siguiente lunes, a las cuatro voy al neurólogo en Guzmán el Bueno. El miércoles, experiencias animadas de ayer y de hoy con la del reiki, sobre las cuatro o cuatro y media, por las mañanas no conecta. El jueves, vuelvo a la fisio.

—Pero...

—Sí, tanto ir y venir es una locura. La siguiente semana voy al hospital, revisión de oftalmología. El neurólogo ahora dice que no todo el mundo se marea y que me mire el otorrino. Leyendo el informe, se ha dado cuenta de que hace años me operaron de sinusitis y, claro, todo está conectado en el círculo de la vida —dijo Esteban, parafraseando una de las citas de *El rey león* que su hijo mayor, cuando tenía cinco años, repetía cada vez que hacía algo, y que ellos utilizaban muchas veces como muletilla—. Además, tengo la revisión de la mutua, con lo que la mañana ya está ocupada. Al día siguiente, de nuevo al optometrista. Acabará hecho un asco, así que bórralo de las celebraciones. El miércoles toca conectar con el más allá, y el jueves... —Dio un grito de desesperación—. Hasta aquí, basta ya. Estoy harto de médicos, curanderos, bolitas, omega 3, jarabes y pólenes de las abejitas de la madre que... —dijo malhumorado, dando zancadas por el porche—. No puedo más. Llevo meses de un lado a otro, aceptando todas las tonterías y consejos, y encima con una sonrisa, porque te están ayudando. Hago lo que me dicen, tomo lo que me dan, y no mejoro. Se acabó, solo voy a ir al neurólogo y a por los partes al centro de salud. Lo imprescindible. Ya está bien de experimentos, de «y si funciona» y de «por probar, no pierdes nada». Estoy harto, harto, harto. —Seguía dando vueltas bajo la atenta mirada de su mujer—. No voy a ningún otro sitio. Si me quedo así, pues me quedo así, pero esto no lo aguanto más, es un despropósito. ¿Pero has visto la cantidad de pastillas y mierdas que me tengo que tomar cada día? Sin son más de media docena cada vez: al levantarme, al comer y antes de cenar.

Hasta entonces, acudía a las citas renegando y vivía en la farmacia. El propio boticario le dejó caer que él estaba encantado de venderle jarabes y botecitos, que los productos homeopáticos no dañaban, pero que tampoco se volviese loco, porque milagros no hacían. Pasó de estar enclaustrado en la oficina a disponer de todo el tiempo del mundo para perderlo en esos belenes.

Por no hablar del dinero, mucho dinero malgastado. La situación se le había ido de las manos. No creía en lo que estaba haciendo, de hecho, le daba vergüenza reconocer que probaba algunas de esas técnicas. Pero aquella explosión al ver su agenda cambió el ritmo de los acontecimientos y su forma de afrontar la convalecencia.

26. Un sms para ti

Pasado año y medio desde la salida del hospital y tras decenas de partes de baja semanales, visitas a los médicos de la mutua y peregrinación por todas las ramas de la medicina alternativa, decidió poner fin a esta etapa solicitando el alta a su médico de cabecera. Qué mejor momento para volver a la normalidad que con sol y viento favorable de cola.

Con ese propósito acudió a la consulta. Más allá de los paseos, el golf y los niños, necesitaba rutina. Quién se lo iba a decir, él queriendo retomar la monotonía del trabajo. El menhir de Obélix, una broma comparado con los más de quinientos días de baja que pesaban en su espalda.

—Buenos días, ¿qué tal? ¿Cómo estás esta semana?

—Bien, muy bien, quiero solicitar el alta médica.

—Qué buena noticia, ¿el médico de la mutua te ha recomendado ya el alta?

—No, no tengo revisión hasta la primera semana de julio, pero necesito volver a la oficina, sentirme útil de nuevo...

—Lo siento, las bajas y las altas no se toman por decisión propia —le cortó el médico con brusquedad—. En ninguna de las revisiones han considerado que estés apto para trabajar, tu neurólogo tampoco lo ve conveniente. Recuerda que sería nuestra responsabilidad si te sucediera algo al reincorporarte.

—Pero es que...

—No hay peros, o estás en condiciones o no lo estás.

Debía de ser el único majadero en este país que solicitaba el alta, el médico se la denegaba, y se iba más cabreado que un mono. No sabía cómo convencerlo. En su interior reconocía que ni era el mismo ni estaba preparado para sentarse varias horas seguidas frente al ordenador, haciendo números. Y lo que dificultaba todavía más su regreso era conducir los treinta y tantos kilómetros que había entre su casa y la oficina. A saber cómo llegaría al trabajo después de una hora de atasco.

Avanzaba julio. Superada la enésima revisión de la mutua, preparó sus vacaciones. Sin permiso para alejarse de su domicilio más allá de unos cuantos kilómetros, tenía claro que el menor de sus problemas sería que lo devolvieran a la oficina. Viajaría de copiloto o en tren, aguantando los efectos que aquello desencadenaba en su cuerpo, pero no iba a dejar a su familia sin vacaciones. Tampoco lo hizo el verano anterior, cuando no conocía las limitaciones de su baja. Si nadie se las advirtió entonces, en esta ocasión no sería diferente. Verano, playa, desconexión. Como no podía ser de otro modo, no iba a ser tan placentero.

Pocos días antes de finalizar el mes, llegó un SMS de la Seguridad Social a su teléfono. No le hizo ni un ápice de gracia. Solo con reconocer el sello de un ente público en una notificación, le recorría un sudor frío, como si hubiera cometido fraude y, al abrir el mensaje, fueran a llevárselo esposado. Intuía que no eran buenas noticias. Hasta la fecha, ningún organismo oficial se había comunicado con él. «INSS informa que, en base al último reconocimiento médico de incapacidad temporal, se propone el inicio del expediente de incapacidad permanente. Recibirá resolución».

«Joder, joder, joder, pero qué dicen estos tíos. Si yo no la he pedido, lo que yo quiero es el alta para volver a trabajar, no que me consideren incapacitado. ¡Qué voy a hacer yo ahora! ¡Pero, pero, pero...!». Corrió a mirar que decía san Google de estos casos. «Baja total, total», repetía una y otra vez. Lo que para mucha gente era ganar la lotería, a él lo partió en dos. «Joder con la Seguridad Social de las narices. Esto habrá sido la pirada de la mutua... ¡Pero si está de baja! Entonces, el médico de cabecera, que se ha quitado el marrón de encima... Que no, que no, ¿para qué se va a meter en estos jardines?». Se devanaba los sesos buscando culpables. En ningún

momento pensó que había llegado a la fecha límite. Tanto tiempo sin que le diesen el alta era inusual, vistos los impedimentos que ponían a las bajas por enfermedad. Cualquiera se atrevía a dar de alta a un pobre desgraciado que estaba mal de la cabeza.

Cada día miraba en el buzón, a la espera de la carta. La bomba cayó una semana después: «En fecha de 20 de julio, el organismo competente ha aceptado la petición de baja definitiva por enfermedad y le concede la incapacidad permanente. Le recordamos que tendrá efecto en el plazo de noventa días. Asimismo, le comunicamos que el 20 de septiembre deberá acudir a nuestras oficinas de la calle López de Hoyos de Madrid para una exploración médica, por si hubiera una mejoría previa».

27. Bienvenido al tribunal

Durante aquel verano, su batidora mental no dejó de darle vueltas a la notificación. Nunca había sido un buen comercial ni disponía de gran oratoria, pero tenía claro que convencería al médico, a los psicólogos o a cualquiera que formase parte del tribunal de que él era una persona apta para trabajar. Vendería la moto rota, el burro cojo, el loro mudo, incluso su alma al diablo. De momento, no contemplaba la posibilidad de ser pensionista.

Analizando las diferentes opciones para salir airoso, cayó en la cuenta de que a su padre le habían concedido la incapacidad permanente a los cuarenta y cinco años, tras sufrir un infarto, justo los mismos que tenía él cuando pilló el virus. No creía en las casualidades y no quería encontrar más similitudes. Asustaba.

El 20 de septiembre llegó temprano a las oficinas de López de Hoyos, junto a la M-30, con dos carpetas, más bien, dos tomos de enciclopedia bajo el brazo. Una con los informes originales de la medicina de verdad, incluso, por qué no, los de la paralela. Los expedientes neurológicos de tres especialistas, los del seguimiento en el mismo hospital, los resultados de todas las pruebas de los dos últimos años, las copias solicitadas de las resonancias y el resto de los papeles del otorrino, el neumólogo, el oftalmólogo y el optometrista. Con ese humor rancio de hombre, que decía su mujer, solía afirmar: «Menos un tacto rectal, me han hecho de todo, así que...». En la otra carpeta, una réplica de la primera, con fotocopias preparadas por si no le dejaban hacerlas allí o querían quedarse con los originales. No podían echarlo para atrás por fallar en algún detalle absurdo.

El edificio, de apariencia majestuosa frente a las residencias bajas de la zona, tenía una altura de tres o cuatro plantas cubiertas de cristal, el resto de la fachada era de un blanco luminoso. En la entrada, escalones para las personas que no estuvieran impedidas y una rampa lateral para discapacitados. Superado el arco detector de metales con varios agentes de seguridad y la cinta transportadora con monitor, llegó al control de acceso de verdad: una mujer de edad avanzada, con pocas ganas de pasar allí la mañana, repartía a las personas entre las diferentes salas como si estuviera jugando al tenis.

—¿Con cita o sin cita?

—¿Se puede venir sin cita? Mire, este es el papel que recibí en mi...

—A la derecha, por favor. ¡Siguiente!

Sin explicaciones. Pim, pam, pum.

Al atravesar dos puertas de cristal, entró en una sala repleta de gente. Veintitantas filas que más tarde contaría a conciencia, todas ocupadas por personas a la espera de que en dos enormes pantallas se anunciara su turno. Ni medio hueco. Muchos de pie, un grupo numeroso en la zona trasera y media docena en sillas de ruedas en el amplio espacio de la izquierda. En un mostrador, un hombre y dos mujeres miraban los informes de los pacientes para asignarles el número que más tarde aparecería en las pantallas.

Apoyado en la cristalera, observó el panorama desolador. Varios que iban en muletas y se sentaban gracias a la ayuda de los más cercanos. En los asientos del pasillo contó dos mancos y un señor canoso que carecía de una pierna. Algún otro sobreactuaba su cojera en el momento que aparecía su número. Vendajes varios, brazos en cabestrillo, un hombre con un parche en el ojo e incluso un par que no podían valerse por sí mismos y los cogían del brazo para acompañarlos.

En primera fila, una mujer de etnia gitana ataviada con un traje de leopardo y un joven de veintitantos se comunicaban a voces. Entre la multitud, madres con hijos sin aparentes problemas de salud y, sobre todo, hombres esperando solos con su documentación en la mano. Una enorme

tristeza e impotencia lo invadían por momentos. Intentaba, sin éxito, no mirarlos.

En el hospital ya había comprobado las consecuencias de un virus, un ictus o una vena obstruida. Esta vez, veía la colección al completo. Los dramas reflejados en gran parte de los pacientes reforzaban su posición inicial: debía volver a trabajar, no estaba en condiciones de que lo incapacitasen de forma permanente. No lo consentiría. Él iba a mejorar.

Los turnos sonaban en las pantallas. Las indicaciones que se daban en el mostrador resonaban entre el murmullo expectante. En apariencia, las consultas externas de un hospital. En realidad, con aquel numerito se jugaban su futuro, como en unas oposiciones, pero sin posibilidad de dedicarse a algo distinto en caso de suspenso, y sin recuperación. ¿Cómo sobreviviría mucha de aquella gente si no les aceptaban la incapacidad? Un gran porcentaje de ellos regresaría a trabajar, quizás en otra actividad, con la obligación de reinventarse.

Anunciaron su turno varias veces sin que se percatara. Un grito desde el mostrador lo sacó de su embelesamiento. Al final del pasillo de la derecha, una puerta de doble hoja de cristal traslúcido daba paso a otra sala más pequeña, con una decena de bancos, cara a una pared de madera y la puerta de un despacho, y una mesa en la que otra funcionaria daba explicaciones a los recién llegados. Sorpresa: debía hacer cola de nuevo. En el lado izquierdo, otras dos pantallas avisaban del turno a los pacientes. La primera, sobre la puerta del despacho de madera, la segunda, presidiendo el acceso al pasillo de las consultas con cristalera y cortinilla para resguardar el interior.

Ahora sí notaba los nervios. Colocó las carpetas con sumo cuidado en el asiento contiguo, para restregar las manos, frías y pegajosas, en las perneras. La palabra tribunal le imponía. Imaginaba las series americanas. ¿Tendría que explicar su expediente delante de un juez? En los despachos del lateral, recibían con celeridad a los pacientes, a diferencia de las consultas, por lo que esperaba salir de dudas en poco tiempo.

Le asignaron el número ocho, en la mitad del pasillo. Sin mucha luz, en silencio, con las cortinas de las consultas bajadas. Golpeó la puerta con los nudillos dos veces y entró. Lo esperaba una mujer en bata blanca con su nombre bordado en el bolsillo delantero y el estetoscopio colgando del cuello. Ni joven ni mayor, morena, de pelo corto, normal. Le pidió que se sentara. No había nadie más. Una mesa, un ordenador, nueve o diez metros cuadrados. Vaya decepción. Una consulta incluso más sencilla que la de su médico de cabecera.

—Buenos días, por lo que estoy leyendo en su expediente, hace dos años tuvo un proceso vírico infeccioso y ha estado de baja desde entonces.

—Sí, así es. He traído unos...

—Ha acudido a varias revisiones. El neurólogo que lo atendió en el hospital considera que sus problemas pueden ser consecuencia del shock postraumático...

—No, pero...

—En ninguna de las tres resonancias han encontrado daños. En las exploraciones del oftalmólogo, el otorrino y el neumólogo...

—Es que...

—... tampoco se describen secuelas relevantes. Entonces, ¿me podría explicar por qué su baja se ha prolongado tanto?

En aquel momento hubiera preferido declarar ante un juez, abogados y demás parafernalia. La delicadeza reinaba por su ausencia. No sabía si estaba en una revisión médica o lo habían declarado culpable de un delito. Le explicó los mareos, las náuseas, la hipersensibilidad al ruido y los problemas con la vista y al conducir.

—Bueno, entiendo que esas pequeñas secuelas acabarán desapareciendo. Los especialistas no

las han detallado en sus informes, así que no se consideran determinantes para valorar su reincorporación a la vida laboral. No entiendo cómo le han permitido prorrogar la baja.

—Disculpe, pese a mi estado de salud, yo pedí el alta para volver a...

—Claro, claro, entonces, ¿por qué ha solicitado ahora la baja definitiva?

—No, si yo no...

—¿No ve el dinero que va a perder cada mes? Es usted muy joven para vivir de su pensión, ¿no cree?

Cada vez que Esteban intentaba explicarse, la regañina de la médica subía de tono.

—Mire, he acudido a un montón de profesionales, me han hecho pruebas y me he sometido a diferentes tratamientos. Incluso consideré medicinas alternativas que...

—¿Medicinas alternativas? ¿Curanderos? ¿Me está usted tomando el pelo?

—Yo solo quería ponerme bien...

—Entonces, ¿¿por qué ha pedido usted la baja definitiva?!

El nivel de desconsideración era tal que Esteban no dejó que le cortase más:

—Perdone, ya vale. Ni tiene por qué hablarme de este modo ni le importa a usted si pierdo dinero. Es mi vida y mi salud. ¿Sabe usted cuál es mi situación laboral? ¿A qué me dedico o cuál es mi sueldo? ¿Cree que, después de todos mis esfuerzos profesionales, mi objetivo es quedarme en casa cobrando una pensión? —Esteban le mostró la tarjeta de su puesto de trabajo. La médica la cogió y, mientras la miraba con detenimiento, Esteban prosiguió con su discurso—: Yo en ningún momento he solicitado la incapacidad permanente. Han sido ustedes, motu proprio, quienes me enviaron la resolución.

—Bueno, aún no se la han concedido oficialmente, para eso está usted aquí. Y, la verdad, no veo que la necesite. Le agradezco todas esas fotocopias, pero no hacen falta: esto es un reconocimiento, no una recopilación de pruebas. Disponemos de sus datos en el expediente del ordenador. Lo llamaremos para una nueva cita en los próximos meses, no se preocupe. Buenos días.

Desconcertado, tomó sus papeles y enfiló el pasillo, rumbo a la salida, una puerta diferente a por la que entró, para no mezclar unos con otros.

«¿Qué carajo ha pasado? —pensaba de camino al coche—. Esta señora tan amable, tan preocupada por mi enfermedad y por mi futura economía, me va a revocar la incapacidad permanente, ¿no?».

28. Vuelta a la oficina

El SMS tan esperado por fin llegó. Le indicaba que recogiera la resolución en la oficina de la Seguridad Social más próxima. Aquella misma mañana se presentó en la de Pozuelo de Alarcón, un moderno edificio de tamaño descomunal. Dos numeritos, tres colas y más de una hora después, salía por la puerta tan ilusionado como si tuviera un décimo premiado en sus manos. Según la señora del tribunal, conducir con náuseas, marearse debido a la concentración y no ser capaz de seguir una charla de quince minutos no eran motivos suficientes para ir de médico en médico ni para que su economía se resintiese. Menos mal que aún quedaban personas consideradas en este mundo.

Al día siguiente, con más nervios que un niño en la vuelta al cole, emprendió el camino hacia la oficina. Condujo sin radio y con la ventanilla bajada, en un intento de mitigar el mareo por el atasco. En la caravana de las ocho, le dio tiempo a recordar esos meses y a imaginar la nueva realidad a la que estaba a punto de enfrentarse. Saludos, besos, más saludos, y contar innumerables veces lo sucedido. Sin dobleces, como era él, pensó en una historia corta y discreta, sin adjetivos, adverbios ni muchas ilustraciones. Los detalles, para los amigos. A los que iban a preguntar por preguntar, porque tocaba hacerlo o por simple cortesía, no les interesaba la versión extendida, ni la corta, la verdad. Él tampoco tenía el cuerpo para muchos adornos.

Todavía funcionaba la tarjeta de acceso al garaje, buena señal. Los vigilantes recordaban su cara. Mejor que mejor. Después de trabajar cerca de dos décadas en la misma empresa, malo sería que no se acordaran de él.

—Cuánto tiempo, señor, pensábamos que había dejado la compañía.

—Qué va, qué va, no se van a librar tan fácilmente de mí. —Rio.

—Es un placer volver a verlo. ¡Buenos días!

Rampa de bajada y curva a la izquierda para entrar en su zona de aparcamiento. Frente a él, una gran cristalera dejaba entrever el patio con bancos y ceniceros donde los fumadores compartían su vicio. Una planta. Dos plantas. Mejor buscar una plaza libre en la tercera, mucho más tranquila, en cualquier esquina y sin maniobrar.

La empresa, entre compras y desarrollos, había crecido de forma ostensible durante sus dos años de ausencia, por lo que el aparcamiento estaba al completo. No aguantaba más. El camino de una hora y la emoción lo habían superado. Aparcó en doble fila. Si los responsables del garaje le decían algo, ya se lo explicaría. Sin grúa ni multas, solo una llamada de atención. Aunque no estaba ni para llamadas ni para atención. Tampoco para trabajar. Pero no iba a subirse a un andamio ni a manipular material peligroso. No afinar un número o escribir alguna incongruencia en un informe eran males menores.

Apagó el motor, cerró los ojos, respiró hondo, despacio, y como en tantas ocasiones, dejó su mente en blanco. Cada vez que una imagen asomaba por su cabeza, la desechaba, a la papelera. La aparición de otras nuevas se ralentizaba conforme el malestar disminuía. Si lo hubieran visto así los de servicios médicos, lo habrían devuelto a los corrales, utilizando un símil taurino.

Caminó con paso firme por los pasillos del complejo, rumbo a su planta. No quería demostrar ansiedad. Su corazón iba a doscientos. Saludaba a unos y a otros como si el tiempo no hubiera transcurrido, un lunes más en la oficina.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Buenos días, buenos días!

Con respiración pausada, alcanzó el ascensor. Dentro, dos personas lo miraban de reojo. No sabía si se extrañaban de verlo o solo eran paranoias suyas. Fijó la vista en los botones para no dar pie a una efímera conversación hasta la apertura de las puertas.

Al salir, allí estaban: media docena de compañeros rumbo a la máquina de café, una de las costumbres más consolidadas de la empresa. Hacía años que él no tomaba aquel café, por llamar de alguna manera a ese brebaje, pero era norma de la casa reunirse a primera hora y a media mañana, sobre las once y pico. En ocasiones, había bromeado en si iban por dar un paseo o por la limpieza de tuberías que ese bebedizo hacía en el cuerpo. Antes de que se diera cuenta, se vio repitiendo la versión corta de la historia a los primeros compañeros.

Enseguida lo rodearon una veintena de personas. Retrocedió hasta apoyarse en la máquina fotocopidora. Lo más parecido a una rueda de prensa improvisada sin micrófonos. Preguntas, preguntas y más preguntas. Algunos, incapaces de enviar un mensaje de ánimo durante su baja, mostraban una repentina y exagerada preocupación. «Entrañable», sonrió por dentro. Esas actitudes, que antaño le habrían afectado, ahora le daban lo mismo. Eran así: preguntones, cotillas. Lo importante era que estaba de vuelta.

El nerviosismo dio paso a los efectos habituales: náuseas, visión borrosa y presión en la cabeza. Disponía de poco tiempo para evitar quedarse grogui el primer día. Intentó zafarse de la multitud. Nada más efectivo que la llegada de un director para dispersar la tertulia, ni los antidisturbios. Saludo cordial; de nuevo, preguntas y respuesta reducida. Tras presentarle las caras nuevas del departamento, se reunieron en el despacho, aún quedaba mucha tela burocrática que cortar: alta, papeles, situación, proyectos.

Durante los diez minutos de charla, le preguntó media docena de veces si necesitaba un receso. No estaba bien y, además, no ofrecía buen aspecto. Mientras su jefe le detallaba los cambios acontecidos durante su ausencia, Esteban contemplaba el horizonte; las montañas junto al aeropuerto, que tantas veces le habían servido de distracción durante las llamadas telefónicas, volvían a ser su vía de escape. Su jefe escribía con un rotulador azul los pormenores de los proyectos sin levantar la vista de su cuaderno, y él continuaba con la mirada fija en los aviones que despegaben a lo lejos. Luego, cambió a la ventana izquierda. Las copas de los plataneros, desnudas por el invierno, se asomaban por ella.

—En estos dos años, las perspectivas han variado. Finalizada la crisis, las órdenes de cero inversiones y de preocuparse en exclusiva de la deuda, también. De hecho, hemos acometido compras de sociedades, por ejemplo, la de un grupo de Castilla con gran cantidad de activos. Y hemos contratado a su directora financiera. De ahora en adelante, trabajarás con ella.

—Genial, genial, más divertido, muy bien.

—Aun así, lo primero es lo primero. Cuando leí el mensaje de tu alta, consulté a Recursos Humanos qué pasos deberíamos dar desde el primer momento.

—Sí, sí, claro. En cuanto acabe de saludar, me voy directo a hablar con ellos.

«Para dar pasos estoy yo ahora», pensó.

Esteban se despidió de su jefe con un apretón de manos. Enfiló los ascensores frente a las cristaleras. Respiración honda, sin mirar atrás, rumbo al edificio de Recursos Humanos, sin cometer el mismo error de ir saludando a la gente. Descendió hasta el garaje y atravesó las entrañas de las oficinas solo y tranquilo, para recuperarse antes de subir a la primera planta, en búsqueda de la responsable de su área.

—Buenos días, mira, soy Esteban...

—Sí, siéntate, me ha avisado Eduardo de que venías hacia aquí.

—Perfecto, muchas gracias. Perdona si estoy un poco espeso, cuesta reincorporarse a la rutina.

—No te preocupes, seré breve. Han sido casi dos años de baja, comenzaste en enero y vuelves a finales de octubre. Antes de regresar a tu puesto, debes disfrutar de los días de vacaciones que figuran en tu convenio.

—Pero, si acabo de llegar, cómo voy a...

—Tienes derecho a veinticinco días por año. Si contamos desde hoy, a ver: una, dos, tres semanas, hasta aquí por el primer año, y si sumamos los del segundo... Hasta la semana de navidades.

—Pero si...

—Tienes razón, vuelves después de Reyes, es una semana de más, pero no nos vamos a poner exquisitos a estas alturas.

—Bueno, bueno, no me hace mucha gracia, pero...

—No es cuestión de gracia, debemos cumplir el convenio e ir con calma. Junto a los servicios médicos, planificaremos una reincorporación progresiva. No podemos arriesgarnos, es lo mejor para todos, lo más importante es tu salud.

—Muy bien, muchas gracias, hablamos a la vuelta.

Si la empresa lo obligaba, no iba a oponerse. Y menos después de las nefastas sensaciones al saludar y sentarse unos minutos en el despacho. Sin llegar al café de media mañana, estaba para la siesta de la tarde: hecho un auténtico asco. Tras unos minutos de reposo dentro de su coche, arrancó rumbo a casa. Vacaciones anticipadas y adiós a la oficina. De momento.

29. Érase una vez una locura llamada oficina

Dos meses de vacaciones. Veinte de baja. Después de semejante periodo, la fecha de reincorporación, el 2 de enero, solo estaba marcada en el calendario de su *smartphone*. La responsable de Recursos Humanos le había dejado claro que ni sabían cuándo debía volver ni les interesaba. Después de setecientos días, qué más daba el dos que el siete, con la oficina vacía debido a las vacaciones navideñas. Sería su particular regalo de Reyes. La reincorporación coincidiría con la vuelta de gran parte del departamento. Bastante tendría cada uno con lo suyo, después del atracón navideño, como para preocuparse de él; de este modo, sería más natural y sencillo. Un lunes cualquiera.

Ese día, como sucedería en los siguientes, la hora de atasco lo machacó. Nada más aparcar, apagó el motor y se quedó en silencio unos minutos, con los ojos cerrados y respirando lenta y profundamente. Luego cruzó los bajos del complejo, en busca del ascensor de su edificio. Iba a esforzarse al máximo para aprovechar la oportunidad de volver a trabajar. Nada de quejas. Hasta donde llegase y lo que pudiera. Sonrisa al canto, buen rollo general, como si fuese su primer día en la empresa, aunque con la ventaja de que dominaba los programas y conocía a mucha gente.

No pudo acceder a los sistemas; la clave, olvidada o dada de baja en la red, no lo tenía claro. Sentado delante del ordenador, miraba sin mirar cómo el logo de la empresa atravesaba la pantalla. Cuando se dispuso a llamar al teléfono de atención a los usuarios para solucionar el problema, lo convocaron a la primera reunión.

Con su cuaderno sin estrenar bajo el brazo, se encaminó a la sala de reuniones. Bienvenida; presentación de las caras nuevas, mencionando nombres, trayectorias y experiencias; puesta al día de las adquisiciones societarias y repaso a la última metodología. Todo eso sin haber entrado ni en su correo ni en la intranet. «Nueva jefa, nuevas empresas, nuevos métodos. Demasiadas novedades para mi cabeza, y aún no he aterrizado. Toca empezar de cero».

Como siempre que cambiaba el responsable de un área, se daba la vuelta a los títulos, colores y plantillas de los informes. Unos los querían en Word; otros en PowerPoint. Unos, con negrita; otros, con gráficos de barras. Las sensaciones, fantásticas. La directora y las compañeras nuevas sonreían y hablaban distendidamente. No parecía una reunión de trabajo. Durante sus dos años de convalecencia, para él se había vuelto imprescindible que los de su alrededor sonrieran y dejaran las negatividades a un lado. Tres, cuatro o cinco, perdió la cuenta de las veces que le preguntaron si necesitaba una pausa. Con urgencia, la precisaba con urgencia. Y no llevaban ni media hora en la sala. Concentrarse en la conversación y en el repaso de conceptos lo había noqueado. Su hilillo de voz, ronco y tembloroso, anunciaba que iba a desplomarse en cuanto se agotara su batería. Por fortuna, nunca llegó a suceder.

Cada día, la misma rutina: unos minutos de descompresión en el garaje; pausas cada treinta minutos para levantarse de la mesa y mirar al horizonte por las grandes cristaleras; reuniones interrumpidas con un gesto, con la excusa de ir a por un papel, atender una llamada o un simple «ahora vuelvo» para salir a respirar. Solía acudir a las pasarelas de cristal que comunicaban los edificios. Sin calefacción, despejadas y con vistas al exterior. El lugar desde donde la mayoría hacía sus llamadas personales. Apoyado en la barandilla, respiraba hondo con la vista perdida en el parque de bomberos, los transeúntes, el trájín de coches entrando y saliendo de una gasolinera de barrio. Así, cuatro, cinco veces cada mañana. En ocasiones, no iba ni a la máquina de café. Prefería la soledad, el frío de la pasarela de cristal.

Notaba el desconcierto de sus compañeros cuando se le acercaban. Si entre ellos la pregunta más manida era «¿cómo lo llevas?», en cuanto se juntaban con él a ver temas en un despacho, la

frase se transformaba en «si quieres, paramos y hacemos un descanso».

Su vuelta fue mucho más dura y, a la vez, condescendiente de lo que nunca hubiera imaginado. Le permitían llegar un poco más tarde para evitar los atascos de las circunvalaciones y, del mismo modo, a la hora de volver a su domicilio. En ocasiones, ni comía, tiraba los bártulos y caía desfallecido en el sofá.

Con el alta dada por la mutua y la Seguridad Social, los servicios médicos poco podían hacer. Le aconsejaban pedir una baja por otros motivos cuando la situación lo superase. De hecho, lo superaba a diario. Muchas veces pensaba si iba a estar toda la vida así, buscando rincones y tiempo para desconectar del bullicio de la oficina.

Elena, la médica de la empresa, gracias a un informe facultativo enviado a los responsables de servicios generales, consiguió que le asignaran una plaza de aparcamiento para ahorrarle las vueltas de cada mañana. Los empleados del garaje le facilitaron un mapa para localizarla. Le tocaría dar un pequeño paseo, estaba al otro extremo del complejo. Repleto de coches, una luz verde señalaba el enorme hueco libre. Un símbolo de discapacitados pintado sobre un fondo azul brillante le volteó el cuerpo. Apoyado en la columna, miraba fijamente el dibujo, como si pudiera eliminarlo de un plumazo. Era consciente de sus limitaciones diarias, tenía asumido que no era el mismo, pero aquello lo venció, más si cabe. Por mucho que disimulase con cara de campo y playa, ese símbolo era un reconocimiento público de que no estaba bien.

Una mañana de tormenta, tras dos horas de atasco, ni los minutos de rigor en el coche surtieron efecto. Sentado en su mesa, ni veía las teclas ni el puntero del ratón. A menudo le costaba arrancar, pero esa vez era peor. Miraba la pantalla, y el fondo permanecía negro, muy negro. Incapaz de reaccionar, cruzó los brazos sobre la mesa, apoyó la cabeza, cerró los ojos y respiró hondo, como si el trance fuera a desvanecerse a base de oxígeno. No volvería a ser igual. Lívido, transparente más bien, acudió a los servicios médicos, en pos de ayuda. No sabía cómo afrontar la situación. Quería, pero no podía.

Él estaba asustado, los médicos aún más. El reconocimiento fue exhaustivo: le hicieron un electro, le tomaron la tensión, lo auscultaron. Todo en orden. Salvo su voz, sus fuerzas, su cabeza, su vista. ¿Qué hacer? Ese día lo mandaban a casa, pero ¿y los siguientes? No podía atrincherarse en su hogar, gran parte de sus progresos habían comenzado con su vuelta a la rutina. Regresaba muerto. Resucitaba. Así durante semanas, y ya algunos meses. Cada esfuerzo realizado hasta ese momento había sido un paso hacia su mejora.

Si en veinte años había acudido tres o cuatro veces a los reconocimientos médicos, desde su regreso llevaba otras tantas: una revisión al reincorporarse, una analítica de sangre, un electrocardiograma y un par de visitas sueltas para ver qué le sucedía. Se convirtió en un fijo, tanto que fue elegido para unas pruebas piloto que analizarían en su genética la propensión a enfermedades coronarias. Le frotaron las encías con el palito como en las series de detectives americanas.

Su asiduidad al centro médico hizo que Elena, la médica, curiosara sobre su ingreso hospitalario, sus visiones o cómo se sintió en los momentos más duros y extraños. Le preguntaba con detalle y escuchaba absorta las historias de aquellos días. Ese interés había sido constante en las diferentes consultas a las que acudió durante su baja. La enfermedad, los delirios y los efectos de la infección vírica intrigaban a cada uno de los facultativos. La recomendación siempre era la misma:

—Deberías escribir lo que viviste, qué escuchabas y cómo te sentías ante la incapacidad de hablar o coordinar, tu experiencia es única. Incluso contar los esfuerzos que has hecho, tu forma de pelear para salir adelante, servirá de ayuda a los que te lean si se ven identificados.

Ella misma se ofrecía a echarle una mano con la redacción de los detalles más técnicos, su marido era escritor y revisaba sus textos en muchas ocasiones.

—Todo a su tiempo —le repetía Esteban—, todo a su tiempo.

30. El neurólogo: la tecla y los fármacos

Un año atrás, la optometrista infantil de su hijo le recomendó visitar a su neurólogo. Ella había sufrido mareos y cefaleas similares a las de él y peregrinado de consulta en consulta, hasta que llegó a este especialista. Analizó sus síntomas y con una combinación sencilla de fármacos y gran cantidad de sentido común, remedió sus males.

Esteban había descartado a diferentes neurólogos que no dieron con la tecla, y se encomendó a lo que le dijera este. Identificó las alucinaciones complejas que había sufrido en el hospital — mover objetos y la pintura de la pared— como una posible alucinosis peduncular de Lhermitte, atípica, eso sí, como la mayoría de su caso. Un trastorno leve del tronco encefálico provocaba el rebote en los movimientos sacádicos de sus ojos. Posiblemente, por un cuadro autoinmune. Así de escueto y preciso. Después de tantos meses, por fin alguien asignaba un nombre a cada situación, como para no confiar en el neurólogo. No obstante, atinar con el tratamiento no era sencillo, consistía en prueba y error. Según el médico, no producían adicción ni efectos secundarios, pero él sufría altibajos emocionales, nerviosismo, ansiedad y, por qué no decirlo, el síndrome de abstinencia cada vez que abandonaba un fármaco.

Los efectos que figuraban en el vademécum del primer tratamiento no le sonaron halagüeños: «Pertenece al grupo de las benzodiazepinas que actúan sobre el sistema nervioso central, con propiedades ansiolíticas, anticonvulsivas, miorelajantes, sedantes, hipnóticas y estabilizadoras del estado de ánimo». Reticente a comprarlo, antes de entrar en la farmacia que había junto a su casa, llamó a su amigo Lucas, visitador médico de ese tipo de medicamentos, para escapar de sus miedos. Sin quitarle importancia al asunto, le aseguró que no debía preocuparse por tomarlo en semejantes cantidades, además, si la prescripción venía de su neurólogo, no había nada más que decir. A esas alturas no podía desconfiar del único especialista que había bautizado sus problemas y que le generaba confianza.

Cuatro meses pasaron hasta la siguiente consulta. Dudas, más dudas, dado que la mejoría era imperceptible. Las descripciones de los nuevos fármacos, a cuál peor: «Es un antidepresivo perteneciente al grupo de los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina». «Desarrollado para tratar la epilepsia. Se empezó a utilizar para el control de los síntomas del dolor de origen neuropático. De fácil tolerancia por los pacientes». ¿Quién lo mandaría leer los prospectos?

Este tratamiento producía fonofobia, fotofobia, pérdida de concentración, dolores de cabeza y cansancio, y coincidió en el tiempo con su vuelta a la oficina, tras sus dos meses de vacaciones forzosas. El combo de sensaciones no era el mejor para readaptarse.

En consecuencia, durante el primer mes tuvo pesadillas. Noches enteras convertidas en juegos de PlayStation: peleas, tiros, secuestros, detenciones, asesinatos, sangre y mucha casquería. Expediciones por países de Oriente Medio, los destinos predilectos de cualquier serie de Netflix. Imposible descansar. De día, trabajo en la oficina; de noche, agente secreto. Las primeras semanas despertaba sobrecogido en mitad de la madrugada. Conforme se acostumbró, dormía y despertaba, iba y volvía, como si presionara el pause de su videojuego mental. A ese carrusel de emociones se le unió un incremento de peso cercano a siete kilos en una semana.

Era lunes, primer día de trabajo después de la Semana Santa, y faltaban más de ocho para una nueva revisión. El ascenso continuaba: en esas vacaciones, otros dos kilos para el cuerpo. Somnolencia, constantes dolores de cabeza y sobrepeso. No se aguantaba a sí mismo en aquella

situación. En el blíster quedaban dos pastillas, pero decidió abandonar el tratamiento. Una semana libre de fármacos, hasta que le recetasen otros.

Los primeros días era un hombre feliz. Miércoles, jueves, viernes. Las pesadillas desaparecieron, la somnolencia disminuyó y los demás efectos secundarios tocaron mínimos. El sábado, como cada fin de semana, de campo en campo de fútbol, con los partidos de los niños, y luego comida en una terracita, fuera de casa. Por primera vez en mucho tiempo, las sensaciones eran agradables. Mañana soleada y buen estado de ánimo para disfrutar con la familia. Agradecía esa calma.

Sin embargo, el domingo temprano, un dolor de estómago tremendo dio el primer aviso. La camiseta empapada anunció el resto. Su cuerpo reclamaba la dosis del fármaco abandonado. El síndrome de abstinencia, del que le había hablado a su especialista tanto en persona como por correo electrónico, hacía de las suyas. Aunque su neurólogo aseguraba que no tenía contraindicaciones, él sabía muy bien que aquel sudor frío, los retortijones y el mareo eran síntomas de ese síndrome. Los había visto, años atrás, en las carnes de su hermano.

De la cama al sofá, y en el sofá, inmovilidad absoluta. El salón daba vueltas, no escuchaba ni veía. Unas veces, el frío; otras, el estómago. Debía aguantar unas horas, quizás dos días, y superaría el trance. Ni cuando intentó dejar de fumar tuvo sensaciones tan fuertes.

«Una pastilla de mierda al día, una», pensaba, incesante. Recordó que, la primera vez que compró la medicación, José, el asistente de la farmacia, le dijo que era una dosis mínima.

—Aquí hay personas que toman dos, dos y dos. Tú solo una pastilla por las mañanas, no te preocupes.

Siempre tuvo pánico a llegar a ese momento: necesitar medicación diaria, que se le acabara y no se la suministrasen en la farmacia. Justo aquella semana le habían contado el caso de un conocido del colegio. Por unos problemas de salud, estuvo tomando relajantes, y llevaba una temporada en un centro, para desengancharse. En el sofá, sudoroso y con los brazos apretando el estómago, sentía que aquello se acercaba a su realidad: «Ni muerto vuelvo a tomar las pastillas, ni muerto».

Lo discutieron en la consulta. Aquel componente no generaba adicciones ni efectos secundarios, eso decía el neurólogo, pero no volvería a recetárselo. Consenso, tranquilidad y nuevas dosis y emociones. Superada una semana de mono en toda regla, tocaba confiar de nuevo.

«Es un fármaco perteneciente al grupo de los inhibidores de la recaptación de serotonina. Se utiliza para el tratamiento de trastornos del espectro ansioso, tales como pánico, ansiedad generalizada, ataques de angustia y fobia social, así como para trastornos por estrés postraumático y para el síndrome premenstrual». Esto último, lo dejaba más tranquilo: servía para todo. En fin.

Aquello de la serotonina le recordó a lo que sus amigos adictos al running le decían para animarlo a correr: «El cuerpo genera unas sustancias químicas que te hacen sentir bien y te ayudan a relajarte y descansar mejor». «No alivia el síndrome premenstrual, pero proporciona buenas sensaciones», pensó con sarcasmo mientras seguía leyendo el prospecto. Y le vino a la cabeza la frase de otra amiga: «Yo ni tengo serotonina ni la genero» A ella nunca le daría por correr como una posesa.

Desconocía si el punto de inflexión había sido el paso del tiempo, la nueva medicación o su esfuerzo por conducir y trabajar aun cuando se sentía regular, pero después de varios meses bajo el influjo de las pastillas, las subidas y bajadas de peso, la ansiedad e, incluso, el hartazgo emocional por probar y probar, a ver qué funcionaba, entró en un periodo de tranquilidad. Descanso mayúsculo, a pesar de sufrir a diario las secuelas. Alejado del rollo natural, los imanes y demás experiencias de la medicina holística. La agenda limpia, con una única cita trimestral con

el neurólogo, y medio puñado de pastillas por las mañanas.

En las siguientes visitas, la mejoría se hizo evidente. Las pruebas de seguimiento ocular mostraban que los rebotes descendían y sus reflejos permanecían estables. Fruto de la evolución positiva, hablaban con más relajo. Esteban le contó muchos detalles, hasta una charla que tuvo con Merche, una celadora del hospital de la Paz. Él le advirtió que tuviera cuidado delante de los enfermos, estaban groguis, pero no tanto como parecía. Aun dormidos, inconscientes y comatosos, escuchaban. Ella le dijo que se había dado cuenta después de muchos años trabajando, al lavar a un paciente, que había sufrido un ictus y llevaba días sin abrir la boca, mientras charlaba con una compañera sobre su futuro viaje a República Dominicana: qué hacer, qué comer, qué visitar. De repente, el enfermo, sin abrir los ojos, exclamó: «¡Pide mamajuana, mamajuana!».

El neurólogo se unió a la propuesta de que escribiera su experiencia. Poner negro sobre blanco lo sucedido, sus sensaciones durante su inconsciencia intermitente sin capacidad de reacción, sería de sumo interés para que los especialistas vieran un proceso de este tipo desde dentro.

Todo a su tiempo.

31. El cumpleaños

Sábado, 27 de enero de 2018. Tocaba partidos de fútbol. Cuando no había uno, había dos o tres. Los fines de semana convertidos en un auténtico ir y venir. Un niño, con padres del equipo; otro, con la madre y un tercero, con el padre. El cuarto jugaba los domingos. Como decían los propios niños: «No haber tenido tantos hijos». Sus amigos bromeaban sobre su Excel para cuadrar rutas y horarios. Bueno, y sobre el de los uniformes del colegio, el de las comidas, el de... Pero eso era otra historia.

Esa noche tenían cena en casa con los del baloncesto. Dos padres del colegio que habían jugado a ese deporte formaron un grupo para alquilar el pabellón escolar los domingos por la mañana y que los niños practicaran algo más que fútbol. Entrenaban a las doce. Sobre la una y media, seis padres quedaban para tomar el aperitivo. Unas cervezas por aquí, un pinchito por allá y, en ocasiones, una partida de cartas que les duraba toda la tarde. El tiempo de Madrid permitía estos pequeños lujos de vermut y terraceo. Así, durante cuatro o cinco años. Entablaron una gran amistad, no de esas en las que las familias van tres veces a una casa rural porque sus hijos se llevan bien, y acaban tarifando. Y aquel sábado, además de acudir a los partidos, debían organizar la cena para diez personas. Aun siendo de mantel fácil como buenos navarros, requería de cierta preparación.

Con quince minutos de retraso, esas manías del personal de quedar a una hora y aparecer a otra, tocaron al timbre. Los baloncestistas del grupo y sus parejas fueron los primeros en llegar: Miguel Ángel, Raquel, Ángel y Paloma. Después, Sergio, Elena, Guille y Silvia. Unas cervezas conforme entraban, un poco de conversación de pie y listos para compartir mesa como un sábado cualquiera. El mantel de hilo, la vajilla de los domingos, que decían las madres de antaño, el brindis previo y alguna que otra bolsa con regalos le mosquearon un poquito; pero a Marta le gustaba cuidar hasta el más mínimo detalle de cualquier evento y, quizás, sus amigos les habían llevado algún obsequio en vez de la típica botella de vino.

Enseguida, su mujer desveló la sorpresa:

—Bueno, como sabéis, hoy estamos de cumpleaños. —Risas, muchas risas—. Hace tres años, Esteban ingresó en el hospital. Un suceso que pudo acabar en tragedia nos ha enseñado un montón. Por eso creo que está bien que lo celebremos. Hay que disfrutar de cada momento porque, como suele decir Esteban, una mañana cualquiera te cambia la vida. Muchas felicidades, cariño, hemos pasado tres años complicados, diferentes a los casi treinta anteriores. Sobre todo, tú, que sufres las consecuencias en primera persona, has sabido ver la parte positiva de este trance. ¡Feliz tercer cumpleaños!

—¡Muchas felicidades! —corearon los demás al unísono.

—¡Bueno, bueno! —dijo Miguel Ángel, el coach de baloncesto—. Que yo lo saqué del fango, ¡eh! Era un rancio y nunca venía con nosotros, pero le hice ver la luz.

Más risas.

Miguel Ángel mantenía la teoría, mitad en broma, mitad en serio, de que, antes de entrar en el hospital, Esteban era más reservado, no quería integrarse con ellos y se limitaba a acudir de vez en cuando al aperitivo. Sin embargo, tras la enfermedad y gracias a su ayuda, claro estaba, le cambió el carácter y se convirtió en uno más del grupo.

No le faltaba razón, no en lo de sacarlo del fango, sino en que aquella enfermedad lo cambió. Mucho, a él y a todos. Aquel cumpleaños, también. Tres años repletos de vicisitudes, de verle las orejas al lobo, de darse cuenta de lo bien que estaba hasta que dejó de estarlo y de qué amigos seguían a su lado. Incluso su hermana y su cuñada, que no tenían que demostrarle nada, se

volcaron con él durante su ingreso y aquellos años de recuperación. Los suegros vivieron junto a él la locura de los dos primeros meses, tanto en el hospital como en casa, comprobando en silencio las imperfecciones del techo. La incertidumbre de no saber si algún día iba a solucionar sus males. Darle vueltas al dichoso por qué: por qué le había tocado a él pillar un virus, por qué su vida no podía ser como la de los demás. Era un gran error pensar que el resto no tenía problemas, cuando, en mayor o menor medida, todos afrontaban alguna dificultad, enfermedades o historias de familia. Siempre había algo.

Qué cúmulo de gilipolleces había hecho. Buscar la cura desde su propia fuerza interior, las bolitas, los jarabes, los imanes, conectar con el pasado. Divertido, curioso, extravagante y, por qué no decirlo, hasta comprensible caer en esas soluciones alternativas cuando no encontraba el camino para salir del túnel. No eran atajos, sino auténticos puertos de montaña en los que despeñarse sin alcanzar la meta. Mundos paralelos, repletos de semántica y adornos, en los que jugaban con la salud y el sufrimiento de muchas personas.

Esos tres años habían supuesto un giro en sus vidas. Incluso se habían mudado. Durante sus paseos del primer mes, en los que no recorría más de trescientos metros, solía hacer una parada en un banco para recuperar fuerzas. Allí se produjo el flechazo con una casa que estaba en venta. En infinidad de ocasiones, habían hablado de un jardín más grande, con portería de fútbol para los niños y una piscina para los largos veranos de la capital. Estaba decidido: si una mañana cualquiera te cambiaba la vida, había que aprovechar cada momento, sin pensar siempre en el futuro.

En la oficina, volvió a disfrutar. A pesar de las dudas sobre si lo sucedido se debió a su autoinmunidad o al estrés de los últimos años, el regreso al trabajo fue clave para recuperarse. Al principio, se mareaba y sufría intensos dolores de cabeza diarios, pero sus compañeros y los servicios médicos le facilitaron la adaptación. Y por fin llevó proyectos divertidos: uno en Australia y otro en Brasil. Sin viajes, en remoto, aprendiendo de los nuevos negocios en esos países, con monedas diferentes y grandes inversiones. Pero debido a los nuevos socios y a una reorganización por parte de una consultora externa, quedó enclavado en un área corporativa, lejos del día a día de los negocios y de los temas más entretenidos. Eso lo convenció para tomar la decisión más dolorosa: salir de la empresa en la que había estado veinte años. No quería vivir atrapado en la seguridad de aquellas cuatro paredes. Le costó meses acordar una desvinculación. Lo esperaban nuevos retos, ilusionarse otra vez con su trabajo. Todavía no había encontrado a su amigo y al farmacéutico como le predijo Natalia, la del reiki, sin embargo, las ideas de futuro que florecieron en aquellas sesiones comenzaban a cumplirse.

¿Cambiado, decía Miguel Ángel? Se quedaba corto. Esos años habían transformado su vida para mejor, pese a las secuelas todavía existentes. Durante la cena, charlaron largo y tendido sobre ello y acordaron que seguirían celebrando aquella fecha. La parte del hospital, con las visiones, el hombre en blanco y negro y el agujero en la pared, fue el tema estrella. Las historias de las bolitas, los imanes y el reiki se las reservó. Ya las contaría en su libro, bromeó.

Por fin lo decidió. Escribiría sus experiencias en un tono divertido para que sus hijos, amigos y médicos las conocieran si les apetecía. Serían dos o tres folios. Un informe, una historia pequeña, no quería ser Tolkien, contando miles de detalles en *El señor de los anillos*.

Mucho más difícil de lo que pensaba. Empezó, cuatro líneas, las borró. Probó a la mañana siguiente: medio folio. Pero ¿qué contaba? ¿Por qué nunca decía que no? Vaya embolado. En fin, lo seguiría relatando en cenas, y cuando fuese mayor, sus nietos se sentarían a su lado para escuchar las batallitas de abuelo cebolleta.

Bueno, último intento: unas líneas, varios folios, y listo.

32. Una mañana cualquiera

—¡Esteban! ¡Señor! ¿Me oye? ¡Esteban! ¡Esteban! —Una señora bajita y regordeta, enfundada en un chaleco naranja fosforescente y rodeada de media docena de personas del servicio de asistencia y la policía municipal, vociferaba con cara de pocos amigos.

La condenada chillaba como las pescaderas en esos antiguos mercados de abastos de los puertos: «¡Vamos, señores, jureles frescos!».

Jureles no, pedazo de atún inmóvil, que no reaccionaba ante semejante griterío. Y Marta, su mujer, con un ataque de pánico al verlo convertido en un guiñapo.

Todos en torno a la cama, contemplando un tesoro, algo divino, digno de contar por la noche en sus casas. Nada que ver. Un cuarentón, con los pelos revueltos después de una noche de sudor y fiebre, no despertaba. Quizás, tantos decibelios por parte de la dichosa señora provocaron el chispazo. El cable rojo y el cable azul se rozaron, encendiendo una bombilla dentro de él. La alarma del despertador le hizo incorporarse y miró la habitación. Su pequeño espacio privado invadido de gente con uniforme que vociferaba y escudriñaba. ¿Qué sucedía?, ¿qué...?

«¡Vamos, señores, jureles frescos! ¡Recién pescados!».

En su interior, distinguía el largo trayecto que quedaba por delante, aunque entonces solo quería huir de allí, despedirse de la tele, de la pintura de las paredes, del resto de las personas que veían cosas y, cómo no, del señor del flequillo y su séquito.

¿A quién carajo se le había ocurrido pintar una habitación de naranja?

FIN

Índice

PRIMERA PARTE. HOSPITAL 9

1. Una mañana cualquiera 10
2. El agujero en la pared 19
3. Un hombre en blanco y negro 29
4. En ocasiones nuevo objetos 36
5. La prueba del nueve 42
6. Luces de colores 46
7. Bajando de hándicap 52
8. *No news, good news* 59
9. Bienvenido a la cruda realidad 66

SEGUNDA PARTE. CASA 73

10. Vuelta a casa 74
11. ¿Dónde estoy? 82
12. A pasar la tarde 87
13. Dicen que... y si... 92
14. Números y más números 98
15. Fisioterapia como terapia 101
16. El maravilloso mundo de la medicina alternativa 106
17. Jubilados, lisiados y parados 114
18. ¿Dónde está la bolita? 120
19. En la punta de la nariz 126
20. El polaco de las piedras mexicanas 133
21. Calla, déjame a mí y confía 139
22. ¿Alguna vez has estado en el más allá? 144
23. Volver a empezar 151
24. ¿Quién está peor de los dos? 156
25. La gran explosión 162
26. Un sms para ti 167
27. Bienvenido al tribunal 170
28. Vuelta a la oficina 177
29. Érase una vez una locura llamada oficina 183
30. El neurólogo: la tecla y los fármacos 188
31. El cumpleaños 194
32. Una mañana cualquiera 199

Table of Contents

[PRIMERA PARTE HOSPITAL](#)
[SEGUNDA PARTE CASA](#)